

Stony Brook University



OFFICIAL COPY

The official electronic file of this thesis or dissertation is maintained by the University Libraries on behalf of The Graduate School at Stony Brook University.

© All Rights Reserved by Author.

Libertadores y locos: el héroe en el imaginario de la literatura hispánica finisecular del
siglo XIX

A Dissertation Presented

by

Yee Lam Mariela Wong

to

The Graduate School

in Partial Fulfillment of the

Requirements

For the Degree of

Doctor of Philosophy

Hispanic Languages and Literature

Stony Brook University

May 2009

Copyright by
Yee Lam Mariela Wong
2009

Stony Brook University

The Graduate School

by

Yee Lam Mariela Wong

We, the dissertation committee for the above candidate for the Doctor of Philosophy degree, hereby recommend acceptance of this dissertation.

Victoriano Roncero-López – Dissertation Advisor
Professor, Department of Hispanic Languages and Literature

Antonio Vera-León – Dissertation Advisor
Adjunct Professor, Miami Dade College

Lou Charnon-Deutsh – Chairperson of Defense
Professor, Department of Hispanic Languages and Literature

Kathleen Vernon
Associate Professor, Department of Hispanic Languages and Literature

Benigno Trigo
Associate Professor, Department of Spanish and Portuguese, Vanderbilt University

This dissertation is accepted by the Graduate School

Lawrence Martin
Dean of the Graduate School

Abstract of the Dissertation

Libertadores y locos: los héroes en el imaginario de la literatura hispánica finisecular del siglo XIX

by

Yee Lam Mariela Wong

Doctor of Philosophy

in

Hispanic Languages and Literature

Stony Brook University

2009

As the Nineteenth century came to a close, the intellectual community in the Spanish-speaking world sought to counteract foreign economic influences by providing evidence of national heroes who should inspire the actions of their contemporaries. This project explores the value that writers of the last several decades of the century placed on the heroic figures that they admired, in the process redefining heroism to align with their vision of the world. We argue that similar political and societal concerns in Spain and South America led the writers of both regions to follow a similar trend of thought in their works, aside from the progressive aesthetic revolution evident in their poetry and prose. It was found that the thematic similarity expanded beyond the scope of the most influential writers to other members of the literary community because the social and political conditions of the time affected everyone equally on both sides of the Atlantic.

Libertadores y locos studies the impact that Simón Bolívar and Don Quixote had on the writers' definition of the heroic. The spirituality that both characters possessed, according to the modernists, set them apart from the rest of their contemporaries and provided an example for posterity to follow and improve upon. In doing this, the modernists distorted, and even transformed the truth (predominantly in the case of Don Quixote who was only a fictional character) for their own purposes and created a new image of the two figures that transcended the literary realm into the-fin-de siècle political and social spheres.

Contenido

Agradecimientos.....	v
Introducción.....	1
Capítulo 1 – La literatura finisecular hispana	
La musicalidad de los temas: el “Modernismo” y la “Generación del 98”.....	16
El héroe literario anterior al siglo XIX.....	23
El siglo XIX y sus héroes.....	38
Capítulo 2 – El héroe redefinido en el siglo XIX	
La reencarnación del héroe medieval.....	50
La sociedad decimonónica.....	65
La realidad diaria de las novelas.....	79
Hacia otra realidad literaria y social: las últimas décadas del siglo XIX.....	88
Capítulo 3 – Bolívar: el héroe hispano	
Entrenamiento de un Libertador.....	99
El mundo de Bolívar.....	114
“Nuestro” héroe: Bolívar.....	128
Capítulo 4 – “Los tres grandísimos majaderos somos Jesucristo, Don Quijote y yo”	
Cervantes y el mundo.....	147
El escritor heroico.....	161
<i>Don Quijote</i> para los finiseculares hispánicos.....	176
¿Para qué los avances sociales?.....	197
Conclusión.....	201
Bibliografía	
Bibliografía de textos primarios.....	206
Bibliografía de limitada de textos secundarios.....	208

Agradecimientos

El agradecimiento a los que contribuyeron con su conocimiento, amistad y presencia a que este proyecto fuese realidad nunca debe faltar cuando se ha trabajado tan bien y a gusto. Este trabajo no sería posible sin la ayuda incondicional de Victoriano Roncero-López quien creyó compartió conmigo su conocimiento de la literatura e historia durante este proceso largo de aprendizaje y desarrollo profesional. A Antonio Vera-León por apoyar la propuesta inicial y encaminarla por el buen sendero. Con suprema gratitud para Lou Charnon-Deutsch por los buenos consejos a lo largo de los años, hoy y siempre. Para Kathleen Vernon y Benigno Trigo por su apoyo desde el primer día y porque aprendí con ellos un repertorio esencial para mi formación literaria. Para Lilia Ruiz-Debbe por todo lo aprendido. La amistad brindada por P.S. Michelle Lam y Alexandra Voukitchevitch ha alimentado un espíritu aventurero y curioso a seguir buscando la perfección en el mundo y sus ciudadanos, por eso gracias. A Nissa Westerberg y Alicia Beardsley por las conversaciones sobre un tema de estudio que nunca entendieron y aún así me ofrecieron su tiempo para intercambiar ideas y mantener una gran amistad. Para Tania de Miguel, Margaret Frolich, Lidia León, Oscar Montoya, Katrina Thompson y Carlos Aguasaco por su amistad y buenos consejos sobre la literatura y la vida. A Carla Santamaría porque las aventuras que se viven mientras trabajamos también cuentan y son importantes. A Victor Rosado, Nieves Alonso y Aura Colón por su gran amistad y porque sin ellos estaría perdida por las carreteras del

mundo sin rumbo acertado. A Karen Soler, Rosana Greco, Gaby Colina, Cristina Zhao y Luis Castillo “porque ellos fueron y son lo que fui y lo que soy.” A Yama Akbar por su amistad, apoyo e infinitas horas de risas y chistes que compartimos. Un agradecimiento al Program for Cultural Cooperation between Spanish Ministry of Culture and United States Universities y la Turner Foundation por la ayuda económica que hizo posible mi investigación de campo para terminar este proyecto.

Este trabajo está dedicado a mis padres, quienes me dejaron escoger lo que quería ejercer en esta vida fugaz y a mi hermano por su apoyo incondicional en esta larga carrera que ha requerido mucho más que unas llamadas telefónicas. Por último, y quizá más importante, a mis chicos en Aguilar de Campoó porque sin ellos nunca hubiera embarcado en esta odisea y desarrollado mi gran pasión por la docencia.

Introducción

Vale la pena señalar que con lo que los hombres del 98 no entendieron acerca del pasado español se podría escribir un grueso libro, casi una enciclopedia. Estos hombres ven con simpatía, y por tanto logran entender, a unos cuantos escritores del pasado . . . Los eruditos y críticos del siglo XIX habían llevado a cabo una labor inicial que se revelaba insuficiente. Faltaban bases sólidas, buenas ediciones, panoramas históricos claros, puntos de partida bien delimitados. En el enfoque hacia el pasado de los hombres del 98 hallamos todas las desventajas – y todos los méritos – de un semi-autodidactismo.

Manuel Durán

Sobra decir que un proyecto como el que presentamos ahora siempre tiene un comienzo apasionado y grandioso que se va moldeando con el tiempo. Tuve la suerte, durante el otoño del 2003, de participar en dos seminarios – uno sobre las guerras de independencia hispanoamericanas y otro sobre la obra de Miguel de Cervantes – los cuales despertaron en mí un interés por las figuras heroicas de las tradiciones hispánicas visto por los escritores del siglo XIX. Suplido por la afición que siempre tuve por las obras de los hispanistas de las últimas décadas del siglo, este proyecto empezó a ver luz con aquel primer trabajo sobre las inquietudes de Miguel de Unamuno en su ensayo titulado *Don Quijote y Bolívar*. Después de ese análisis inicial, notamos en las obras de muchos escritores finiseculares – en América y España – un esfuerzo por exponer las cualidades del gran líder de la revolución hispanoamericana al lado de las del insigne

héroe espiritual de la literatura española con el propósito de instigar cambios sociales en sus sociedades contemporáneas.

Este trabajo examina los textos escritos hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, incluyendo las crónicas y los discursos políticos de la época, que se basaron en la analogía heroica de los dos “personajes históricos”¹ para efectuar y transmitir las conjeturas de sus autores. Nuestra intención tiene como punto de partida y marco referencial los estudios sobre la literatura finisecular de Ricardo Gullón y su análisis de los dos grupos de escritores, modernistas hispanoamericanos y Generación del 98, cuya finalidad fue la afinidad de ambas corrientes literarias en su trato temático sobre el estético. Las siguientes páginas hacen un breve recorrido por la metodología que se siguió, las sorpresas con las que nos encontramos a lo largo del camino y las dificultades que se nos presentaron. Encontramos en el estudio de las obras tradicionalmente no incluidas en el canon de los textos finiseculares más influyentes, la posibilidad de examinar las inquietudes de Gullón en detalle y demostrar que un panorama completo del estudio de estas obras requiere una aplicación histórica.

Había dicho Ricardo Gullón hacia mitad del siglo pasado que el modernismo nunca fue una escuela ni un movimiento literario monolítico porque cabían en él las ideas de una época donde fluían muchas en unas sociedades hambrientas por recobrar una identidad propia. Nuestro trabajo toma como punto de partida esta idea que abre las puertas al estudio de dos grupos de escritores (quizá sea sólo uno) geográficamente separados por un océano que contribuyeron a enriquecer el panorama literario del mundo mientras buscaban fortalecer el espíritu de sus pueblos. El modernismo, según Gullón,

¹ Usamos este término entre comillas porque mientras que Bolívar es un personaje histórico, don Quijote es un ente de ficción que pasa a ser histórico para los propósitos de estos escritores. A este tema volveremos más detalladamente en el capítulo 2.

“da tono a la época; no es un dogmatismo, no una ortodoxia, no un cuerpo de doctrinas, ni una escuela. Sus límites son amplios, fluidos, y dentro de ellos caben personalidades muy varias. (El modernismo es, sobre todo, una actitud)” (*Direcciones* 20). Ya que toda “actitud” se puede definir de diferentes maneras y se expresa en distintos planos, aquí intentamos descifrar la “actitud” que tomaron los intelectuales finiseculares hispánicos ante el héroe, una figura versátil que personifica los valores requeridos para superar los conflictos de cada época. Aunque Gullón nunca hubiera superado las críticas que exigían la separación de estos dos grupos, pensamos que este trabajo trae a luz nuevas evidencias textuales que podrían apoyar la propuesta de un movimiento intelectual hispánico cuyas influencias inmediatas fueron las circunstancias sociales. Sugerimos que el redescubrimiento y estudio de algunos textos ignorados en el pasado conducen a examinar más de cerca la teoría de Gullón y verificar la importancia que tuvieron la afinidad de los temas dentro del pensamiento finisecular.

Hablar de héroes es una tarea, de por sí, difícil porque requiere una definición – un punto de partida – que permita un primer acercamiento al análisis de los personajes considerados como tal. Añadiendo a esta la de unir los dos grupos literarios en ambas sociedades hispanas del siglo XIX, se convierte en un trabajo casi imposible. Por lo tanto, las definiciones que siguen a continuación se limitan a presentar el panorama inmediato entorno a los escritores que estudiamos. Procuramos, entonces, contenernos dentro de los siguientes parámetros: 1) establecer un marco referencial socio-histórico en el cual se pueda insertar los dos grupos de escritores, 2) definir el objetivo de estos intelectuales al redefinir el héroe y 3) evaluar los textos literarios de las últimas décadas del siglo XIX y primera del XX sobre Bolívar y don Quijote. La cantidad de obras en las cuales se

emplean a los dos personajes como ejemplos de buenos ciudadanos favorecería la propuesta de estudiar a los dos grupos como uno solo. La existencia de los textos y su contenido revela que los dos grupos de escritores tenían en común más que la lengua y manifiesta una manera similar del pensamiento finisecular que abarca las sociedades hispanas de ambos lados del océano.

Gullón sugiere, en su *Direcciones del modernismo*, que

El modernismo se caracteriza por los cambios operados en el modo de pensar (no tanto en el de sentir, pues en lo esencial sigue fiel a los arquetipos emocionales románticos), a consecuencia de las transformaciones ocurridas en la sociedad occidental del siglo XIX . . . La industrialización, el positivismo filosófico, la politización creciente de la vida, el anarquismo ideológico y práctico, el marxismo incipiente, el militarismo, la lucha de clases, la ciencia experimental, el auge del capitalismo y la burguesía, neoidealismos y utopías, todo mezclado; más, fundido, provoca en las gentes, y desde luego en los artistas, una reacción compleja y a veces devastadora . . . El artista, partiendo de la herencia romántica, se siente al margen de la sociedad y rebelde contra ella . . . Emergía el hombre masa, vagamente apuntado ya por un don Quijote en uno de sus diálogos con el Caballero del Verde Gabán (69).

Esta actitud, sin embargo, es trasatlántica y no hace falta mirar más allá de las obras más conocidas de los escritores aquí expuestos para comprobarlo. Las obras de Miguel de Unamuno, Azorín, José Martí, José Enrique Rodó, entre otros que estudiamos en este trabajo, muestran que los intelectuales de la época sentían un anhelo por algo eterno enraizado en las tradiciones y culturas propias. A la vez que ocurre esto, continúa el análisis de Gullón:

al rechazar la vulgaridad burguesa y la masa emergente, sentía la necesidad de identificarse con el pueblo genuino, con 'los de abajo', dejando aparte del ininterrumpido festival con que la burguesía se recompensaba. Más, por comprensible paradoja, al negar al vencedor de ayer,

buscaba el héroe donde la aureola lo presagiaba, y no entre las sombras en que habían ido sumergiéndose día tras día los anónimos del esfuerzo cotidiano: los del trabajo, y no el de los trabajos, según distinguiría Unamuno, que dio nombre al espacio, 'intrahistórico,' de sus vidas (75).

Este rechazo de lo cotidiano burgués ocurrió en las nuevas naciones americanas donde los artistas veían la desaparición de sus patrocinadores y público lector porque éstos preferían las noticias a las ficciones. En España, según Paul Descouzis,

El espíritu de regeneración . . . se pone a tono con las aspiraciones de una nueva España, resurgente. Lo que distingue a nuestros noventayochistas de sus criticados predecesores es que analizan su conciencia y la del país todo, median sobre su estado y arden en deseos de romper el cerco de restricciones que atenazan a un pensamiento ávido de horizontes dilatados. Acusan inquietudes afines o divergentes, agravadas por las vicisitudes de una sociedad en evolución; carecen de cohesión ante una incógnita que les coge de sorpresa; la solución al llamado 'problema español' desborda antagónicos (19).

El análisis de su conciencia y de la del país advierte a los escritores que carecían de una vía clara para evaluar y cambiar sus condiciones sociales. El modernismo, por ende, fue una postura que se tomó en torno a las emergentes circunstancias vitales de sus representantes quienes reaccionaron desde distintas partes del mundo contra ellas. Si aceptamos esto, podríamos empezar por escribir un estudio sobre la literatura en castellano de las últimas décadas del siglo XIX sin la separación geográfica y política que siempre lo ha evitado. Es la opinión de Gullón que

Unamuno, Machado y él (Juan Ramón) fueron, en distintos momentos, los más calificados representantes de la tendencia simbolista dentro del modernismo, y si esto no se ha visto es porque la visión del problema estaba enturbiada por las ideas en torno al "Noventa y ocho" y sus "gentes" (1963 58).

Proponemos analizar la crítica sobre los escritores hispanoamericanos y españoles en el contexto del tema aquí estudiado – el héroe – y hallar las conexiones para justificar agrupar a estos escritores en un mismo estudio. Nuestro análisis se centra en textos escritos por los escritores hispánicos de las últimas décadas del siglo XIX para mostrar que dentro del pensamiento finisecular predominaba una preocupación de identidad nacional hispánica frente a las intervenciones extranjeras.

Está de más aclarar que la forzada incorporación de ideales extranjeros durante la segunda mitad del siglo XIX generó un número de obras sobre la sociedad, política y personalidad del pueblo hispano que se debía examinar. De modo que proponemos una primera aproximación a estos textos para obtener un mejor entendimiento del pensamiento finisecular hispánico. La producción literaria de las últimas décadas del siglo XIX se caracterizó por su crítica social, innovación estilística y estética y la ruptura intencionada con el pasado. En España y las antiguas colonias españolas de América emergen grupos de intelectuales cuyos textos manifestaron una preocupación por los cambios políticos y sociales producidos por las guerras de independencia latinoamericanas y la decadencia del imperio español a la vez que innovaban la estética lingüística. Simón Bolívar y don Quijote de la Mancha fueron dos protagonistas de estos textos finiseculares quienes ejemplificaron los valores espirituales hispanos ante la extensión del materialismo utilitario. A partir de 1880 los dos personajes influyeron la forma en que se escribió la historia de España e Hispanoamérica porque sus hazañas – buenas y malas – fueron evaluadas dentro de los parámetros finiseculares que se ajustaban a los propósitos de estos escritores. No es nuestra intención comparar los escritos literarios finiseculares con las biografías de los dos héroes para determinar la

precisión histórica de los primeros, sino estudiar las obras literarias junto a las de sus predecesores para examinar el papel ocupado por Bolívar y don Quijote en esas obras.

La propuesta de los intelectuales hispanos se basaba en mostrar la superioridad de la espiritualidad, la bondad y los ideales sobre la imposición del sistema materialista. Ante la extensión de un capitalismo dentro del cual todo se convertía en mercancía, los escritores de fin de siglo acudieron a las ideas abstractas para hallar una alternativa teórica a la comercialización del arte. En Hispanoamérica, el *Ariel* de José Enrique Rodó alentaba a los jóvenes a tomar conciencia de los efectos de la incorporación del sistema norteamericano, mientras que el español Ángel Ganivet ya empezaba a marcar la diferencia entre lo espiritual y lo comercial 30 años antes en una España invadida por sistemas y valores extranjeros. Cuando Unamuno escribe sus ensayos uniendo a Bolívar y don Quijote dentro de una misma herencia heroica y cultural, la crisis de identidad nacional había superado, según él, los otros problemas de la ciudadanía. Al igualar las hazañas del Libertador con las del caballero manchego y presentarlas como producto del mismo legado, Unamuno vincula los dos territorios hispanos dentro de la carencia espiritual atribuida a los conflictos sociales que empezaron con la invasión napoleónica. Unamuno insinúa a lo largo de estos ensayos que Bolívar no fue únicamente un héroe para los criollos americanos sino también para los españoles porque "su alma creó patrias y enriqueció el alma española, el alma eterna de la España inmortal y de la humanidad con ella" (1944 167).

Igualmente, en América, y tal como había acertado Unamuno, la ciudadanía buscaba una nueva realidad social y política ahora fuera del poder colonial. José Martí expone, en sus artículos y reflexiones desde los Estados Unidos, las diferencias entre las

dos Américas mientras que, en *Motivos de Proteo*, Rodó expone los problemas a los que se enfrentaba la intelectualidad suramericana ante la pérdida de la importancia espiritual en dicha sociedad. Martí apunta que su América “se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia” (1977 8). Las historias de los “héroes,” entonces, se convirtieron en un arma importante para subrayar la “espiritualidad” que, según estos escritores, brotaba del alma hispano. Los textos parecen revelar que los movimientos literarios en América y España mantuvieron temas y estilos similares en busca de una sociedad basada en los valores abstractos de los ideales y las ideas. Proponemos que la elección de Bolívar y don Quijote no fue al azar porque muestra que el pensamiento y planteamiento ideológico finisecular se extendía más allá de las fronteras nacionales.

El crítico Anthony Close sugiere que los críticos decimonónicos se basaron plenamente en las condiciones sociales de su época en sus conclusiones sobre los héroes y los otros temas que examinaron. Nosotros nos atrevemos a proponer que la importancia reside en la presentación de estos dos personajes como sinónimos de heroicidad cuando sus propias vidas e historias muestran lo contrario. El cambio en el papel del héroe durante las últimas décadas del siglo XIX fue, efectivamente, el resultado de la rápida ascensión del capitalismo como poder económico mundial y la caída de la gloria española ante aquel poder. Nos precisa, entonces, hacer un estudio de las características del héroe a lo largo del siglo XIX y su papel en la historia mundial para analizar el contexto dentro del cual los escritores finiseculares hispanos vieron a “sus” héroes. Encontramos que la búsqueda de héroes propios – de la “raza hispánica” en palabras de Unamuno – parece corresponder a una urgencia histórica dentro de la cual la

literatura jugó el papel de mediador entre las fuentes de poder y el pueblo. En su estudio sobre la “modernidad” hispanoamericana de las últimas décadas del siglo XIX, Julio Ramos advierte que la crónica se convirtió en la fuente de mayor importancia hacia estos años porque el valor de la información sobrepasaba cualquier otro medio. Una parte de las obras que estudiamos a continuación se hallan en las páginas de los diarios y revistas de la época porque los mismos escritores vieron la influencia de este medio para circular sus ideas. Como veremos, estos héroes representativos encarnaban lo “original” americano y español cuya función era inspirar a las sociedades decimonónicas el interés por conservar una cultura y tradición hispana que nuestros escritores veían desvanecer rápidamente con la invasión de valores y modelos sociales extranjeros. Tanto los americanos como los españoles tenían en común su deseo por proteger un estilo de vida que consideraban importante para el desarrollo de las naciones hispánicas y su propio arte.

Usar al héroe cervantino es un tanto controversial porque, después de todo, Bolívar sí existió en el mundo de los seres vivientes y todavía no se comprueba la existencia del caballero. Esto indica una necesidad más bien ideológica que práctica porque, a pesar de su inexistencia, don Quijote reunía las cualidades que estos escritores consideraban valiosas para su regeneración espiritual. La relevancia de don Quijote a lo largo de los siglos XVIII y XIX provocó que el mismo Bolívar hiciera su interpretación de la vida del caballero. El análisis de la frase que encabeza el cuarto capítulo del presente trabajo, atribuida a Bolívar, muestra que la lectura de *Don Quijote* siempre estuvo en acorde con los valores y el mensaje que cada lector. Al comparar la lectura que hizo Bolívar del caballero con las de los finiseculares, detectamos que el análisis del caballero a lo largo del siglo XIX se acerca a la conclusión hecha por Close: la

generación del fin de siglo moldeó al caballero para que ejemplificara de la mejor manera su visión del mundo y descartó las críticas del mismo Cervantes durante ese proceso regenerador.

Este trabajo se divide en cuatro capítulos dentro de los cuales hacemos un examen a fondo de los textos finiseculares sobre el Libertador y don Quijote. Consideramos necesario examinar las obras de escritores canónicos como Unamuno, Ganivet, Azonrín, Darío, Martí y Rodó, además de los menos reconocidos como Febres Cordero, Montalvo y Ledesma Hernández en un contexto histórico para determinar: 1) que los intelectuales a fines del siglo XIX tuvieron las mismas preocupaciones sociales y 2) que esta homogeneidad es producto de la reacción ante los problemas que aparecen con la incorporación de unas estructuras económicas y políticas contradictorias a los valores morales que ellos consideraban fundamentales. Cada sección de los capítulos examina textos españoles y americanos que pertenecen a la misma época. El primer capítulo revela las cualidades heroicas que predominaban durante el siglo XIX y que fueron adoptadas por los escritores finiseculares para construir sus propios héroes. Es nuestra opinión que los héroes hispánicos siguen patrones universales, los cuales infiltraron el panorama literario hispano a través de traducciones y viajes de los mismos escritores hispánicos. Hacemos, en este capítulo, un breve recorrido de algunas obras claves sobre la heroicidad y sus contribuciones al mundo literario de acuerdo a los intelectuales finiseculares hispánicos. Las obras de los hispanistas no sólo rescatan los valores que Bolívar y don Quijote poseyeron en la “realidad” sino que también se le atribuyeron otras características importantes para el avance de sus propios ideales políticos. Tanto en España como en las nuevas naciones americanas estaban necesitados de un nuevo

liderazgo gubernamental con ideas y motivaciones diferentes a las de generaciones anteriores. Las cualidades que estos escritores suponían importantes fueron incorporadas a sus discursos como elementos heredados de las tradiciones y costumbres hispanas.

El segundo capítulo examina las obras de los escritores americanos y españoles desde 1850 hasta la aparición del primer texto “modernista” (de aquí en adelante se entenderá por este término las obras de las últimas dos décadas del siglo XIX y primera del XX en ambos continentes). No proponemos, como aseguran varios historiadores, que los ideales de la revolución francesa fueron las únicas y directas causas de estos eventos sino que facilitaron el marco teórico para las revoluciones que siguieron luego.

Asimismo, incluimos un pequeño estudio sobre la influencia de los ideales y las causas de la revolución norteamericana en las sociedades y escritores hispánicos. Presentamos un breve análisis de los episodios históricos y obras producidas durante la primera mitad del siglo XIX para entender la polémica que han causado los textos concebidos en las últimas décadas del siglo. No pretendemos hacer una historia de la literatura ni un resumen completo de los eventos decimonónicos, más bien un estudio cauteloso y limitado sobre los sucesos y las obras que moldearon el pensamiento sobre lo heroico al final del siglo. Consideramos los problemas internos que originan con la llegada de los ideales de las revoluciones francesa y norteamericana, los cuales generaron la valoración de la espiritualidad “hispana” como elemento superior al extranjero². Las obras denominadas románticas y realistas mostraban la cotidianidad social más inmediata detallada y críticamente. Notamos que la novela realista, además de presentar la pura

² Unamuno y Ganivet aluden a una espiritualidad, que examinamos más adelante, hispana/ibérica heredada por todos los españoles que los hace diferente a los materialistas del norte. La rápida imposición del materialismo capitalista es rechazada por estos escritores, pero años antes Galdós ya criticaba los efectos de este modelo económico en la sociedad española.

realidad también hacía sugerencias y críticas sobre el estado de la vida española e hispanoamericana. Encontramos numerosos textos escritos durante esta época que empezaban a insertar los ideales y proyectos políticos de los mismos intelectuales como fueron los casos de Esteban Echeverría y Domingo Sarmiento en América y Benito Pérez Galdós y Leopoldo Clarín en España. Sugiere Jo Labanyi que la novela realista española daba los primeros pasos a la incorporación seria de los valores que practicaban sus autores en dichas obras. Los textos que aparecen durante las últimas décadas del siglo exponen en primer plano sus críticas sociales y ofrecen soluciones alternativas.

Los últimos dos capítulos los dedicamos a los dos héroes ejemplares, Simón Bolívar y don Quijote, que conquistaron la imaginación de los escritores finiseculares. Examinamos la forma en la que se alteran sus “historias” para convertirse en las figuras principales del discurso regeneracionista. El capítulo tres analiza brevemente la vida del Libertador para un mejor acercamiento al pensamiento de nuestros escritores. Hallamos entre las biografías y los textos ficticios sobre Bolívar algunas discrepancias históricas porque, dependiendo del escritor, sus hazañas despertaron en la imaginación de cada uno ciertos ideales ligados a sus expectativas políticas y sociales. Bolívar resucita en el pensamiento finisecular después de haber sido exiliado durante su vida de su país natal y forzado a morir en tierras extranjeras porque esas características revelaban la personalidad que ellos querían presentar a sus contemporáneos. El último capítulo examina la figura de don Quijote y expone una serie de textos de la época para verificar y cuestionar el análisis del protagonista cervantino por los escritores estudiados. Los textos sobre el caballero manchego a finales del siglo XIX lo presentan como una figura emblemática, que tenía uso completo de razón y estaba dispuesto a sacrificar su vida para

salvar al mundo. Esta conclusión sobre el estado mental del caballero permite un estudio sobre el pensamiento de los mismos escritores finiseculares quienes consideraron que la suprema valentía del ser humano provenía de su bondad. El análisis de las obras finiseculares sobre Bolívar y don Quijote, escritas en España y América, muestra que el pensamiento finisecular respondía a una urgencia histórica en las naciones hispanas y requería de un heroísmo enraizado en las tradiciones y culturas hispanas para superarla. Concluimos, también, que las obras canónicas solo muestran una parte del pensamiento intelectual finisecular porque, incluso los escritores menos conocidos se vieron afectados por las circunstancias sociopolíticas y manifestaron sus inquietudes mediante la escritura.

Capítulo Uno
El héroe redefinido en el siglo XIX

La generación que florecía hacia 1900 ha sido la última de un amplísimo ciclo, iniciado a fines del siglo XVI y que se caracterizó porque sus hombres vivieron de la fe en la razón.

José Ortega y Gasset

Y en América, pueblos de idealidad y quijotismos agudos, donde vivimos en eterna vela de nuestras armas y en culto perpetuo de la guerra . . . don Quijote es a nuestras almas bélicas la más genuina representación del heroísmo. Pero del heroísmo auténtico, de ese heroísmo desequilibrado y visionario que lleva sobre el casco, amellado por todas las derrotas, un divino rayo de ideal.

José María Vargas Vila

La musicalidad de los temas: el “Modernismo” y la “Generación del 98”

El español José Martínez Ruiz (Azorín) fijó, en 1913, los límites de un movimiento generacional en España, el cual denominó “generación del 98” y dentro del cual incluyó a Rubén Darío. Hacia 1890, sin embargo, Darío había proclamado la llegada del modernismo en Chile. Numerosos estudios han surgido tras esa primera definición para descifrar la inclusión de Darío en esa lista original y la posibilidad de que los textos de ambos grupos contuvieran claves que justificaría la agrupación de ambos grupos por la presentación de sus ideologías. Nuestro trabajo tiene como enfoque de estudio los temas de los que tratan las obras escritas a finales del siglo XIX porque los

estudios acerca de la estética han convencido sobre una renovación lingüística en el mundo hispano³. Este no será el primer estudio que sugiera este tipo de interpretación de los textos finiseculares. Ricardo Gullón, hacia mediados del siglo XX, ya había presentado la idea que algunos estudios posteriores han ignorado por querer dividir los dos movimientos y estudiarlos sólo dentro del contexto de sus sociedades individuales.

Rafael Gutiérrez Girardot examina, en su *Modernismo: supuestos históricos y culturales*, (1988) el panorama social y político mundial de la segunda mitad del siglo XIX para mostrar que los textos escritos en español advertían sobre un conflicto social producido por la trascendencia del sistema capitalista. Él considera que la mayoría de las teorías sobre los escritores y textos finiseculares ven el

Modernismo como algo específicamente hispano, sino sobre todo con un complejo de inferioridad que, justificado o no, sólo concibe las relaciones entre las letras europeas y las de lengua española de una manera secretamente colonial: como *influencias* (28 – 29).

Su propuesta es evaluar y contextualizar la difusión del capitalismo desde las diferentes sociedades y la manera en que cada cual construye su identidad, porque si se consideran únicamente los centros de su desarrollo – la metrópolis – se disminuiría la importancia de la experiencia hispana en ese proceso. En términos más concretos, sugiere Gutiérrez Girardot que

La comparación entre las literaturas de los países metropolitanos y de los países periféricos resultará provechosa sólo si se tienen en cuenta sus contextos sociales. De otro modo, las literaturas de los países periféricos seguirán apareciendo como literaturas ‘dependientes’, miméticas, es decir, incapaces de un

³ Sólo referiremos a la crítica sobre la estética modernista en su oposición a los textos sobre la temática que estudiamos. Para más detallados estudios sobre la estética finisecular véase los textos de Max y Pedro Henríquez Ureña, Jean Franco, Donald Shaw y Carlos Mainer.

proceso de definición y de formación original, incapaces de ser, simplemente, literaturas, expresión propia (33).

Las condiciones sociales que crearon el progreso del capitalismo despertaron en los hispanohablantes inquietudes sobre su legado histórico, religión y valores morales al igual que en el resto del mundo capitalista. Sugiere que al ignorar esta realidad, los estudios anteriores sobre el modernismo nunca examinaron el pensamiento de la época sino sólo su innovación estética como un fenómeno lingüístico siguiendo las tendencias del resto del mundo.

Gutiérrez Girardot considera que el trabajo de Ricardo Gullón fue el primer verdadero intento por estudiar los trabajos hispánicos en su totalidad y establecer un vínculo entre ellos más allá de sus características lingüísticas. Por su parte, Gullón opina que las interacciones entre los noventayochistas y Rubén Darío durante su viaje a Madrid generaron estas semejanzas estéticas porque

un mundo poético como el de Rubén no se alza sobre exclusiones, sino sobre la integración de diversidades (y de diferentes versiones de una corriente cultural), que en la lírica, como debiera acontecer en la realidad, lejos de oponerse se complementan con ejemplar armonía (1969 27).

Asimismo, sugiere que la producción más prolífica de Darío es la que “va dejando atrás el preciosismo para atenerse a la expresión intimista, pasional, desnuda” (29). El poeta nicaragüense estuvo expuesto, por medio de su amistad e intercambio con los españoles, a unas angustias que luego, junto al preciosismo de sus primeras obras, lo llevaron, según Gullón, a la innovación lingüística. Esa renovación, sugiere el crítico español, no significa una pobreza “cultural” sino una riqueza y variedad para el mundo hispano que no puede “excluirse” mutuamente porque la “inclusión” de esas diferencias generó la multiplicidad encontrada en la literatura finisecular. Gullón sostiene que la

“universalidad” de la modernidad no escapa la experiencia vital de los españoles e hispanoamericanos porque “es un periodo de revisión total, en el que nada, desde la teología a la geometría, deja de ponerse en duda, y el repudio de lo vigente se realiza sistemáticamente y a fondo” (1963 12). La modernidad afectó a la comunidad hispana al igual que al resto del mundo y sus representantes se manifestaron ante ese cambio mundial. Para Gullón, los estudios sobre el Modernismo desde una perspectiva estilística no han logrado descifrar la complejidad de un movimiento que estuvo en constante estado de transformación. Gutiérrez Girardot acepta esta propuesta de estudiar el Modernismo y la generación del 98 como un movimiento en el cual los dos forman parte de una periferia y cuestionan los valores propios que ven amenazados por la influencia externa, mas no que esa influencia haya impulsado sus obras.

Igualmente, Ángel Rama indica, en *Las máscaras democráticas del Modernismo*, (1985) que lo manifestado en la literatura finisecular hispanoamericana fue la reacción de una generación de intelectuales burgueses quienes veían una dificultad laborar dentro de los nuevos valores económicos. Rama opina que la necesidad de “ganarse la vida” – producto del capitalismo – se expresa en la literatura como una

oposición al principio de la realidad, tal como si ambos se dividieran entre los sectores sociales superpuestos y entre los estratos geográficos (Europa y las colonias) que también se superponían gracias a la dominación (87).

Rama sostiene en varios de sus textos que la dinámica que se desarrollaba en los países hispanoamericanos era producto de los acontecimientos en el resto del mundo y era consecuencia de la influencia económica que obligaba al escritor a entrar en el mercado laboral como profesional. Afirma que

En un tiempo en que el materialismo que regía a la sociedad desde su cabeza, proponía de hecho el placer y al mismo tiempo lo burlaba con un implacable régimen de prestaciones, la fantasía alimentada por el ardiente deseo que construye la obra literaria, mal podía instalarla en su inmediatez donde la propia conciencia le decía a voces que era imposible (1985 100).

Los modernistas, dentro de esta conjetura, respondían a una problemática universal que afectaba directamente a los poetas hispanoamericanos. El trabajo de Rama enfatiza que la crisis de fin de siglo en Hispanoamérica corresponde a una urgencia histórica que afectó a la comunidad mundial. Las condiciones laborales del capitalismo, sugiere en *Los poetas modernistas en el mercado económico*, (1967) obligaron a los escritores a unirse al mercado de trabajo porque ya no contaban con patrocinadores que les permitían vivir del arte. Rama concluye que la nueva profesión de moda era el periodismo, no porque a los escritores les haya interesado el reportaje sino porque la demanda por las noticias mundiales interesó más a la gran mayoría de los ciudadanos modernos en Hispanoamérica que las obras ficticias.

Además de los cambios económicos, todos los estudiosos de la época coinciden en resaltar que una crisis (o falta de) religiosa, espiritual o lo que es más concreto, de fe, también influyó en el pensamiento y producción literaria del fin de siglo. Aclara Gutiérrez Girardot que no se trató de una sola faceta de la religión

Ni tampoco de lo que se ha llamado “crisis” religiosa. Tampoco se trata de convertir ese aspecto en un intento de renovar y “liberalizar” el catolicismo . . . Se trata de analizar un fenómeno, del que son síntomas estas crisis, estas pérdidas y recuperación de la fe, estos ‘sincretismos’ o el ‘espiritualismo’ de la época, esto es, el fenómeno de la ‘secularización.’ . . . Esto no es sólo, como se ha interpretado unilateralmente, la familiaridad de Darío con la literatura francesa de entonces, sino algo más: la asimilación de los dos resultados principales del adelanto

de las ciencias tal como éste ha influido en la literatura. Y estos dos resultados son el ateísmo y la blasfemia y el predominio de la fantasía (34).

No hubo una crisis tradicional en la cual se discutía la validez de los ideales en cuestión. El conflicto finisecular era interno y se manifestaba en la cotidianidad de los individuos afectados por él. No es raro encontrar en los estudios sobre Miguel de Unamuno, por ejemplo, un intento por resolver el dilema de su vida religiosa, es más, sería sorprendente si el estudioso dejara esa faceta tan importante fuera del estudio. En Hispanoamérica, sin embargo, encontramos pocas referencias de este comportamiento. Rama fue uno de los pocos en sugerir que

Todos [los escritores del fin de siglo] . . . descubrieron la insatisfacción erótica en que vivían por obra de la educación católica y la convención social aldeana en que habían sido educados. Y al mismo tiempo todos . . . reconocieron lo difícil que era adaptarse a una nueva erótica que prodigara una mayor satisfacción hedónica, porque el placer apetecido era condenado por la moral reinante y, en las íntimas conciencias, por la internalización de las prohibiciones que operaban las instituciones . . . las religiosas (1967 103).

La crisis religiosa, interna e individual, de la época fue producto de la nueva estructura social, la cual contradecía los valores morales con los que habían sido educados estos escritores. El poeta finisecular se encontraba entre la espada y la pared cuando buscaba satisfacer sus deseos carnales de la vida bohemia y éstos se oponían a los valores católicos con los que se había educado y seguía practicando. Por eso no sugirieron que su religiosidad era la inspiración para Bolívar y don Quijote, sino los valores autóctonos del pueblo del que “originaron.” Cada escritor, por supuesto, interpretó esto último como más le convino, aunque todos concordaran que la insistencia y determinación de estos dos personajes de lograr sus propósitos provenían del carácter y espíritu individual heredados

de su tierra. Las obras literarias finiseculares marcan una diferencia entre el espíritu y la religión y esto es clave para descifrar a estos escritores; tema que analizamos en los capítulos dedicados a los dos personajes.

Se sigue estudiando la generación del 98 como un movimiento nacionalista y puramente español donde se exponen problemas fundamentales de la España finisecular. El texto de Carlos Blanco Aguinaga, *Juventud del 98*, sin embargo, sugiere que los trabajos sobre la generación del 98 han generalizado el “problema de España” fuera del contexto histórico del que los textos noventayochistas fueron escritos. Propone que la cuestión de las “ideas” contra el “materialismo” no fue decimonónica porque data desde el reinado de Felipe II y la Contrarreforma, momento en que se contrapusieron los valores de una clase social dominante con los de la masa, y “la respuesta es que la *idea* victoriosa fue la de una clase dominante que no sufrió las consecuencias materiales de la imposición de su propia ideología” (53). Parece necesario, entonces, identificar a los *portavoces* de las ideas y su *función* en la sociedad para la que predicaban porque, según Blanco Aguinaga, habría que examinar la base de esas ideas y en “qué veía el peligro en España – como en el resto de Europa – la clase hasta entonces dominante” (55). En el contexto del panorama mundial, como también supuso Gutiérrez Girardot, las mismas fuerzas ideológicas de clase protagonizaron los eventos del siglo XIX. Blanco Aguinaga apunta que los estudios previos habían ignorado la cronología de los trabajos finiseculares mezclando así las ideas expuestas sus épocas joven y madura para mostrar una línea de pensamiento homogénea a lo largo de la vida de cada autor. Igualmente, Gullón criticó los estudios temáticos sobre los escritores de fin de siglo porque no habían producido grandes resultados al no incluir un examen de las corrientes históricas que

llevaron a esos temas. Vemos, sin embargo, que los primeros textos de nuestros escritores ya empezaban a definir las intenciones heroicas, valores morales y originales que diferenciaban lo “propio” de lo d los “otros”⁴. Nos parece significativo que dos grupos de intelectuales, bajo circunstancias distintas, emplearan las mismas figuras “históricas” sin una conexión aparente para la formación de una nación ideal. No pretendemos encontrar los “verifiable postulates” que busca Anthony Close para determinar si los textos tienen precisión histórica, sino examinar hasta qué punto lo dicho fue fruto de una necesidad por construir la historia con los valores de origen hispanos⁵.

Donald Shaw, por su parte, sugiere que la pérdida de las últimas colonias americanas significó para España un momento de pobreza, deterioro educacional, incremento de injusticias y necesidad de reajustar los modelos políticos. El crítico norteamericano acusa a los noventayochistas porque “in the face of these problems the Generation of 98 called for spiritual reconstruction as the first priority!” (9). La acusación es válida no tanto por la intención sarcástica de Shaw sino porque, al igual que en Hispanoamérica, los escritores españoles parecen haber puesto las condiciones sociales y políticas al margen de las espirituales sugiriendo que las primeras se resolverían al reformar estas últimas. El estudio de Shaw hace un recorrido por las obras de los integrantes de la generación del 98 para exponer su falta de contacto con el pueblo español. Eso los llevó a una renovación de las letras y el entusiasmo por un preciosismo para cultivar una nueva generación desde la base espiritual frente al materialismo que

⁴ Para examinar los eventos históricos más de cerca recomendamos los textos aquí citados. Nuestra intención es mostrar que los escritores de fin del siglo, en España e Hispanoamérica, expusieron en sus obras ciertas ideas paralelas en cuanto a las cualidades necesarias para lograr la sociedad que deseaban. Nos limitamos a discutir las semejanzas en los trabajos de los finiseculares y no el conflicto entre el tipo de sociedad que querían formar frente a los deseos de otros miembros de la sociedad.

⁵ Las dos citas son de Donald Shaw y Gilber Azam, quienes en sus estudios sobre la literatura finisecular intentan mostrar que las aserciones de estos escritores no tenían valor histórico.

defendiera los valores que ellos predicaban. Los textos finiseculares son ejemplos de esta conjetura, aunque parezca absurdo sugerir que alguien haya pensado que los problemas de injusticia y pobreza podían resolverse con una fe *nacida* del territorio que se intentaba cambiar.

No nos parece extraño, entonces, encontrar en las mismas obras de los escritores finiseculares referencias a la condición de los países hispanohablantes como situación universal que afecta a todos por igual. La solución, aparentemente, reside en volver al origen territorial de sus héroes y a los valores espirituales y morales de éstos. *El porvenir de España* de Ganivet, asegura que

las repúblicas de origen español... tienen un sello peculiar que distingue admirablemente las unas de las otras y cuando hablan de sus nacionalidades dice algo que le redondea, que le da un aire personal, en suma, que le marca con el espíritu de su territorio (128).

Lo que separa a estos países del resto del mundo es su *esencia*, la cual hereda de su territorio físico y del legado de sus grandes hombres. La incorporación de todas “las repúblicas de origen español” por Ganivet vincula las dos regiones mediante su historia. Las contribuciones de los primeros conquistadores españoles, según Ganivet, también fueron importantes para la formación del carácter de los nuevos ciudadanos hispanoamericanos. Más adelante encontramos a un Unamuno, quien jamás consideró válidas las acciones de los conquistadores y sólo halló ejemplos de la grandeza espiritual hispana en los que no consiguieron riquezas materiales con sus hazañas: Cervantes, Ignacio de Loyola, Bolívar y don Quijote.

El héroe literario anterior al siglo XIX

Las revoluciones burguesas de independencia en América del Norte y Francia cambiaron la visión del héroe y su lugar en las nuevas sociedades su nuevo papel generó los eventos mundiales de los años posteriores. Las obras que tienen como punto central el examen de la resurrección del heroísmo de don Quijote y Bolívar evalúan y examinan sus cualidades desde la perspectiva de algunas obras claves escritas por sus antecedentes literarios sobre la heroicidad. Los escritores de finales del siglo XIX no rescataron únicamente los valores que don Quijote y Bolívar poseyeron en realidad sino también les atribuyeron otras características de acuerdo a sus propios valores y propuestas sociales. La necesidad de nuevos liderazgos políticos con diferentes ideas y motivaciones dio paso a un nuevo criterio para evaluar las cualidades heroicas que debían poseer aquellos capaces de llevar a cabo los cambios deseados. Los escritores finiseculares suponían ciertos rasgos más importantes que otros y éstos fueron incorporados a sus discursos como elementos heredados de las tradiciones y costumbres hispanas.

El triunfo de la Revolución Francesa y la aparición de Napoleón en la política produjeron una innovación en el ideal sobre el héroe revolucionario porque la tiranía contra la cual se luchó se había convertido en una fuerza social pidiendo que la gloria y la valentía la vencieran. El heroísmo de los siglos anteriores había expuesto el valor espiritual y la benevolencia individual pero habían sido reemplazados por la gloria material desde el siglo XVIII. En un estudio sobre el héroe moderno, Edith Kern declara que la definición heroica del siglo XVII cambió con las tragedias de Pierre Corneille porque

His [Corneille's] concepts of *gloire* and *vouloir* has remained the prototype of all heroism. Himself the

personification of a Renaissance ideal, he has set the standards of all subsequent heroes. Resurrected in the person of Napoleon, he haunted in the nineteenth-century novelist (327).

El heroísmo, desde el siglo XVII en adelante, se basó en una concepción idealista y valoración renacentista de la gloria sobre lo cotidiano. Los escritores finiseculares del siglo XIX exaltaron los valores espirituales y altruistas exhibidos por los héroes del pasado – lo cual continuó esa tradición de sublimar la figura del héroe – para llevar a cabo su regeneración espiritual basada en las virtudes de los pueblos pasados. Irónicamente, una de las figuras representativas de estas características fue don Quijote de la Mancha, el personaje que parodió la pérdida de los valores sociales que los finiseculares querían rescatar.

Kern continúa su examen del héroe literario de Corneille apuntando lo siguiente:

[there was a] rational and coherent procedure to group like with like and to compare the contemporary [19th century] novelistic hero with his forerunner in the seventeenth-century novel (328).

Sugiere, entonces, que los decimonónicos parecen haber querido crear unos héroes a la imagen de los del siglo XVII, no porque así eran aquellos héroes sino porque su propio entendimiento de esos textos era erróneo. El error pudo haber sido intencional, lo cierto es que no podemos ignorar la clara finalidad por presentar y afirmar una verdad sobre aquellos escritores y *sus* intenciones al imaginar y componer sus obras. Será cierta, entonces, la siguiente afirmación hecha por Anthony Close sobre las observaciones sobre el *Quijote* de los decimonónicos:

All three critics [Romantics] agree that Don Quixote is not to be considered mainly as satire or as parody, that such an aim would be unworthy of a great novel, and that Quixote himself is the universal type of the idealist, the heroic

altruist, the ‘symbol of Imagination, continually struggling and contrasted with Reality’...As a result, chivalric romances have faded into the background. That they are the object of Cervantes’s satire is at best (Sismondi) acknowledged and historically explained, at worst (Bouterwek, Lockhart) cursorily mentioned; but in no case does it engage the critic’s main interest (57 -58).

Kern, por su parte, también examina *Les Héros de roman*, del francés Nicolas Boileau (1636-1711), en su continuo examen de los antecedentes heroicos decimonónico y encuentra que la representación del tipo de héroe predilecto de los contemporáneos de Boileau es parodiado por el escritor. Los personajes de Boileau tienen nombres de héroes de la mitología griega, quienes exhibían, según las leyendas, valentía y honor en todas las facetas de sus vidas ⁶. Los de Boileau, sin embargo, actúan de acuerdo a la falsa galantería y el amor cortés porque estos valores rigen el comportamiento social del siglo XVII. Paralelamente, don Quijote es también el agente de la sátira contra la caballería andante en un texto que remite a las novelas de caballería como punto central del comportamiento del héroe manchego. Tanto Cervantes como Boileau criticaron con sus personajes las conductas y los gustos de sus contemporáneos. La intelectualidad decimonónica, por lo tanto, no sólo les atribuyó a estos personajes del siglo XVII unas características que no poseían, sino que representaron mal las claras intenciones de aquellos escritores ⁷.

⁶ Aunque se ha concluido en numerosas ocasiones que los héroes mitológicos actuaron de forma egoísta y de acuerdo a sus propios deseos y necesidades más que por razones altruistas, Kern examina la obra de Boileau como se ha hecho con la de Cervantes. Al presentar a los protagonistas con cualidades de personajes que los lectores conocían pero comportándose según otros criterios morales, parodian esas obras y sus protagonistas.

⁷ El poeta francés Nicolas Boileau-Despréaux, que estudia Kern en su artículo, presentó una imagen de la emergente burguesía en su estado más vulgar y ordinario. Aquí no citamos ni examinamos la obra fuera del contexto del artículo de Kern por razones obvias, pero recomendamos la lectura de la misma – citada en la bibliografía – para un estudio continental del tratamiento del héroe en los tres siglos que van del XVII al XIX.

El ejemplo de la obra de Boileau es uno de muchos en la literatura del siglo XVII que presenta una propuesta satírica ante los valores de sus contemporáneos. Traemos a colación la obra porque muestra que la intención de Cervantes no era singular dentro del mundo literario del momento, como tampoco la fueron la de los escritores decimonónicos. Concuerdan los críticos que la obra de Boileau fue una crítica a la literatura de su época, específicamente a la de Mlle. De Scudéry, quien retrató a sus personajes siguiendo el comportamiento habitual de la Francia del siglo XVII – pequeños burgueses cuyas intenciones bordeaban lo absurdo ante la vieja aristocracia. Cervantes, en su novela más famosa, parodia los valores presentados en las novelas de caballería, las cuales ocupaban un lugar privilegiado con el público lector español en esos momentos. Si las dos novelas del siglo XVII quisieron ridiculizar al héroe contemporáneo en su papel más representativo, la lectura de los escritores decimonónicos sería una interpretación fundamentada en sus propias afirmaciones – erróneas aún si fueran inconscientes – sobre estos textos y escritores. Cuando Unamuno le concede a don Quijote la fuerza de voluntad y bondad de San Ignacio de Loyola o cuando Martí pide que todos los hispanoamericanos honren la memoria de los libertadores por su nobleza y benevolencia, transforman a estos últimos en modelos que encajaban dentro del pensamiento de su época. Consecuentemente, la imagen heroica que crearon nuestros escritores a finales del XIX tenía raíz en sus propias interpretaciones de las intenciones de aquellos del siglo XVII y sus personajes. Estas conclusiones provenían de los conflictos que advertían a su alrededor y las habían tomado con el propósito de esquematizar sus ideales con la finalidad de guiar a sus contemporáneos.

Durante su búsqueda y producción del ideal heroico para inspirar a la nueva generación de intelectuales y gobernantes, los escritores del siglo XIX expusieron cualidades específicas que los héroes de su generación debían poseer. Previa a nuestro análisis de los textos hispanos, nos proponemos examinar las representaciones más influyentes del héroe durante el siglo XIX para mejor ubicar a los escritores hispanos dentro de una corriente literaria y social que emergía como respuesta a las nuevas tendencias políticas y económicas. A partir de las últimas décadas de los mil setecientos, aparecen retratadas algunas cualidades imprescindibles que los hombres considerados héroes debían poseer. Con pocas modificaciones, lo que buscaron los intelectuales consistía de dos cosas: 1) fuerza y valor de espíritu y 2) benevolencia con los demás. Los protagonistas de *Les Héros de roman* son galantes y buscan la gloria personal mientras que los actos bondadosos de don Quijote en sus hazañas como caballero andante provocan la risa en sus acompañantes y el público lector. Entre los que cuestionaron la influencia de los valores heroicos sobre las sociedades en transición encontramos a Ernest Renan, Thomas Carlyle, Ralph Waldo Emerson, José Vargas Vila y Domingo Sarmiento, quienes teorizaron e impartieron discursos sobre el tema en sus respectivas sociedades.

Los discursos de Renan para la Sorbonne sobre la formación y función de la nación señalan que el conjunto de las experiencias, los sacrificios y los sufrimientos de los grandes hombres del pasado definen cada una de las naciones actuales. Apunta en su *Qu'est-ce qu'une nation?* (1882) que

Le culte des ancêtres est de tous le plus légitime ; les ancêtres nous ont faits ce que nous sommes. Un passé héroïque, des grands hommes, de la gloire (j'entends de la véritable), voilà le capital social sur lequel on assied une idée nationale. Avoir des gloires communes dans la passé, une volonté commune dans le présent ; avoir fait de

grandes choses ensemble, vouloir en faire encore, voilà les conditions essentielles pour être un peuple (306).

Todas las experiencias anteriores, positivas y negativas, generaron los ideales nacionales que forman la base del presente. De manera que cada ciudadano siente una conexión con los demás porque se identifica con los eventos de un pasado común que comparte con los mismos protagonistas. Motivado por los movimientos nacionalistas de su época, los ideales del teórico francés se convirtieron en la base para los pensadores de las fórmulas nacionales que emergieron en el siglo XIX. Renan mantiene que

Dans le passé, un héritage de gloire et de regrets à partager, dans l'avenir un même programme à réaliser; avoir souffert, joui, espéré ensemble, voilà ce que vaut mieux que des douanes communes et des frontières conformes aux idées stratégiques; voilà ce que l'on comprend malgré les diversités de race et de langue (307).

Estas afirmaciones igualan y se parecen a las que hacen los modernistas hispanoamericanos sobre la creación y supervivencia de las nuevas naciones hispanas. El legado glorioso de lo heroico dirige la dirección de las acciones actuales.

Mientras que el francés definía los elementos fundacionales para los gobiernos del siglo XIX, el pensador y crítico inglés, Thomas Carlyle, en su conjunto de conferencias sobre los héroes, marca como temas primordiales del desarrollo de la historia de la humanidad la continua evolución de pensamientos y transformación de las ideas. El héroe servía de mediador entre esos cambios y la sociedad porque tenía la capacidad de realizarlos y conducir a la reforma de los sistemas antiguos. Carlyle explica que esa continuidad es una condición heredada de la antigüedad y describe su progreso como un estado normal y lógico del ser humano y su historia ⁸:

⁸ Estas citas derivan del texto traducido por Pedro Umbert – citado en la bibliografía. Hemos incluido en la bibliografía el texto original en inglés, también consultado.

El culto de los héroes considérola [a Odín] como el gran elemento modificador en el viejo sistema de racionar. Lo que llamamos intrincado embrollo del paganismo debió su origen a diversas causas: cualquier admiración, una adoración cualquiera a un astro, a un objeto natural, era un hilo, la fibra de un raíz madre, que nutrió a todas las demás en gran parte, y gracias a la cual adquirieron desarrollo (39).

El individuo del que habla no sólo es mediador sino fuente, comunicador y representante de estos valores cambiantes. Sugiere Carlyle, entonces, que el héroe es un personaje versátil y se adapta o, mejor dicho, es producto de las necesidades de los tiempos porque cada época histórica cuenta con uno diferente. Un factor unificador en estos individuos es la sinceridad, tanto social como personal, y sus acciones siempre velan por el beneficio general, independientemente de sus propios deseos. Según Carlyle, estos actos altruistas y desinteresados contribuyen a la construcción de las sociedades idealizadas porque

Él [héroe] les explicó qué misión es la suya aquí abajo y lo que pueden esperar terminada la existencia. Gracias a él, ésta, menos áspera, transcurrió entre melodías: él fue el primero en dar a la vida: así, puede decirse que el origen de la mitología nórdica está en Odín [el héroe], en [su] personalidad, fuese éste u otro el nombre que llevase el primer pensador escandinavo mientras vivió entre los hombres (49).

Ni el nombre propio del personaje parece importante porque es la calidad de sus actos lo que permanece en el imaginario público.

Los discursos de Carlyle contienen algunas de las interpretaciones más representativas del héroe en el siglo XIX y condiciona la visión de los intelectuales decimonónicos hispanos, quienes tradujeron y leyeron su obra hacia las últimas décadas del siglo. Su caracterización de las virtudes espirituales del héroe provocó que estos escritores redefinieran las cualidades del héroe y le atribuyeran una fuerza de voluntad y espiritualidad que habían sido excluidas de los personajes de los dos siglos anteriores.

Sugiere Carlyle que “el héroe puede ser poeta, profeta, rey, sacerdote, cuanto queráis, según el pueblo y gente entre quienes nació y crióse” (103) siempre y cuando cultive las cualidades de bondad y entrega a los demás. El prototipo del héroe, ciertamente, cambió con el paso del tiempo pero la atención que reciben los personajes heroicos en la imaginación literaria e histórica no ⁹. En el siglo XIX, al igual que los anteriores, representar a los ídolos conforme con los valores de su época permitió la difusión de los ideales de los escritores a sus contemporáneos. Para Carlyle, el heroísmo se componía de hombres de distintas disciplinas y con diferentes atributos, siendo la virtud unificadora su fuerza espiritual, la cual fortalecía la moralidad de su sociedad. Los poetas, por ejemplo, son los pensadores que encuentran la perfecta melodía para transmitir el mensaje de un pueblo – dentro del cual, según Carlyle, “el alma de todas sus voces eran perfectas notas musicales y . . . la poesía es el pensamiento musical” (107).

Cada discurso del inglés se disponía a demostrar que los santos, los escritores y los guerreros merecían un puesto en el repertorio de las grandes figuras de la historia universal porque sus actos definieron el curso sociopolítico de sus respectivos pueblos. Estos personajes poseían una eficiencia y determinación de la que los demás carecían, y eso los distinguía de las masas y consolidaba su lugar en una historia que, según Carlyle, está basada en *sus* historias. La condición más importante para el inglés es la capacidad del hombre superior de adaptarse a las circunstancias históricas. Los discursos de Carlyle llegaron a las manos de su amigo Emerson e influyeron sobre las reflexiones acerca del héroe del pensador norteamericano. Tras la emancipación de las colonias inglesas en

⁹ Los estudios sobre el prototipo del héroe durante las diferentes etapas de la historia muestran que cada generación ha resaltado en los personajes que consideran heroicos cualidades que son paralelas a los valores de la época en la que se escriben los textos. Nuestra intención no es comparar las diferentes versiones sobre este tema sino estudiar la uniformidad con la que los escritores del XIX construyeron sus héroes.

América, los nuevos ciudadanos vieron que el destino de la nación consistía en la incorporación del resto del territorio norteamericano del continente. Cuando se dio el primer paso para lograr esta meta (la compra del territorio francés de Louisiana) el país aumentó su tamaño por más de la mitad y empezó una campaña para poblar la nueva región. Las leyendas sobre los encantos y desencantos del oeste asustaron a más de uno que se negó a trasladarse para descubrir y habitar las nuevas tierras. Frente a estas condiciones escribió Emerson, en 1850, su colección de discursos sobre los hombres “representativos” que habían mantenido la evolución política y económica en el mundo. El escritor norteamericano marca una diferencia entre los que actúan porque está en su naturaleza de hacerlo y los que se adaptan a la realidad de su momento:

It is easy to sugar to be sweet, and to nitre to be SALT. We take great deal of pains to waylay and entrap that which of itself will fall into our hands. I count him a great man who inhabits a higher sphere of thought, into which other men rise with labour and difficulty; he has but to open his eyes to see things in a true light, and in large relations; whilst they must make painful corrections, and keep a vigilant eye on many sources of error. His service to us is of like sort. It costs a beautiful person no exertion to paint her image on our eyes; yet how splendid is that benefit! (238 – 39)

Confiere a sus contemporáneos la importancia del sacrificio para lograr lo que no les era legado natural y cumplir con un destino común que sí lo era.

El héroe que quiso presentar Emerson a sus contemporáneos también era versátil pero, sobretodo, valiente para enfrentar las nuevas condiciones sociales que le tocaba vivir. Resulta interesante, entonces, examinar la obra del norteamericano en el contexto de las incertidumbres decimonónicas porque impulsa a los que en esos momentos tenían el destino de la nación en sus manos. Al igual que Carlyle, entre los héroes de Emerson también figuran el profeta, el poeta y el filósofo porque cada cual, en sus palabras, “from

the intellectual kingdom, feed the thought and imagination with ideas and pictures which raise men out of the world of corn and money” (283). La superioridad intelectual sobrepasa las condiciones materiales que en el siglo XIX reemplazaron, según estos escritores, los valores más esenciales para la vida¹⁰. Emerson continúa en su ensayo en la misma línea de pensamiento que Carlyle sobre los poetas, filósofos y guerreros y tan sólo cabe destacar la ausencia de la figura religiosa en su concepción que difiere de la de su amigo, quien desde las primeras páginas hizo mención de los religiosos.

Así como sus contemporáneos europeos y norteamericanos, el ensayista colombiano José María Vargas Vila mantiene una distancia entre los líderes y el resto de la humanidad porque éstos nunca entendieron las acciones (genio) de los primeros. Esta falta de entendimiento, según él, identifica la novela de Cervantes como otra del corpus de textos paródicos de la caballería en vez de la crítica concreta a un imperio que decaía sin cesar. Anthony Close, ya vimos, desacredita esta interpretación como producto de la sociedad en la que vivían los escritores/hombres de finales del siglo XIX. Para conmemorar el tricentenario de la novela cervantina, Vargas Vila publicó en 1905 una serie de ensayos, de carácter casi religioso, en los que aplaude y alaba el talento de Cervantes como escritor y la valentía de don Quijote como guerrero. Ambas figuras encarnan en sus acciones y logros la heroicidad que, según él, debían seguir las naciones hispanoamericanas para conseguir la verdadera libertad que buscaban tras las guerras de independencia. Sus discursos revelan el mensaje con el que Vargas Vila esperó estimular a sus contemporáneos a actuar con menos egoísmo dentro de unas sociedades en su infancia y necesitadas de una identidad separada de la española, aunque manteniendo

¹⁰ Emerson, al igual que Ortega y Gasset, se refiere a los adelantos científicos como fuente de la pérdida espiritual que experimentaban los miembros de sus sociedades, dando paso a una necesidad más inmediata por conseguir héroes morales. Véase Emerson (1850) y Ortega y Gasset.

siempre los valores del Siglo de Oro. “La heroicidad que razona” apunta el colombiano Vargas Vila, “es la vanidad que obra” (40). Y dice lo siguiente sobre el escritor y el protagonista de la novela caballeresca:

La primera condición del genio es no ser comprendido. La segunda es ser insultado. La popularidad es el lote y el distintivo de la mediocridad. Los genios no son populares. Son, orgánicamente, antipáticos a la muchedumbre. El Genio y la multitud son rivales. Los genios no van en tropel, como los cerdos, como las ovejas. Los genios viven solos, van solos, como los leones, como las águilas (40).

Vargas Vila diviniza a Cervantes y a don Quijote en un ensayo sobre los desafíos que enfrentan los verdaderos héroes cuando intentan transmitir su entusiasmo por reformar su sociedad. Estos cambios son, según el colombiano, siempre positivos aunque no los entiendan los contemporáneos de aquellos que los reclaman. Al igual que los pensadores ya citados, Vargas Vila también enfoca su presentación del héroe dentro de las cosas que hace al servicio del bienestar común. Opina que los héroes fueron condenados al ridículo porque sus contemporáneos redujeron la labor heroica a simples actos alocados cometidos por idealistas y no tenían lugar en el mundo real. Vargas Vila, al igual que otros de su generación, halló constancia para su programa social y política al rescatar y examinar, con ojos y criterios de otros tiempos y otros valores, las figuras literarias e históricas hispanas anteriores al siglo XIX. No es sorprendente, entonces, ver que Cervantes y su protagonista son sustituibles el uno por el otro dentro del pensamiento de Vargas Vila, para quien el genio de uno era escribir sobre la heroicidad y del otro llevar a cabo sus hazañas ¹¹.

¹¹ Cabe destacar que José María Vargas Vila, al igual que Juan Montalvo, fue crítico constante del poder clerical y las tradiciones religiosas que conducían las políticas colombianas. Pasó gran parte de su vida adulta en el exilio, entre Venezuela, Nueva York, París y Barcelona. Durante su destierro conoció y compartió apasionados intercambios, al igual que amistades, con José Martí y Rubén Darío. Sus obras le

El héroe que heredaron los modernistas era un personaje con raíces territoriales (mas no nacionales porque no todos pertenecieron a una nación determinada durante sus vidas), sin linajes nobles y dispuesto a arriesgar su vida por el progreso general. Y quizá estas palabras del cubano Enrique José Varona son las que mejor explican las intenciones de los intelectuales decimonónicos:

Por eso ninguna religión ha unido más durablemente a los humanos que el fervoroso amor, el culto, pudiéramos decir, de los grandes hombres (37).

Porque las acciones, exageradas o no, de los personajes que quedan en la memoria del pueblo predominaron en las descripciones decimonónicas de los héroes, la gran mayoría de los personajes presentados por estos escritores eran del rango guerrero. Incluso los protagonistas ficticios de las novelas de Ganimet, por ejemplo, pertenecían al ejército. Y en cuanto a los libertadores hispanoamericanos, aunque las “grandes” figuras de las revoluciones había sido de las clases altas locales, al pasar por el filtro posrevolucionario, sus historias se quedaron en el repertorio de modelos ejemplares para la posteridad, siendo su raíz territorial el aspecto de mayor consideración. El *Facundo Quiroga* (1845) de Sarmiento, por ejemplo, critica a Manuel Rosas y la élite bonaerense cuando describe las atrocidades del gaucho Facundo porque adquiere su poder por medio de la violencia que domina, según Sarmiento, las sociedades marginales de los campos argentinos. El origen salvaje de Facundo y Rosas explica la actitud despiadada que ambos exhibieron como gobernantes, aunque aclara Sarmiento que la personalidad admirable del gaucho es que no abusa de su poder sobre los demás para conseguir lo que quiere. La actitud del gaucho es menos egoísta y obedece las normas de la naturaleza y se adapta a sus propias

ganaron una fama entre sus contemporáneos y tuvo como enemigo mortal a la Iglesia y a los tradicionalistas mientras que las emergentes clases media y media baja lo vieron como un portavoz de sus sacrificios y luchas.

necesidades – Sarmiento describe las costumbres de cuatro tipos de gauchos en su obra. La lealtad del gaucho es la cualidad que más exalta Sarmiento, rasgo que encontramos en el héroe de los escritores finiseculares – tanto en Hispanoamérica como en España.

Hacia 1880 los intelectuales hispanoamericanos incorporaron el auge de los rasgos indígenas a sus descripciones de los héroes nacionales. Domingo Sarmiento subraya las virtudes indígenas americanas en el carácter del gaucho para rescatar y exaltar estos atributos que, según él, compartieron tanto Bolívar como el líder tocayo de su obra. Insinúa Sarmiento que “las preocupaciones clásicas europeas del escritor [extranjero/ no americano] desfiguran al héroe, a quien quitan el *poncho* para presentarlo desde el primer día con el frac” (49). Ya que el valor del llanero y el gaucho residía en su relación con la tierra, el disfraz asignado disminuía esa conexión y alteraba su carácter heroico.

El siglo XIX y sus héroes

Aparece, durante las primeras décadas del siglo XIX, un grupo de escritores hispanos para quienes los ideales de la Ilustración fortalecían su propuesta y compromiso social. Las doctrinas de dicho movimiento proporcionaron a estos escritores la base para demandar los cambios sociales que querían para proteger a los españoles de la invasión francesa y respaldar a los americanos en su lucha por la independencia. El esfuerzo que conllevó mantener los territorios hispanos libres e independientes de Napoleón y otras fuerzas extranjeras incrementó en los escritores y lectores su sentir nacionalista por encima de los demás problemas. La invasión napoleónica no sólo significó cambios en España, también inspiró al grupo de pensadores liberales hispanoamericanos a iniciar un movimiento revolucionario de independencia contra la metrópoli. Hacia la segunda mitad del siglo XVIII empezaron las dificultades económicas entre España y las colonias cuando los comerciantes criollos se vieron afectados por las medidas tomadas por las autoridades peninsulares para evitar robos en alta mar y aprovechar al máximo sus negocios en las colonias¹². Cuando, después de lograda la independencia, fracasaron los intentos por unificar los estados hispanoamericanos, los héroes de las revoluciones empezaron a gozar de la fama y respeto que se les había negado en vida. Ahora pasaban a ser héroes nacionales y ejemplos para las nuevas generaciones. Francisco de Miranda fue uno de los personajes que los intelectuales a mediados del siglo XIX rescataron del olvido y convirtieron en la figura más importante del movimiento independentista –

¹² Para más detallada descripción de la historia de los siglos XVIII y XIX consulte el repertorio extenso de obras de historiadores americanos y europeos sobre el tema. Se consultaron *La evolución política de Venezuela, 1810-1960* de Augusto Mijares; *Formación de las naciones iberoamericanas (siglo XIX)* de Mario Hernández Sánchez-Barba; *Foundational Fictions* de Doris Sommer; *La fundación por la palabra: letra y nación en América Latina en el siglo XIX* de Hugo Achugar; *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* de José Luis Romero.

denominándolo el Precursor de la independencia. Su historia, como la de Bolívar, le ganó una fama póstuma que lo consagró para la posteridad. Dentro del diálogo heroico de la segunda mitad del siglo XIX, los dos líderes (al igual que San Martín, Hidalgo, entre otros) aparecen como iconos para una generación en busca de ideales románticos (perfeccionados) y hambrientos por alguna fuente de inspiración que iluminara su lucha contra un nuevo poder económico y político a finales del siglo. No obstante, la revolución industrial que empezó en Inglaterra afectó a España y las colonias americanas de la misma manera que al norte de Europa y América, aunque el movimiento mismo nunca tuvo el vigor que en los otros lugares.

Durante su destierro en el extranjero, los “afrancesados” españoles examinaron y descubrieron las tendencias artísticas y los temas sociales que en esos momentos predominaban en el continente europeo. Estas experiencias, junto con la llegada de textos extranjeros a España, forjaron las perspectivas y enfoques sobre las novelas españolas del Siglo de Oro. Cuando, durante la segunda mitad del siglo XVIII, los críticos europeos fueron al encuentro del héroe alocado, quien había sido capaz de conseguir la libertad para los injustamente sentenciados y demostrar que esas ilegalidades podían y deberían ser cuestionadas¹³, convirtieron a don Quijote en el *everyman*. Su lucha, según su traductor inglés Peter Motteaux, por una reforma social ridiculiza una ideología anticuada y absurda parecida a la contemporánea del siglo XVIII. El caballero manchego se transforma en el prototipo del reformista innovador que con su locura logra

¹³ Las primeras traducciones de la novela a otras lenguas vernáculas tienen lugar hacia la segunda década del siglo XVII, cuando su mensaje no era otro que el de risa y la parodia de un viejo loco que decide convertirse en caballero andante. Hacia la segunda mitad del siglo XVIII las traducciones inglesas tienen un nuevo propósito: usar la risa e ironía para parodiar las condiciones sociales y políticas actuales. Véase bibliografía para mayor detalle del tema.

burlar un sistema corrupto. Las lecturas que surgieron sobre el *Quijote* en el siglo XVII en el resto de Europa redefinieron para los españoles los objetivos del héroe cervantino y a su autor.

Hacia finales de su vida (1841) José María Blanco White escribe *El alcázar de Sevilla*, un ensayo en forma de diálogo, en el cual un joven estudiante conversa con su amigo sobre la historia de Sevilla y, en particular, sobre el reinado de Pedro I. El coloquio hace referencia a las cualidades de María Padilla, la amante del rey, y subraya sus características más admirables, entre las cuales están su valor espiritual para enfrentar los momentos difíciles y su lealtad al rey aún cuando no contaba con derechos legales ni para ella ni para sus hijos ¹⁴. El protagonista dice lo siguiente de la reina póstuma:

María Padilla, si he de decir verdad, es uno de mis personajes históricos favoritos. El amor desinteresado que profesaba a Pedro le hizo llevar con paciencia la nota de concubina, siendo, como lo era, la verdadera y legítima reina de Castilla. Poco después de su muerte, se presentaron a las Cortes de Sevilla las pruebas más indudables de este casamiento, y nadie negaría hoy este hecho, si su autenticidad no hubiera puesto tan grave obstáculo a la usurpación de Enrique (156).

Sus cualidades heroicas en la opinión de los interlocutores decimonónicos le ganaron el favor de la Providencia porque ella “le ahorró el pesar de presenciar los últimos años del reinado de Pedro y la humillación de postrarse a los pies del asesino de su marido, por más que los romances digan lo contrario” (157). Aunque los libros de historia no proporcionan mucha información pertinente a María Padilla, sí existen leyendas que describen su bondad y honestidad, lo cual vemos repetidas en el texto de Blanco White:

¹⁴ Durante la primera mitad del siglo aparecen numerosas obras retratando a héroes quienes tenían en común estas cualidades: la bondad, el honor, el amor incondicional y valor. No estudiamos todas estas obras sino que hacemos un pequeño recorrido por algunas de las escritas por los escritores más sobresalientes del siglo. Dentro de lo posible, señalamos otras obras relevantes para la conversación sin examinarlos con más detalle.

La turba de bastardos de Pedro no estaba lejos de merecer la muerte que les dio el frenético tirano, y, con todo, María, a quien ellos aborrecían, hizo cuanto pudo por salvarlos. Grande debió de ser el poder de sus gracias, pues que enfrenaron durante toda su vida a un hombre de tan desbocadas pasiones. Mas Pedro, que, en la fiebre de la juventud y seducido por los protervos rivales de María, trató muchas veces de romper los lazos que a ella lo ligaban, volvía de nuevo a ella, declarando que era la más amable de las mujeres (161).

Su compasión y piedad sirven hasta para perdonar las crueldades de un hombre que fue la pesadilla de todos aunque la hubiera amado incondicionalmente.

Las primeras dos décadas del siglo fueron testigos de los cambios violentos que en España empezaron con la invasión napoleónica y culminaron con la restauración de la monarquía absoluta bajo Fernando VII. Estos eventos produjeron un descontento social vinculado a una crisis económica que instigó en los intelectuales liberales una conciencia histórica y social llevándolos a un exilio literario y territorial. Gaspar Núñez de Arce escribió su *Recuerdos de la campaña de África* (1869) después de participar en la campaña de África (1859 – 60), en cuyas páginas reflexiona sobre la situación española desde el punto de vista de un cronista – ocupación para la que fue enviado. Cuando el deterioro del imperio español era claramente inevitable, el texto ofreció una visión optimista de las intenciones españolas en África y por extensión en todas las colonias que ahora estaba a punto de perder. Desde ya (1869) se exaltan las cualidades espirituales del carácter español y estas palabras que encabezan su texto se repetirán a lo largo de las últimas décadas del siglo:

Confieso ingenuamente que la cuestión de África no se ha discutido, se ha sentido; al primer anuncio de guerra se removieron en sus tumbas las cenizas de nuestros antepasados, y el espíritu de raza que pasa de generación en generación como un río por su cauce, sin agotar nunca sus

ondas, encendió la sangre en nuestras venas, y aceleró los latidos de todos los corazones (2).

El personaje principal se regocija ante la posibilidad de representar en esta guerra los valores nacionales y se enorgullece de ser parte de este evento histórico. Sin embargo, pronto llega al campo de batalla y se da cuenta que la realidad de defender esos valores significaba la muerte de sus compañeros. Este héroe incorpora también las virtudes de bondad y honor que le llevan a creer en las buenas intenciones y resultados de sus actos además de resaltar el esplendor del espíritu español.

Por otro lado, José de Espronceda, quien fue exiliado durante el reinado de Fernando VII, escribió tras su retorno a España obras que siguieron las tendencias románticas a las que estuvo expuesto durante su destierro. Conforme a esas ideas, Espronceda encabeza la primera parte de *El estudiante de Salamanca* con estos adjetivos del *Quijote* que representan la voluntad del individuo: “Sus fueros, sus bríos, sus premáticas, su voluntad.” La primera parte del poema, sin embargo, relata las falsedades que le dice un hombre a su amante y las desventajas que sufre su amada por haber caído en sus brazos. En el capítulo quijotesco de donde proviene la cita, la Santa Hermandad tiene órdenes de arrestar a don Quijote por haber liberado a los criminales que iban a los galeones. El discurso del caballero defiende sus acciones de esta manera:

son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes,
y . . . su ley es su espada y . . . no hay secutoria de hidalgo
con tantas preeminencias ni exenciones como la que
adquiere un caballero andante el día que se arma caballero
y se entrega al duro ejercicio de la caballería (535 – 536).

La caballería andante sitúa la justicia y la bondad por encima de otras características humanas – una actitud que los escritores finiseculares aplaudieron y exaltaron en sus obras. Espronceda, por su parte, presenta en la primera parte de su poema un

protagonista que se aprovecha de su incondicional amada quien no cuestiona sus actos y desconoce sus verdaderas intenciones. La diferencia entre esta escena y la de Cervantes reside en la conducta del héroe/protagonista. Espronceda expone al caballero manchego como la antítesis del engañoso Don Félix de Montemar, quien actúa de la manera más contradictoria al honorable don Quijote.

Don Félix ignora el sufrimiento y los sacrificios de Elvira hasta causar la muerte de ésta. La trama del poema contiene los elementos básicos de las tendencias románticas en su tratamiento de los temas principales: el amor, la traición y la muerte. La muerte por amor de Elvira provocada por el dolor sublime conserva la unidad que produce una belleza armónica en su definición más clásica. Para los clasicistas, la belleza depende de las cualidades materiales de los objetos (unidad, variedad, regularidad, orden, proporción, etc.) más que de la sensación que generan éstos en quienes los contempla. La belleza, por consecuencia, proporciona un estado de placer sereno, fruto del orden y la proporción, y deleita por medio del terror profundo e inexplicable – como la muerte¹⁵. Aparte de las referencias románticas, sin embargo, encontramos en el poema observaciones sobre las condiciones políticas y sociales de la época. En los primeros versos se exponen ciertos aspectos del gobierno absolutista que condenó a los liberales al exilio:

Temerosas voces suenan
Informes, en que se escuchan
Tácitas pisadas huecas
Y pavorosas fantasmas (53).

¹⁵ A lo largo de este estudio se hará referencia a las tradiciones románticas europeas pero nos abstenemos de estudiar el movimiento por razones de espacio y relevancia. El estudio de Silver Philip, *Ruin and Restitution*, estudia la idea de lo sublime en la obra de Adolfo Bécquer y define el romanticismo español como una búsqueda de grandezas pasadas envueltas en lo sublime.

Se trata de los fantasmas que hacia los años 40, cuando se escribió el poema, todavía resonaban con acusaciones inquisitoriales a los que a su regreso seguían creyendo en los mismos ideales liberales con los que fueron expulsados de su patria.

El dinero y la riqueza material son más importantes que el amor para Félix de Montemar y convierten al protagonista de Espronceda en una figura acobardada y codiciosa sin remordimiento de haberse aprovechado de la virtud de una mujer que lo amaba. Cuando don Diego, el hermano de Elvira, lo encuentra y le informa sobre la muerte de la desdichada, replica de paso a punto de apostar un retrato de ella:

Téngala Dios en su gloria
...
Calma, don Diego,
Que si vos os morís luego,
Es tanta mi desventura,
Que aun me lo habrán de achacar,
Y es en vano ese despecho,
Si se murió, a lo hecho, pecho,
Ya no ha de resucitar (87 – 88).

La frialdad con la que recibe la noticia de la desafortunada hubiera sido una actitud castigada sin compasión por el caballero manchego de la novela de Cervantes. Más adelante justifica su conducta con estas palabras:

Don Diego,
Mi delito no es gran cosa.
Era vuestra hermana hermosa,
La vi, me amó, creció el fuego,
Se murió, no es culpa mía;
Y admiro vuestro candor,
Que no se mueren de amor
Las mujeres de hoy en día (91).

Su final inesperado ante la presencia del fantasma de la mujer a la que engañó produce una impresión contradictoria y negativa del personaje que busca sobre todas las cosas su propio bienestar y satisfacción. Recordamos que al encontrarse con la dama de blanco –

el fantasma – sólo pensaba en aprovecharse de la hermosura e inocencia de ésta y por eso la sigue hasta el cementerio. La muerte de Don Diego en las manos de Félix señala la decadencia de los valores heroicos representados por don Quijote y que en el siglo XIX habían desvanecido.

Y tal vez la crítica más notable a los nuevos valores sociales y económicos de la época la hace Rosalía de Castro en la presentación del duque de Gloria en su novela *El caballero de las botas azules*¹⁶. El duque, envuelto en un misterio digno de la aristocracia antigua, intenta incorporar en una Madrid adornada de reliquias absurdas y exageradas un nuevo orden liberal y progresivo. Resulta importante estudiar el consejo que le da al enamorado de Mariquita para conseguir su amor. Melchor, el prometido de Mariquita, es un sacristán que vive de su oficio y tiene como pasatiempo pintar y hacer figuritas religiosas con las que adorna su humilde casa. Primero, el duque disuade a Mariquita de perseguir su versión exagerada del amor y, segundo, provee a Melchor ayuda en su incorporación al nuevo orden económico para ganar el amor de Mariquita. Estos dos datos adquieren importancia dentro del repertorio de los consejos que el duque da a los otros personajes de la novela. La confusión inicial del duque – quien piensa que Mariquita es su amada de antaño – conduce a una persecución por parte de Mariquita, quien se cree enamorada del duque tras el primer encuentro, al igual que los demás personajes. Los demás, sin embargo, se enamoran de su exotismo novedoso pero ella de su apariencia caballeresca. El duque inmediatamente siente gran compasión por la chica

¹⁶ La novela de Rosalía es un antecedente de los cambios sociales que pedirán los modernistas en sus obras hacia las últimas dos décadas del siglo XIX. Mariquita es uno de los tres personajes que viven en la Carreta de perros – barrio marginado madrileño – y su apariencia sorprende al duque de Gloria porque le recuerda al gran amor de su vida (la tía de ésta). Al enterarse que ella se enamora de él y por eso está más determinada que nunca de no casarse con su prometido Melchor, el duque se las ingenia para juntar a los jóvenes. Se da cuenta de que para lograr esto necesita crear en Melchor una apariencia que llame la atención de Mariquita ya que a ella le parece aburrido y busca algo nuevo. La novedad, por supuesto, es la clave de los discursos del caballero.

que se pasa sus tardes libres en el cementerio soñando con el hombre ideal y se resuelve a integrarla a la sociedad en la que vive.

Antes de todo, le advierte que no es el hombre que ella busca y le explica que

Más sufrirás al ver que yo sólo podía darte tormentos y pesares en vez de la dicha que esperabas... Soy un duende inquieto y tornadizo que se complace en reírse de sí mismo y de los que se le parecen, un mal espíritu que no ama el reposo que una honrada medianía proporciona, ni el fuego amoroso del hogar doméstico, y que sólo pasaría tu lado breves instantes porque iría en busca de los combates y emociones del mundo (288).

El duque insiste y hace lo posible para disuadir su enamoramiento de él. Esta actitud, sin embargo, difiere de la que tiene con los otros personajes de la novela. La intención del duque con los demás miembros de la corte corresponde a una misión por desfigurar las apariencias de estos personajes al prometer “el libro de los libros” novedoso y adquirible sólo a través de su amistad y consentimiento. La aparición de reporteros, editores, médicos y abogados en la novela expone, en primer plano, una emergente clase social profesional, la cual – como describe Ángel Rama sobre la situación en América – ahora reclamando ocupar un lugar en la sociedad. Al contraponer a la aristocracia antigua (el uso de los títulos aristocráticos como Condesa es significativo) con los reporteros y editores y las participantes de las tertulias, revela que empieza a desaparecer el viejo orden para dar paso al nuevo representado por los consejos del duque a Melchor. Cuando considera que Melchor es el hombre digno del amor de Mariquita, insiste en convertirlo en la persona digna de ella y que querría, no sólo porque así lo había decidido su tía, sino porque ella encontraría en él sus ideales hechos realidad. Para alentarle a empezar su negocio, el duque compra una cantidad de sus miniaturas y le alienta a vestirse como miembro de la clase burguesa. La decepción final de los otros personajes al ver que el

tan esperado libro no contenía nada – es decir estaba en blanco – y la mudanza de Melchor a un apartamento en el centro de Madrid, marcan un triunfo para el orden emergente contra la vieja monarquía.

El deseo de cambios políticos hacia la segunda mitad del siglo XIX no solo tomó protagonismo en España sino también en Hispanoamérica donde los nuevos gobiernos posrevolucionarios mantenían un esquema sociopolítico parecido al de las antiguas administraciones coloniales. El grupo de intelectuales cuyas experiencias en el extranjero (Europa y Estados Unidos) les había ofrecido una nueva visión del progreso social moderno y querían incorporarlas en sus propias naciones, emplearon la prensa para hacer sus denuncias. Domingo Sarmiento, como hemos visto, convirtió sus teorías políticas en una crítica hacia el gobierno actual y la herencia dejada por el anterior. Como él, un grupo de jóvenes que había nacido con la revolución independentista y crecido tras la emancipación notaron que el sistema actual se parecía más al colonial, lo cual lo separaba de los ideales de los libertadores y de los habían estudiado en el extranjero. Cuando empiezan a escribir sus discursos acusatorios y desacreditando los gobiernos contemporáneos, se vieron en peligro de persecución o exilio. José Martí vivió la gran mayoría de su vida en el exilio debido a sus comentarios y políticos y Sarmiento escribió desde Chile. Esteban Echeverría publicó anónimamente y solo llegó a publicar una selección limitada de su trabajo.

El matadero (1871) de Esteban Echeverría presenta varias características del héroe decimonónico que aparecen en las descripciones de los escritores finiseculares. La honorable muerte del joven unitario, en el cuento, a causa de los federalistas condena la tiranía del gobierno en un momento de transición que debería unir a la sociedad. Resulta

interesante examinar los eventos que tienen lugar en el mercado tras las inundaciones para determinar la conducta de los personajes en el desenlace. El caos que crea la escasez alimenticia produce en todos tal desesperación que si ignoran la muerte más inocente las necesidades ajenas aún son menos importantes. Anota el narrador lo siguiente:

Esta guerra se manifestaba por sollozos y gritos descompasados en la peroración de los sermones, y por rumores y estruendos subitáneos en las casas y calles de la ciudad o dondequiera concurrían gentes (105).

El mismo narrador exclama cuando describe la situación en la plaza: “¡Cosa extraña que haya estómagos privilegiados y estómagos sujetos a leyes inviolables, y que la Iglesia tenga la llave de los estómagos!” (106). El unitario, “un joven como de veinticinco años, de gallarda y bien apuesta persona” (120), es el primer personaje descrito sin los adjetivos irónicos y maliciosos que predominan en el cuento. El joven hace estas acusaciones a sus opresores antes de reventar de furia:

- La librea es para vosotros, esclavos, no para los hombres libres . . . la fuerza y la violencia bestial. Ésas son vuestras armas, infames. El lobo, el tigre, la pantera también son fuertes como vosotros. Deberíais andar como ellos, en cuatro patas . . . -¿Por qué no llevas luto en el sombrero por la heroína? – ¡Porque lo llevo en el corazón por la Patria, por la Patria que vosotros habéis asesinado, infames! (124)

El héroe de la patria no es el más fuerte, como parecen indicarlo los federalistas, sino el de mayor fuerza espiritual, demostrado por el unitario al morir por voluntad propia antes de ser humillado por la barbarie de los federalistas.

Las referencias al gobierno de Rosas y la escasez de carne durante el periodo del cuento aluden al mal manejo del Restaurador así como a la ignorancia de un pueblo desesperado. Pareciera indicar que la aceptación del gobierno corrupto se debe a la

ignorancia de la muchedumbre en busca de estabilidad superficial y supervivencia básica. Los acontecimientos en el matadero son violentos y caóticos, pero sobretodo indiferencia a los eventos a su alrededor. La escena grotesca del escape del toro y la muerte del niño decapitado es ignorada por todos porque en esos momentos se repartían las últimas partes del novicio. La promesa de un estómago lleno reemplazaba la falta de alimento espiritual deseado por el joven unitario y creaba una sociedad mediocre de ciudadanos incapaces de cuestionar las acciones de un gobierno preparado para sacrificar la espiritualidad del pueblo para beneficiarse.

La reencarnación del héroe medieval

Los escritores de finales del siglo XIX definieron a sus héroes y dieron como ejemplos algunos personajes conocidos y otros por conocer, siempre bajo la bandera de la bondad espiritual y del sustento de los valores hispanos. Los líderes de las guerras independentistas ocuparon un lugar primordial en la gran mayoría de las obras escritas por los hispanoamericanos porque el comportamiento exhibido y la perseverancia en sus proyectos de liberación mostraban la valentía espiritual que estos deseaban. Igualmente, los españoles centraron sus obras alrededor de la españolidad de algunos personajes extranjeros aunque no fueran españoles; Bolívar fue uno de ellos. Fueron muchos los que llegaron a formar parte del elenco de héroes que surgió a partir del deterioro moral al que los finiseculares se enfrentaban. El pequeño grupo intelectual que se considera la línea divisoria entre los movimientos pre-modernistas y el modernismo, en ambos lados del océano, también compuso textos sobre las cualidades heroicas que ellos juzgaron necesarias para estimular los cambios sociales y políticos que deseaban y veían llegar.

El español Ángel Ganivet cobró penosa conciencia de los efectos del capitalismo moderno en España cuando se encontraba en el extranjero y dedicó la mayor parte de su obra literaria a tratar los problemas que afectaban a su Granada natal. Empezó su lucha en los países escandinavos, a donde fue enviado por el gobierno español en capacidad de cónsul. Fue entonces cuando tuvo contacto directo con el industrialismo de su época, que contrastaba tanto con la realidad granadina, e idealizó esa cotidianidad que extrañaba de España. Rechazó por falsos o materialistas casi todas las grandes corrientes de la Edad Moderna: el nacionalismo centralizador e imperialista, el socialismo deshumanizante, la democracia y el liberalismo, el progresismo, el científicismo, la industrialización y la

enseñanza general obligatoria. En *Los trabajos del infatigable Pío Cid* (1898) manifiesta su desacuerdo con la manera en que el gobierno había dirigido las reformas agrarias que surgieron tras la Revolución del 68. El protagonista de la novela, Pío Cid, regresa a su tierra natal después de muchos años y es elegido alcalde por el pueblo porque su propuesta de progreso consistía en el desarrollo de la industria agraria para evitar la migración de los jóvenes a las ciudades. Cuando Pío Cid se da cuenta de que no puede llevar a cabo su reforma porque el gobierno se lo impide, renuncia al cargo y vuelve a Madrid. El mismo Pío Cid se casa con una mujer mucho más joven que él porque la familia de ésta tiene necesidades económicas que él puede solucionar casándose con ella – aunque la trata siempre como a una hija y no como a una esposa. Las actitudes del protagonista hacia el pueblo sureño, su esposa y la familia de ésta parecen contribuir a la premisa básica de Ganivet, el cual sugiere que el español por su espíritu generoso lucha contra la injusticia que se comete por codicia.

En *Idearum*, Ganivet marca una distinción entre las acciones de los guerreros (Ignacio de Loyola), los escritores (Cervantes) y los conquistadores de América como Cortés y Pizarro. Los primeros dos grupos cumplieron la función de luchar por los ideales espirituales y literarios de España mientras que los últimos sólo buscaban la riqueza material sin base moral ni espiritual. Así diferencia el granadino a los buenos de los malos:

No son conquistadores quienes sirven un breve periodo de tiempo en una colonia por obtener riquezas u honores, sino quienes conquistan por *necesidad*, espontáneamente, por impulso natural hacia la independencia, sin otro propósito que demostrar la grandeza oculta dentro de la pequeñez aparente. Y tan conquistadores como Cortés o Pizarro son Cervantes, preso en Argel y comprometiéndose en una rebelión por España, y San Ignacio de Loyola, otro oscuro

soldado que con un puñado de hombres acomete la conquista del mundo espiritual (*énfasis nuestro* 80).

La conquista que se hace por la “necesidad” de contribuir a la grandeza espiritual de una nación muestra una heroicidad mayor que la codicia. Cervantes estuvo encarcelado siete años tras la batalla de Lepanto y al volver a España pidió autorización para unirse a las campañas al Nuevo Mundo. Ganivet consideró los años que éste pasó encarcelado como prueba de su heroísmo espiritual porque veía en Lepanto la última batalla por la fe cristiana. No se conocen las razones por las que solicitó el permiso, aunque sí se sabe que no tenía oficio permanente y lo más probable sea que vio en esas exploraciones una fuente de aventura e ingreso económico. No nos vamos a detener a averiguar las razones que tuvo Cervantes para dar ese paso, pero recordamos que los conquistadores que algunos volvían de América recibían títulos nobiliarios y traían consigo riquezas asombrosas. Ganivet, por su parte, asegura que Cervantes había emprendido ese camino porque después de Lepanto pensaba que faltaba algo para cumplir con su obligación moralizadora, siendo América donde más necesidad había de su labor. Ganivet afirma que la respuesta negativa del rey a su petición no desvió al escritor renacentista de su misión y se embarcó en la tarea de escribir para cumplir de esa manera con su compromiso. Sus intenciones, pues, para pedir la encomienda fueron distintas a las que Ganivet considera que fueron las de Cortés y Pizarro justificando, así, el deseo conquistador de Cervantes.

Igualmente, en *La conquista del reino de Maya* (1897), Ganivet presenta una imagen caricaturesca del conquistador europeo – español – en tierras y culturas desconocidas. Pío García del Cid, el protagonista, es un abogado que había sido enviado por su padre a las grandes ciudades europeas y del norte de África para adquirir

experiencia y, poder así, llevar los negocios de la familia. Tras escuchar los relatos de unos exploradores con los que se encontró por el norte de África, llega a una aldea donde se encuentra con una de las pocas tribus que no había sido expuesta al mundo occidental y decide quedarse para poner en práctica sus conocimientos y mejorar las estructuras sociales de la tribu. A lo largo de su historia, Cid ignora los detalles culturales que prevendrían los avances tecnológicos que proponía e impedirían la integración casi absoluta de la tribu al mundo occidental sin tener que formar parte del mismo. El rey de la tribu le nombra gobernante de unas tierras cercanas y lo casa con una de sus hijas. Siguiendo las tradiciones de la tribu, Cid se casa con varias mujeres y tiene hijos con cada una de ellas. Su propósito inicial era dirigir la tribu hacia un gobierno constitucional pero termina convirtiéndose en el policía de turno para los problemas cotidianos, como la distribución justa de agua potable y ser mediador de algún robo entre los vecinos. La constitución que escribe para su gobierno nunca se pone en práctica – no hace falta resaltar las obvias referencias al gobierno español – porque las reglas que intenta implementar sólo funcionan cuando se toma en cuenta las tradiciones locales.

El último capítulo es importante y representativo del pensamiento de Ganivet, presente ya en *Idearum*, porque la aparición de Hernán Cortés muestra el fracaso definitivo del proyecto civilizador de Cid. Las primeras palabras de Cid a Cortés en su sueño son estas preguntas que muestran, con la consiguiente respuesta de Cortés, la crítica social de Ganivet:

No sé si dar las gracias o entristecerme y afligirme – dije yo, con un movimiento de desconfianza, y retirando mi mano con modestia, no exenta de orgullo –; porque me hallo indigno de merecer *estímulo que parecen venir de tan alto*, . . . ¿Cuáles son mis hazañas y mis conquistas? ¿Qué nuevo imperio he colocado yo bajo el dominio de España?

¿A qué amistad soy acreedor yo, pobre diablo, que tras mil aventuras incoherentes e infructuosas, tengo que vivir a expensas de la caridad del Estado, de una limosna disfrazada de sueldo, soportando humildemente que mis superiores jerárquicos, que en Maya no servirían ni para mnánís, me reprendan cuando llego a la oficina con retraso, o cuando dedico a componer mis Memorias en los ratos perdidos, que otros consagran a hablar de lo que no saben o a contemplarse mutuamente? (178).

La respuesta de Cortés acusa a la sociedad española de que “no sabe conocer a sus hombres” quienes le dieron la grandeza de varios siglos y aclara que “si faltó a tus triunfos la glorificación exterior, échese toda la culpa a la fatalidad” (178). Cid pensó que sus hazañas debieron seguir el rumbo de la conquista de Cortés para poder considerarse importantes. La parodia de sus esfuerzos a lo largo del relato, sin embargo, ridiculiza el último capítulo que de lo contrario hubiera sido un final trágico y dramático de la vida de un hombre que quiso llevar los ideales civilizadores a tierras lejanas e incultas. Mientras vivió en el extranjero, Ganivet escribió sobre su España y los problemas sociales que invadían su Granada natal. Su héroe es una figura parodiada que quiere seguir los pasos de los conquistadores del imperio español y no se da cuenta que su fracaso es ideológico al no tomar en cuenta los principios básicos de los lugares donde se quiere implementar sus políticas revolucionarias y progresistas.

La lista de héroes de las últimas décadas del siglo XIX ya no incluía a los conquistadores del siglo XVII porque la codicia, como apunta Unamuno, no es una cualidad de los verdaderos héroes. Unamuno construye una imagen del héroe finisecular a lo largo de su producción literaria y dentro de esa definición incluyó a Bolívar y a Don Quijote porque ambos poseían las características más importantes para él: la bondad y

generosidad. No existe mejor descripción del héroe unamuniano que la que hace en *El caballero de la Triste Figura*:

El héroe, presentido en preñez augusta, es muchas veces
harto sublime para vestir carne mortal, o sobrado estrecho
el ámbito que haya de recibirle, brota entonces ideal,
leyendario o novelesco, no de vientre de mujer, sino de
fantasía de varón. Héroe son éstos que viven y pelean y
guían a los pueblos en la lucha . . . El Gran Capitán, o
Francisco Pizarro, o Hernán Cortés, llevaron a sus soldados
a la victoria, pero no es menos cierto que Don Quijote ha
sostenido los ánimos de esforzados luchadores,
infundiéndoles brío y fe, consuelo en la derrota,
moderación en el triunfo (énfasis nuestro OC: I, 917).

La moderación, por ende, separa al caballero de los demás e ilustra la superioridad de un héroe capaz de consolar a sus contemporáneos en momentos de derrota. A Bolívar también se le atribuyó este atributo en las descripciones heroicas durante las últimas décadas del siglo XIX.

Después del desastre de 1898, José Enrique Rodó le dedica su *Ariel* (1900) a “los jóvenes de América,” quienes, suponía él, implementarían los ideales que exponía en su discurso. El ensayo transcurre durante un último día de clases con un profesor que se aleja para siempre de la enseñanza. Las últimas palabras para sus discípulos son sobre los conflictos contemporáneos que heredaban las naciones hispanoamericanas por su proximidad a las fuerzas imperiales de Norteamérica. En un ensayo en el que el legado colonial juega un papel positivo porque sigue una tradición greco-latina que exalta la espiritualidad en vez del materialismo económico, la juventud americana debe seguir el camino de sus antepasados sanguíneos en vez de sus vecinos contemporáneos. Estos individuos, entonces, conducirían a las naciones hispanoamericanas por los mismos

caminos de la gloria que los héroes de independencia, quienes, impulsados por su amor a la tierra que les vio nacer, alcanzaron la victoria máxima de libertadores.

Las características de Ariel han sido representadas en los contextos de la intelectualidad mundial como máxime ejemplo de la magnitud espiritual del ser humano. En un estudio comparando las interpretaciones de Shakespeare y Rodó, José Ramón Castillo apunta que éste¹⁷

se vio empapado de las ideas de cambio desde los primeros años de su vida, la libertad de escritura lo acompañó en el largo trajinar de su propuesta ideológica. Sus ideas están atrapadas entre las estructuras del romanticismo y la fuerza del modernismo que es más libre en la prosa, además la ideología de la época se deja capturar con encanto y sobriedad.

Al igual que en los escritos de sus contemporáneos en ambos lados del Atlántico, los suyos también examinan los conflictos del momento. La espiritualidad de Ariel, que contrasta el apetito carnal de Calibán, es la fuerza que guía las doctrinas de Próspero en la obra de Rodó al presentarlo como la luz interna de los jóvenes americanos. Castillo comenta que

Los planteamientos que [Próspero] realiza están basados en la correcta dosificación de los sentimientos, la razón y sobre todo de la inteligencia . . . el mayor tesoro para el Próspero de Rodó, es la inteligencia y el aporte que esta realiza a las sociedades. Es necesario un sentimiento de unificación de los patrones ideológicos, que Latinoamérica tanto clama, como los postulados que realizara el Libertador ochenta años antes, en la Carta de Jamaica y el Discurso de Angostura.

¹⁷ Este artículo está publicado en una revista virtual y por lo tanto no tiene paginación. Véase la referencia bibliográfica. Existen numerosos estudios sobre la obra de Rodó y el autor mismo que se pueden consultar para más detallado estudio. Hemos tomado el estudio de Castillo porque habla directamente sobre el tema que nos interesa para esta sección del trabajo.

El *Ariel* de Rodó propone una solución intelectual a los conflictos internacionales que afectaban a las naciones hispanoamericanas. Este héroe moderno se enfrenta a la constante invasión de elementos culturales del extranjero mientras procura definir su propia identidad en el mundo. De acuerdo al artículo de Castillo

la reivindicación de Próspero, en Rodó, se traduce como la amenaza de los Estados Unidos de Norteamérica, que es admirada por el escritor, pero le resulta imposible amar, debido a la materialización del pensamiento y . . . frialdad . . . es así, como se observa que la razón tiene una trascendencia mayor, . . . es una verdadera nacionalidad de lo que adolece y Ariel es el que se encargará de realizar con astucia las acciones para que estos elementos se unan en los sentimientos de nacionalismo.

El poder de la espiritualidad greco-latina conduciría al triunfo eventual de la cultura de la América del Sur porque todos requieren de una interioridad y escondite para sus reflexiones. Rodó subraya en la historia sobre el rey hospitalario la importancia de mantener una independencia espiritual a pesar de su bondad y generosidad con los demás. Rodó consideraba que la sociedad materialista del norte no permitía esto – por lo cual su cultura debía ser conservada, porque cuando

la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Tule de su alma (220).

Es evidente que lo que resta de la vida son los momentos espirituales y no los esfuerzos por conseguir bienes materiales. Próspero culmina su discurso encaminando a sus discípulos por las vías de la originalidad y meditación personal.

El cubano José Martí no se aparta tampoco de esta imagen heroica. Esto no significa que hubiera influencias literales sino que las condiciones políticas y sociales del momento afectaron al mundo hispánico de forma similar. En las antiguas colonias americanas, al igual que durante el tiempo de las revoluciones, la intelectualidad hacía un llamado a la generación de jóvenes que habían nacido con la independencia para poner en práctica los fundamentos que habían dejado los padres de la patria. Afirma Julio Ramos en su estudio sobre Martí que

cuando Martí dice ‘Nuestra Catedral,’ ¿a qué catedral se refiere: a cualquier catedral hispanoamericana, a la de La Habana o la de Bogotá, donde se encuentra su destinatario? *Nos-otros*, como *ellos*, es una unidad producida, condensada por la mirada generalizante del sujeto. Su función en la crónica es fundamental: opera como una *afiliación*, una nueva familia, aunque no ya fundada en la noción de la continuidad biológica, sino como un territorio cultural y político.

...

Nosotros, en Martí, es el reverso de *ellos*, los EUA, portadores del poder económico. Lo excluido por ese campo de identidad es el poder metropolitano: de ahí que la función de la *afiliación* fuera política. En efecto, al menos en términos de la distribución internacional del poder, Martí habla desde la periferia, desde un *nosotros* oprimido por *ellos* (251- 52).

Al unir a las antiguas colonias españolas bajo el bando en oposición a un “otro” que todos consideraban diferente. Su exilio, por supuesto y como apunta Ramos, lo posicionó en un lugar privilegiado para hacer sus referencias sociales y políticas que en las mismas naciones hispanoamericanas no llegan a ver la luz hasta comienzos del siglo siguiente. El destierro de Martí, sin embargo, se debió a sus actividades políticas que también cuestionaban los personajes que en sus escritos habían obtenido el rango de héroes. Su producción literaria abarca varias décadas y culmina con la pérdida de su propia vida al

poner en práctica las actitudes que profesaba. No es de extrañarse, entonces, que la heroicidad de Martí haya sobrepasado la conducta de los que él mismo halagó en sus obras.

En su única novela, titulada *Amistad funesta* (1885), Martí ejemplifica las cualidades del héroe cotidiano del que ha venido hablando en sus ensayos desde el exilio. Esta novela corta tiene todos los elementos del Romanticismo. Un aire sublime envuelve las acciones de los personajes, notablemente las de la hermosa Sol del valle, permitiendo al lector acceso a los sentimientos más profundos del alma. A pasar de eso, sin embargo, Martí incluye en su narrativa estos comentarios sobre las almas heroicas:

Llevaba Juan Jerez en el rostro pálido, la nostalgia de la acción, la luminosa enfermedad de las almas grandes, reducida por los deberes corrientes o las imposiciones del azar a oficios pequeños; y en los ojos llevaba como una desolación, que solo cuando hacía un gran bien, o trabajaba en pro de un gran objeto, se le trocaba, como un rayo de sol que entra en una tumba, en centelleante júbilo . . . El fervor de los cruzados encendía en aquellos breves instantes de heroica dicha su alma buena; y su deleite, que le inundaba de una luz parecida a la de los astros, era solo comparable a la vasta amargura con que reconocía, a poco que en el mundo no encuentran auxilio, sino cuando convienen a algún interés que las vicia, las obras de pureza. Era de la raza selecta de los que no trabajan para el éxito, sino contra él. (42)

La desesperación que siente Juan al ver las injusticias a su entorno interviene en su rutina diaria, que sus acciones confunden a los demás personajes. Su novia piensa que se ha enamorado de otra porque él mantiene una estrecha amistad con la chica más bella del pueblo. Ésta es pobre y su tutora le ha pedido a Juan que velara por su bienestar y la naturaleza de Juan había puesto en él

aquella coraza de luz con que reviste a los amigos de los hombres, vino, por esas preocupaciones legendarias que desfloran y tuercen la vida de las generaciones nuevas en

nuestros países, a pasar, entre lances de curia que a veces le hacían sentir ansias y vuelcos, los años más hermosos de una juventud sazónada e impaciente, que veía en las desigualdades de la fortuna, en la miseria de los infelices, en los esfuerzos estériles de una minoría viciada por crear pueblos sanos y fecundos, de soledades tan ricas como desiertas, de poblaciones cuantiosas de indios míseros, objeto más digno que las controversias forenses del esfuerzo y calor de un corazón noble y viril (42).

Juan vive su vida meramente mortal mientras sentía una “extraña y violenta necesidad del martirio” pero, como había dicho Carlyle, se encontraba lejos de ser un simple mortal y

por la superioridad de su alma le era difícil hallar compañeros que se la estimaran y animasen, él, necesitado de darse, que en su bien propio para nada se quería, y se veía a sí mismo como una propiedad de los demás que guardaba él en depósito, se daba como un esclavo a cuantos parecían amarle y entender su delicadeza o desear su bien (44).

Martí sugiere que los personajes verdaderamente grandes no eligen su situación:

¡A Juan, que se sentía crecer bajo del pecho, a pesar de lo mozo de sus años, unas como barbas blancas muy crecidas, y aquellos cariños pacíficos y paternales que son los únicos que a las barbas blancas convienen! ¡A Juan, que tenía de su virtud idea tan exaltada como la mujer más pudorosa, y entendía que eran tan graves como las culpas groseras los adulterios del pensamiento! (81)

Martí dedica, además, un capítulo a elogiar la sublimación espiritual de los españoles que contrasta con el materialismo que parece gobernar el presente. Cuando Pedro Real, el hombre de negocios y amigo de la familia Jerez, habla sobre las modas de París, Ana y Juan imaginan sus propias vidas en un mundo greco-latino:

-- Pues yo no; decía Ana; Cuando Lucía sea ya señora formal, adonde vamos los tres es a Italia y a España: ¿verdad, Juan?
-- Verdad, Ana. Adonde la Naturaleza es bella y el arte ha sido perfecto. A Granada, donde el hombre logró lo que no ha logrado en pueblo alguno de la tierra: cincelar en las

piedras sus sueños; a Nápoles, donde el alma se siente contenta, como si hubiera llegado a su término (48 – 49).

El capítulo tres de la novela describe la historia de don Manuel, quien llegó a la isla hacia 1860 y cuyos hijos heredaron la nobleza de corazón “característica” de los españoles. El único hijo “tenía gustos raros y bravura desmedida, no tanto para lidiar con sus compañeros, aunque no rehuía la lidia en casos necesarios . . . que requerían algo más que la fiereza de la sangre o la presteza de los puños” (54). Manolito, quien murió de una enfermedad mientras estudiaba en España, aceptaba la culpa por las travesuras cometidas por sus compañeros y, pensaba su mamá,

había nacido comido de aquellas ansias de redención y evangélica quijotería que le habían enfermado el corazón al padre, y acelerado su muerte, y como en la tierra en que vivían había tanto que redimir, y tanta cosa cautiva que libertar (55).

El héroe como individuo cotidiano trasciende las obras de Martí y lo hallamos en las del español Benito Pérez Galdós, quien considera que la cotidianidad genera la heroicidad deseada y carente en la España posrevolucionaria. *Los episodios nacionales* exponen algunos eventos claves y decisivos que definieron la historia de la España de finales del XIX. Estos “episodios” cuentan la rutina diaria de los más afectados por estos eventos – las familias españolas – y sus sacrificios para lograr los triunfos españoles cuando fueran posibles. En *La batalla de Trafalgar*, por ejemplo, nos presenta a un joven, Gabriel, y don Alonso, su amo de edad madura quien había luchado en otras batallas en su juventud, quienes están debatiendo la pregunta de si cumplir o no con la carta que le llegó a don Alonso del gobierno para servir en la escuadra. Su esposa asegura que España jamás ganará la guerra. Ella le implora que

No, no irás a la escuadra, porque allí no hacen falta estantiguas como tú. Si tuvieras cuarenta años, como cuando fuiste a la tierra del Fuego y me trajiste aquellos collares verdes de los indios . . . Pero ahora . . . Ya sé yo que ese calzonzazo de Marcial te ha calentado los cascos anoche y esta mañana, hablándote de batallas (OC: I, 20)¹⁸.

La referencia a la edad de don Alonso alude a la vejez del imperio español y su inevitable caída a pesar de las intenciones heroicas de su esposo y el joven Gabriel, quien contaba con 14 años en esos momentos. Don Alonso, por su parte le responde con “yo debo ir a la escuadra . . . Yo no puedo faltar a ese combate. Tengo que cobrar a los ingleses cierta cuenta atrasada” (23); refiriéndose a la última vez que sirvió en la marina. La respuesta de Alonso alude a un orgullo que siente por combatir en nombre de España y mantener en alto los valores nacionales.

Cuando Alonso le dice a su esposa que Gabriel se irá con él a la escuadra, éste hizo “un gesto que indicaba mi conformidad con tan heroico proyecto” (24), lo cual sugiere el compromiso del pueblo español con los valores heroicos descritos por don Alonso. La juventud parecía haber creído en la grandeza de la espiritualidad española y sólo la derrota absoluta de los últimos años del siglo les abrió los ojos a la cruda realidad que se venía negando desde la Restauración de Fernando VII, si no de antes. *Trafalgar* cuenta la historia de los dos hombres en alta mar lidiando por recuperar el lugar ocupado por España hasta entonces. El fracaso de la armada produjo en don Alonso su pérdida de fe en la nación al final hallando consuelo en la religión y “rezando se pasó el resto de su vida, hasta que se embarcó en la nave que no vuelve más” (264). La derrota de la campaña dio paso a una regeneración interna en Alonso que convirtió su patriotismo en

¹⁸ Por falta de espacio nos detenemos a resaltar puntos claves de algunos episodios aunque, obviamente, su obra se extiende mucho más y requiere de más profundidad para entenderlas. Debemos reconocer que nuestro estudio no le presta la atención que todos los escritores y sus textos requieren porque intentamos adherirnos al tema principal de este trabajo que considera el tema del héroe en la literatura de fin de siglo.

devoción religiosa. Las crónicas periodísticas le sirvieron a Galdós para mostrar que la mejor manera de construir una imagen enriquecedora de la historia de España exaltando la conciencia histórica de los ciudadanos y la razón moral ante la simpleza especulativa o instrumental. Galdós adquirió gran parte de la información para escribir la primera etapa de sus *Episodios* en las crónicas periodísticas de la época. Julio Ramos, en *Desencuentros*, apunta que las crónicas también fueron las mejores fuentes de información para la comunidad hispanoamericana durante las últimas décadas del siglo XIX. Las crónicas permitieron la entrada al mundo informativo de la modernidad en Hispanoamérica y, como vemos en Galdós, una reconstrucción del pasado en España.

Años después, el español José Ortega y Gasset, en su *Historia como sistema*, describió la necesidad por ubicar dentro de la historia hispana a los personajes que fueron capaces de adaptarse a las condiciones sociales de su época. La obra sitúa al hombre dentro de una gama de eventos en las cuales las acciones de cada generación sólo se pueden explicar dentro de su contexto histórico, porque “el fracaso de la razón física deja la vía libre para la razón vital e histórica” (26). Es decir, “todas las cosas, sean las que fueren, son ya meras interpretaciones que se esfuerzan en dar lo que encuentran” (41). Ortega escribe estas palabras en la tercera década del siglo XX, criticando, como lo hicieron Unamuno y Baroja, el uso y el papel de la historia en una sociedad abatida por las fórmulas científicas que no ofrecían soluciones a los problemas sociales que aumentaban cada día. Sugiere que “lo humano se escapa a la razón físico-matemática como el agua por una canastilla” (28) porque la historia tiene raíces en las acciones de otros¹⁹. Igualmente, apunta el filósofo español, que

¹⁹ Ortega y Gasset explica el dilema que tiene su amigo con su nueva amante, la fragilidad de la historia y su poder sobre cualquier cambio que se quiera hacer en el presente. El hecho de que la historia existe no

sólo progresa quien no está vinculado a lo que ayer era, preso para siempre en ese ser que ya es, sino que puede emigrar de ese ser a otro. Pero no basta con esto: no basta que pueda liberarse de lo que ya es para tomar una nueva forma . . . El progreso exige que esa nueva forma supere la anterior, y para superarla, la conserve y aproveche; que *se apoye de ella, que se suba sobre las otras más bajas* (énfasis nuestro 57).

Contar con el respaldo de un pasado que provea el “apoyo” de un camino por el cual seguir no es sólo necesario, sino humano y el pensamiento individual está vinculado a la memoria social a la que todos pueden acceder. La experiencia común de un pasado colectivo – como apuntaron Rena, Carlyle, entre otros – valida las decisiones del presente dentro del cual todos participan para conseguir el “progreso” deseado. La historia que ha quedado como sistema comprende las leyendas de los personajes más notables del pasado, haciendo que su legado sea valioso e imprescindible para los que buscan cambios y desarrollo social.

implica que el presente no siga siendo una continuación del pasado. “Pero haber sido algo es la fuerza que más automáticamente impide serlo” (49). Apunta que esa historia personal (el ejemplo de su amigo) “va integrada también por el pasado de los antepasados que la sociedad en que vivo me transmite. La sociedad consiste primariamente en un repertorio de usos intelectuales, morales, políticos, técnicos, de juego y placer” (50). Resulta interesante examinar el significado de estas citas ante las incertidumbres de los que escribían en las últimas décadas del XIX porque parecieran explicar las razones detrás de las obsesiones históricas de aquéllos. Lo notable no es eso, sino la firmeza con la que aclara que “la determinación de lo que la sociedad en cada momento va a ser, depende de lo que ha sido,” (50) es decir, de la historia pasada dependen todos los movimientos del presente.

Capítulo dos
La literatura finisecular hispánica

Generalizando el asunto, yo formularía así esta distinción: creemos en algo con fe viva cuando esa creencia nos basta para vivir, y creemos en algo con fe muerta, con fe inerte, cuando, sin haberla abandonado, estamos en ella todavía, no actúa eficazmente en nuestra vida.

José Ortega y Gasset

Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del proceso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición . . . que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles, y monumentos, y piedras.

Miguel de Unamuno

La sociedad decimonónica

El repertorio literario del siglo XIX es tan variado como las personalidades de los escritores que lo produjeron. Los acelerados cambios económicos y sociales en el mundo a lo largo del siglo tuvieron como resultado que cada uno de los autores que estudiamos a continuación manifestara preocupaciones cuyas características locales reflejaran intereses nacionales e internacionales. Los ideales que aparecen en los trabajos finiseculares de España e Hispanoamérica forman parte de un corpus textual que trasciende fronteras nacionales. El modernismo – como movimiento estético – se distinguió, sobre todo, por la musicalidad de sus versos y la actitud “torremarfiliana” de sus contribuidores. Ante la situación política y social que enfrentaban las naciones de habla española, los escritores finiseculares también se vieron afectados por una crisis espiritual que se convirtió en el

tema central de su creación literaria. Aunque dudemos que exista una estética capaz de unificar los trabajos de los escritores hispanos de ambos lados del Atlántico, no debemos ignorar que los temas que trataron fueron significativos dentro su pensamiento.

Lily Litvak sugiere que las naciones hispanas experimentaron cambios drásticos en los campos sociales, económicos y políticos a lo largo del siglo XIX, con mayor profundidad hacia el final. Durante esta época, la literatura española siguió nuevos patrones en los que “a la vez se manifiestan ciertas inquietudes metafísicas, espirituales y sociales” y sobre todo “una insatisfacción con el materialismo, con la cultura de masas, con el racionalismo, y con la impersonalidad de la civilización burguesa” (15)²⁰. El texto de Litvak examina las obras de los llamados noventayochistas para mostrar una nueva consciencia y el empleo de técnicas, como las imágenes de la naturaleza, para exaltar el alma y las ideas. Estos elementos se ubican por encima de lo mundano y del materialismo – una característica fundamental del pensamiento finisecular según Litvak – de acuerdo a sus propios valores sociales.

El siglo XIX fue uno de cambios radicales en España e Hispanoamérica cuyas consecuencias se dejaron sentir en su momento y entrando al XX. La complejidad de los eventos que llevaron a la producción literaria de las últimas décadas del siglo no se puede examinar en un trabajo limitado al estudio del tipo de heroísmo que estos textos impulsaban en sus sociedades. Sin embargo, existen obras claves en la producción hispánica donde vemos un cambio en la definición de lo heroico a finales del siglo porque otras preocupaciones sociales y estéticas guiaban a esta nueva generación de

²⁰ El trabajo de Lily Litvak es uno de los muchos que se han escrito sobre la influencia que tuvieron los conflictos sociales en las obras de estos escritores. A lo largo de este estudio haremos referencias a otros aunque nuestro propósito sea examinar el repertorio de obras finiseculares sobre las características que ellos consideraban dignas de los personajes que conducirían a los hispanos del mundo hacia el nuevo siglo.

intelectuales. Litvak sugiere que la ideología finisecular procuró unir las manifestaciones individuales con las de la sociedad por lo cual “sólo cuando el individuo colabora en la lucha social contra la explotación económica, tiene la apreciación de la belleza algún sentido, y sólo entonces puede esta apreciación llegar a su máximo, pues sólo cuando los seres humanos sean libres despertará la humanidad a la belleza” (70). La tardía incorporación de las filosofías extranjeras a España produjo que se evaluaran esos pensamientos bajo las circunstancias sociales que rodeaban a estos escritores. La grandeza de Bolívar (dentro de la cual encontramos la belleza del ser humano) para Unamuno, por ejemplo y como veremos más adelante, consiste en su lucha contra una tiranía que encadenaba a quienes buscaban ser libres, tanto americanos como españoles.

Entre 1780 y 1868 se produjeron cambios importantes y trascendentales dentro de la política y sociedad hispanas. Sus consecuencias fueron examinadas por la intelectualidad finisecular en un intento por encontrar un modelo alternativo. La estrecha relación que mantuvo España con El Vaticano, o sea con la religión Católica, desde la culminación de la Reconquista dificultó la integración de las ideas manifestándose en el resto de Europa. Sugiere Enrique Moral Sandoval que esa relación religiosa sumada al empleo de la Santa Inquisición dificultó la traducción y distribución en España de los textos fundamentales sobre los derechos naturales del hombre y otros procesos legislativos hasta las primeras décadas del siglo XIX. Moral anota que

La recepción de las “luces,” pues, quedaba restringida – caso de superar las consiguientes dificultades previas – a un reducidísimo número de personas. Selecto, influyente, incluso poderoso en algún caso, pero no por ello menos fiel a la monarquía ni tampoco libre de las pesquisas inquisitoriales. El racionalismo de los textos condujo a más de un español a la indiferencia, e incluso a la incredulidad pero no hay constancia de que, como es el caso

francés, se diera entonces un paso más allá poniendo en cuestión cimientos del orden monárquico establecido (xiii).

Sugiere también que las primeras y grandes revueltas de obreros se dieron en las últimas dos décadas del siglo XVIII en Inglaterra y Francia, pero los españoles no vieron movimientos revolucionarios hasta la segunda década del XIX. Esto no se debió, sin embargo, a una tardía incorporación de los textos revolucionarios sino al gran apoyo popular con el que contaba la monarquía española. Es decir, mientras los españoles eran leales al gobierno, los conflictos económicos que afectaban a las clases bajas no alteraban el panorama político porque las ideas revolucionarias no llegaban a ellos. Eso cambió cuando los que tenían acceso a estos textos decidieron seguir sus enseñanzas y exponerlas al pueblo.

Apunta el historiador E. Bradford Burns, en su introducción al estudio sobre los efectos de la revolución francesa en el mundo hispano, que en América los ideales franceses fueron catalizadores de los sentimientos que ya germinaban en el fondo de muchos hispanoamericanos. Los más afectados por las crisis económicas, los agricultores en España y los comerciantes en las colonias, sólo necesitaban una excusa para exigir mejores reformas. Burns comenta acerca de este problema:

Las influencias de la Revolución francesa interaccionaron con los cambios de significado revolucionario, encubiertos dentro de los imperios peninsulares . . . Las monarquías peninsulares . . . [trataron] de anular el comercio, reprimir los gastos, e incrementar las rentas públicas. Ellos adoptaron la política mercantil que asumieron para beneficiarse y... beneficiar también a las distantes colonias. Las colonias interpretaron los cambios impuestos de forma negativa. Con un punto de vista local, más que con un punto de vista imperial, ellos pensaron que el engrandecer la eficiencia burocrática y las leyes mercantilistas eran contrarios a sus propios intereses, y claramente opresivos (12).

Las reformas para las colonias fueron vistas como una invasión de la soberanía de la élite criolla y constituyeron la base para los primeros alzamientos revolucionarios en esos territorios. Los lazos que mantenía el Libertador Simón Bolívar con el gobierno español por su posición social en Venezuela como heredero de una tierra rica en índigo y cacao – de donde provenía su renta – lo condujo a plantearse un cambio de bando durante los primeros años de la guerra porque no quería sacrificar su herencia y su relación familiar²¹. Esto es indicativo de que lo que buscaban los criollos americanos, incluyendo al mismo Bolívar, era mantener una vía de comercio estable para sus productos y lo que esperaban de su revolución era menos que la “libertad, igualdad y fraternidad” exigida por los revolucionarios franceses. Sin embargo, observamos que la revolución norteamericana también floreció de un deseo por encontrar mejores socios comerciales.

La revolución norteamericana contra Inglaterra en 1776 creó una nueva, y la primera, nación en el Nuevo Mundo, los Estados Unidos. Este evento se convirtió en una inspiración para los criollos españoles, como Francisco de Miranda, y en una amenaza para el continuo monopolio comercial inglés. Con la pérdida de las colonias inglesas, España se convirtió en el imperio más grande de Europa, por lo cual Inglaterra puso en marcha un plan para acabar con esa ventaja transatlántica. La actitud de éste último durante la guerra de independencia hispanoamericana se debió tanto a los resultados de la revolución en Francia como a la necesidad por encontrar nuevos puertos comerciales, ahora que sus colonias negociaban con otros centros fuera de la antigua metrópoli. Es decir, la invasión napoleónica de España significó para Inglaterra una oportunidad de

²¹ En el capítulo 3 examinamos más en detalle la actitud de Bolívar durante la guerra de independencia. Por ahora nos interesa resaltar algunos datos que coinciden con las fechas y los eventos que preceden a su movimiento revolucionario.

intervenir en los asuntos de América mientras aquella defendía sus fronteras y gobierno contra el invasor. Asimismo, no podemos olvidar que el Precursor de la independencia, Francisco de Miranda, participó tanto en la revolución de Norteamérica como en la francesa y fue él quien impulsó los primeros verdaderos movimientos de emancipación en Hispanoamérica.

Inglaterra consideró vital establecer relaciones comerciales con otros países u otros centros de comercio después de 1777 porque la pérdida de sus colonias implicó la quiebra de su comercio. Ya que España también mantenía un monopolio en sus colonias, la manera más fácil de servirse de esos centros era mediante una ocupación militar²².

Sugiere Tulio Halperín Donghi que

No hay que olvidar tampoco que las aspiraciones políticas de Gran Bretaña en Latinoamérica están definidas por el tipo de interés económico que la vincula con estas tierras. Su política es sólo muy ocasionalmente . . . la de su cancillería en Londres; más frecuentemente es la de sus agentes, identificados con grupos de comerciantes que aspiran sobre todo a mantener expeditos los circuitos mercantiles que utilizan (1993 161).

Es decir, después de la independencia de los Estados Unidos, los dos países lucharon por expandir sus propias industrias de algodón y productos textiles. Lawrence Malone ha mostrado que la intervención del estado en la industria textil de los Estados Unidos durante las primeras décadas del siglo fue de gran importancia para su desarrollo y logró superar la demanda por el algodón inglés. La anexión de los territorios occidentales a las trece colonias originales obligó al gobierno estadounidense a tomar medidas para

²² Después del exilio de los reyes españoles, España y Francia (bajo un solo bando de poder) fueron aliados en la lucha contra el poder inglés que intentaba apoderarse de las colonias francesas en el Caribe y Suramérica. Mientras que Napoleón había vendido sus colonias norteamericanas, las revueltas en el Caribe provocaron disturbios menores en todo el continente y los ingleses se dieron cuenta que la independencia de estas colonias significaría la apertura de nuevos centros de comercio.

proteger la producción de mercancías nacionales y eliminar la competencia de los productos extranjeros – en su mayoría británicos. De ser cierto esto, cuando Inglaterra se encontró sin el mercado más provechoso para sus exportaciones textiles se vio con la necesidad de encontrar nuevas rutas de comercio para sus productos de algodón ²³.

Los valores democráticos que impulsaron la revolución norteamericana influyeron en el pensamiento intelectual dieciochista de la Península. Las obras y propuestas reformatorias de Francisco de Cabarrús, León de Arroyal, Melchor de Jovellanos revelan algunas condiciones económicas, que junto a los ideales de libertad, condujeron a la guerra de independencia norteamericana ²⁴. Estas fuentes son testimonios de que los disturbios durante las primeras décadas del XIX en España e Hispanoamérica fueron producto de una cadena de reacciones contra el “viejo régimen.” Es decir, los eventos mundiales y la infusión de ideales en estas sociedades sólo contribuyeron a radicalizar las posturas que se venían concretando, desde muchos años antes de 1789, y necesitaban de un poder impulsor para actuar sobre ellas ²⁵.

²³ Malone expone en su estudio datos, que no reproducimos, que muestran la caída en la demanda de los productos ingleses en los Estados Unidos durante los primeros veinte años del siglo XIX porque las tarifas de impuesto establecidas por el gobierno de éste en los productos de algodón eran muy altas. Malone hace un estudio del proceso que los dos estados seguían en la manufactura del algodón para sus múltiples usos y concluye que los productos británicos eran mejores.

²⁴ Las *Cartas* de Cabarrús, las *Cartas al Conde de Lerena* de Arroyal, y varios textos de Jovellanos llevan a nuestra conclusión aunque no estudiemos cada texto en detalle por falta de espacio. Es importante resaltar que estos textos contenían recomendaciones al igual que estudios sobre las causas y consecuencias de la revolución norteamericana en el resto de las colonias y Europa. Estos textos llevaron al encarcelamiento y exilio de algunos de estos intelectuales porque proponían un cambio radical en las estructuras financieras de España para superar los conflictos internos, y en las colonias, que sufrían viendo desde hacía un siglo.

²⁵ Varios estudios en los últimos años consideran el tema de la significación de las dos revoluciones en el pensamiento hispano del siglo XIX. Entre ellos la antología de trabajos en *Cultura hispánica y la revolución francesa*, *La revolución francesa y el mundo ibérico*, y *España y la revolución francesa*. Estas, y otras colecciones de ensayos, re-examinan los eventos finiseculares y su función en los movimientos que cambiaron el paisaje político y social del mundo hispano.

A partir de 1791, tan sólo dos años después de la toma de la Bastilla, se incrementaron los movimientos para abolir la esclavitud negra y para conseguir mejores condiciones de vida para los indígenas y mestizos en las colonias españolas. Con el triunfo de las revoluciones norteamericana y francesa, las colonias españolas de ultramar empezaron sus propios avances hacia la emancipación. La triunfante revolución emancipadora de Haití – que había empezado hacia 1750 con revueltas aisladas y levantamientos ocasionales – despertó desconfianzas en las islas vecinas y los países más dependientes de la mano de obra esclava. El triunfo en Haití se debió, por un lado, a la apresurada determinación de los terratenientes franceses por romper sus alianzas con la metrópoli para impedir el éxito de los esclavos y, por otro, a la indiferencia que mostró Napoleón hacia sus colonias americanas. El resto de las colonias americanas temieron una rebeldía de sus propios esclavos negros e indígenas y que después de la independencia de España los criollos no podrían controlar a esos grupos. Esto explica que Juan Vicente Bolívar, el hermano mayor del Libertador, nunca se haya unido a los esfuerzos emancipadores de las colonias. Esta decisión se convirtió en un conflicto para Simón Bolívar durante los primeros años de su campaña revolucionaria, cuando intentaba convencer y conseguir el apoyo de la élite, porque su propio hermano le había dado la espalda.

Apunta Pedro Pérez Herrero que “los movimientos de independencia latinoamericanos . . . no pueden inscribirse fácilmente en la categoría de revoluciones burguesas modernizadoras sin violentar los hechos” (188) porque la élite hispanoamericana no fue destituida después de los conflictos. Los movimientos emancipadores consolidaron el poder de la élite en las colonias, aunque los alzamientos

de los esclavos en el Caribe les dieran su libertad a éstos en otros países hispanos tras finalizar la lucha de independencia. O sea, se realizó uno de los principios del lema francés, aunque la situación social y racial en las nuevas naciones estaba lejos de tener las estructuras republicanas que defendían los franceses. Halperín Donghi opina que las nuevas naciones hispanoamericanas tampoco estaban satisfechas con la reformada organización de las estructuras comerciales y esto significó el inicio de otra revuelta en contra de los nuevos gobiernos. La élite criolla, blanca, de países como Ecuador y Bolivia tuvo que aceptar la intervención y liderazgo de los llaneros y mestizos quienes habían sido jefes de las campañas independentistas. Halperín Donghi sugiere que “la decadencia de los centros urbanos coloniales y el paulatino ascenso de La Paz significan entre otras cosas la victoria de una élite mestiza sobre una española” (69) y esto asustaba a los criollos quienes, hasta esos momentos, habían mantenido el control de los negocios con España ²⁶.

Mientras tanto, España, que todavía contaba con los ingresos de las colonias durante las últimas décadas del siglo XVIII, tenía los mismos problemas agrícolas que enfrentaban los franceses rurales pre-revolucionarios. Anota el historiador Pierre Vilar que la gran mayoría de la población seguía dependiendo de la agricultura y su deterioro sólo incrementó una crisis económica que demandaba la intervención gubernamental. La ineficiencia y el fracaso absoluto del gobierno español para remediar esta situación provocaron pequeñas revueltas de agricultores por todo el país. Cataluña y Bilbao mantenían una economía industrial desde finales del siglo XVIII y alcanzaron su máxima producción durante los primeros años del XIX. Esto, por un lado, incorporó a España en

²⁶ Para un estudio completo de la lucha de clase y raza en las nuevas naciones hispanoamericanas véase el texto de Tulio Halperín Donghi *Hispanoamérica después de la independencia*. Seguiremos citando este texto a lo largo del trabajo aunque no hagamos un resumen del mismo.

la modernidad pero debilitó un sector agrícola que sostenía grandes pérdidas mientras se industrializaban otras partes del país. Hacia finales del XVIII otras regiones empezaron a invertir en otras fuentes de trabajo ante el derrumbe de la minería pero faltaba, como en el caso de las fábricas del norte, la maquinaria necesaria para alcanzar el nivel de producción deseado. El incremento en los precios del algodón, importado de Estados Unidos, junto al descenso de la demanda textil en España produjo el hundimiento de la industria textil en Cataluña en un momento clave para el desarrollo económico del país.

Vilar sugiere que los conflictos españoles “modernos” son producto de las contradicciones que conlleva la incorporación a la “modernidad” de un pueblo que mantenía unas “fórmulas sociales y hábitos espirituales que [nacieron] con la Reconquista, se fijaron con la Contrarreforma y fosilizaron con la ‘decadencia’” (73). Es decir, la “incredulidad” y la “indiferencia” que Moral Sandoval atribuye a los lectores españoles de los textos sociales y políticos extranjeros no era una actitud producida por la falta de la traducción de estas ideas, sino una condición fijada por la historia. Según Vilar, “hay una mayoría social (hidalgos, bajo clero, campesinos) impermeable a las nuevas ideas, una atmósfera que no las sustenta y una minoría que se abre al espíritu del siglo, *pero con moderación y timidez*” (77). Cuando los españoles aceptaron los valores religiosos sin cuestionarlos, estos se arraigaron en la tradición y cotidianeidad y produjeron que la masa “siguiera siendo más sensible a los llamamientos del fanatismo misoneísta que a las lecciones... de los escritores ilustrados” (78). Después de la ascensión al poder de Napoleón se paralizaron los progresos ilustrados en España porque el gobierno y el público español continuaban apoyando la monarquía francesa en vez del gobierno revolucionario. Los llamados afrancesados españoles, que defendían las nuevas

reformas agrarias durante el reinado de Carlos III (1716 – 1788) y quienes respaldaron a José I (1808 – 1813), fueron criticados y luego exiliados por su compromiso con las reformas de liberalización terrenal.

Florecieron en España las ideas del llamado “despotismo ilustrado” durante el gobierno de Carlos IV (1788 – 1808) porque su padre, Carlos III, había implementado una serie de reformas económicas y sociales que incorporarían al país al mercado mundial (europeo). Estas innovaciones reflejaban el crecimiento de las industrias textiles en Cataluña y el País Vasco donde las exportaciones de productos de algodón rivalizaban con las de los Estados Unidos. La ocupación francesa y los conflictos continuos en las colonias americanas después de 1804 causaron la vuelta a un absolutismo monárquico con el regreso de Fernando VII a España en 1813. Con el regreso del monarca del exilio se restaura la monarquía absoluta, la inquisición y una armada para combatir las crecientes insurgencias de las colonias americanas. Los primeros siete años de gobierno fueron de carácter totalitario durante los cuales retrocedieron el progreso del sistema educativo y otras instituciones públicas que se habían logrado con los ideales ilustrados bajo el gobierno invasor. Las nuevas medidas ratificadas durante el Trienio Liberal no pudieron ser implementadas antes de que Fernando VII, con la ayuda de Luis XVIII de Francia, restaurara la monarquía absoluta dando paso a una etapa conocida como la Década Ominosa, que duró hasta su muerte en 1833. Para entonces el retraso de España era evidente en todos los aspectos de la sociedad, y la conducta de la nueva reina, Isabel II, sólo empeoró la situación.

Los intelectuales exiliados regresaron a España y contribuyeron a una nueva política social que germinó cuando éstos trajeron consigo los ideales extranjeros.

Aunque, como sugiere Alberto Gil Novales, el problema era que en España, al igual que en Hispanoamérica,

la burguesía no fue revolucionaria, y con más razón las clases o fragmentos de clases tradicionales del Antiguo Régimen. La burguesía elige un camino lento y compartido, en el que no faltará el denostado terror, pero se ejercerá a lo largo de toda una centuria contra el pueblo, que aprenderá así a saber que han cambiado los rótulos pero no los contenidos (166).

Es decir, la experiencia del pueblo cambió en apariencia pero no en la realidad, por lo que las guerras carlistas y el reinado de la nueva soberana provocaron una inestabilidad política y económica concluyeron con la Revolución de 1868 (La Gloriosa). Esta última fue el resultado de una crisis financiera que surgió con la baja rentabilidad del ferrocarril y la quiebra de varios bancos y empresas (se cerraron 6 de 21 bancos en existencia) en las zonas más industrializadas del país. La burguesía española adoptó conductas de la vieja nobleza y se mantuvieron las antiguas estructuras sociales aunque se agregaran a la mezcla los nuevos grupos burgueses. La deuda del Estado obligó a la presión fiscal porque el mercado no podía remediar la situación. En una novela de Benito Pérez Galdós, *La de Bringas*, sugiere el escritor que el mal manejo de la economía por la propia reina y sus cortesanos preferidos contribuyeron a esta inestabilidad.

Las naciones hispanas carecían de los valores sociales que hicieron posible el triunfo de la revolución norteamericana después de ganar su independencia²⁷. La invasión y ocupación napoleónica de España proporcionaron a las fuerzas insurgentes en

²⁷ En las actas de una conferencia dedicada al estudio de la burguesía española, Novales reúne una serie de artículos sobre la influencia que tuvo la revolución norteamericana en el resto del mundo. Conducen la mayoría de estos críticos sobre la importancia que tuvo la ausencia de una jerarquía “natural” de clase en las colonias inglesas que permitió establecer una constitución basada en la igualdad sin la preocupación por el levantamiento de las élites antiguas que buscarían reanudar su poder después de la independencia.

las colonias una oportunidad de realizar la revolución que venían preparando. Francisco de Miranda se había reunido, ya en 1804, con el gobierno inglés para concretar los procedimientos de proclamar la emancipación de las colonias. Bolívar, por su parte, hizo su primer viaje a Europa hacia ese mismo año y fue testigo de la coronación de Napoleón en París. España perdía la batalla en las colonias cuando se proclamaba la Constitución de 1812 y sólo contaba con los últimos vestigios de su imperio cuando Fernando VII la promulga en 1820²⁸. Estos eventos crearon una conciencia social que protagonizó una serie de textos literarios a lo largo del siglo sobre las condiciones de la vida cotidiana.

Desde 1850, los intelectuales españoles e hispanoamericanos quisieron resaltar los desafíos sociales bajo las influencias extranjeras y descubrieron en las hazañas de don Quijote la grandeza espiritual del que actúa siguiendo los instintos de la tierra donde nació. Los textos de los españoles José de Espronceda, Gustavo Bécquer y Rosalía de Castro – que analizamos más adelante – tuvieron lugar en la historia más inmediata, la invasión napoleónica y el reinado de Fernando VII, durante la cual se consideraba el comportamiento quijotesco, alocado y sacrificado, de los protagonistas imprescindibles para lograr sus propuestas sociales. De igual forma, encontramos los textos de Esteban de Echeverría, Domingo Sarmiento y José Hernández que reflejan las condiciones políticas de las nuevas naciones americanas poco después de la independencia. Hacia 1880 el campo literario toma interés en mostrar la cotidianeidad social en todas sus facetas. Los trabajos de Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas Clarín y Juan Valera se

²⁸ La Constitución de 1812, influenciada por el Estatuto de Bayona, ratifica la abolición del Santo Oficio como la desamortización de parte de los latifundios en propiedad de la Iglesia al ordenar la expropiación de todos los conventos con menos de 12 profesos y de los que excediesen de dos por ciudad y orden. Al reducir la influencia religiosa en los campos económicos y sociales se abrieron las puertas a textos extranjeros que la inquisición había prohibido desde tiempos de los Reyes Católicos. Esto fue importante para la incorporación de España a la modernidad que luego estudiamos, sobretodo cuando se trate del krausismo de Unamuno.

ocuparon de representar el panorama cotidiano español después de la Revolución de 1868. En América, los primeros escritos de José Martí y la obra de Salomé Ureña exponían las inquietudes de los ciudadanos americanos quienes debatían entre su lealtad a la nueva nación independiente y la vuelta al poder de la corona española por el miedo de los alzamientos insurgentes. Los intelectuales finiseculares, entonces, heredaron un repertorio de obras y pensamientos que contenían elementos de la vida social y política desde finales del siglo anterior. En la bisagra del siglo XIX y XX los intelectuales encontraron en las obras del Siglo de Oro la inspiración espiritual para su regeneración interna y en los textos más recientes ejemplos para lograrlo.

La realidad diaria de las novelas

La comunidad intelectual de las décadas de 1860 y 1880 se propuso analizar las consecuencias que trajeron la restauración de la monarquía absoluta, la abdicación de Amadeo I y la corta vida de la Primera República. Hacen esto exhibiendo en sus obras sucesos de la cotidianidad española antes y después de 1868. Encontramos los primeros rasgos de una ansiedad por la caída del imperio y las ramificaciones de ese acontecimiento para los españoles en la Península. Galdós apunta a esta inquietud en la mente de los españoles más conservadores como Francisco Bringas en *La de Bringas*, en plena víspera de la Revolución dice lo siguiente: “todos serán [después de los saqueos] lugares pecadores... guillotinas, sangre, ateísmo, desvergüenza y, por fin, vendrán las naciones...en socorro de la Reina; vendrán las naciones, y se repartirán nuestra pobre España” (301). La imagen de una España dividida por sus enemigos perturbaba a muchos y Galdós hacía referencia a esta problemática en sus *Episodios nacionales* donde, al comparar a España con otros países, concluye el joven Gabriel hablando sobre el sentimiento general hacia el país en entre los años que rodeaban la guerra a la que refiere que

no necesito decir que entre todas estas naciones o islas España era la mejorcita, por lo cual los ingleses, unos a modo de salteadores de caminos, querían cogérsela para sí. Hablando de esto y otros asuntos diplomáticos, yo y mis colegas de la Caleta decíamos mil frases inspiradas en el más ardiente patriotismo (*Episodios*: I, 10).

España se había convertido, desde hacía dos siglos, en el trofeo de los demás imperios europeos y, tras la ocupación napoleónica, las fuerzas armadas del inmemorial imperio de Carlos V ya no eran las mismas. Frente a la escuadra británica, la compuesta por los españoles y franceses sufrió una derrota absoluta y vergonzosa porque no sólo contaban

con naves antiguas sino que los soldados recibían salarios y preparación inferiores.

Rafael Malespina – el artillero, novio de Rosita en *Trafalgar* (1873) quien es llamado a unirse a la escuadra española para la batalla en Cádiz – comenta que los navíos españoles

están tripulados en gran parte por gente de leva, siempre holgazana y que apenas sabe el oficio; el cuerpo de infantería tampoco es un modelo, pues las plazas vacantes se han llenado con tropa de tierra muy valerosa, sin duda, pero que se marea (78 – 79).

La batalla de Trafalgar (1805) fue la primera gran derrota de la fuerza naval española en tres siglos y sirvió como el principal antecedente de la caída y derrota del imperio.

La rapidez con la que avanzaron los eventos desde la invasión napoleónica en España produjo una reacción inmediata en la comunidad intelectual. Comienza en la Península un periodo de búsqueda interna de los valores y características que conduciría a España a reivindicar su posición en el mundo como una nación espiritual. Gustavo Bécquer, en la *Historia de los templos en España* (1857), glorifica la belleza de lo indígena al pueblo y suelo español porque de ello brota la esencia del español. El poeta sevillano sugiere que “la tradición religiosa es el eje de diamante sobre el que gira nuestro pasado” (809), por lo cual propone un estudio de las edificaciones que datan desde los siglos de la Reconquista²⁹. Bécquer sugiere que los monumentos y las estructuras arquitectónicas ilustran la prodigiosa herencia de los españoles y asegura que

El pensador que ama la soledad porque en su seno, y
sentado al pie de los edificios que los simbolizan, resuelve
los problemas históricos más oscuros, ve en él, ora el arco
triumfal que le habla de la victoria conseguida en Toro...
trono bajo cuya égida debiera concluir la espantosa
expiación que los crímenes de una edad lejana trajeron
sobre nuestras cabezas, coronando con la toma de Granada
ese gigante poema de ocho siglos llamado la Reconquista;

²⁹ El texto que citamos de Bécquer es el de *Obras completas*. De aquí en adelante sólo anotaremos el número de la página.

trono que debía mostrar a la absorta Europa el más osado genio de su época, y al antiguo, un nuevo mundo arrancado por la fe a las desiertas llanuras del Océano (812).

Estas líneas revelan el alcance que tuvo la historia imperial española en el pensamiento de Bécquer a mediados del siglo XIX. El triunfo de la Reconquista y el descubrimiento de América significaron la ascensión de España a proclamar una casta imperial dominada por “ese gigante poema de ocho siglos” que atestigua la grandeza de su linaje. Durante las últimas décadas del mismo siglo, este casticismo sería evaluado y enjuiciado por los que intentaban rescatar entre las ruinas del imperio una identidad nacional que levantara la moral de los ciudadanos.

En las *Leyendas* encontramos más ejemplos del casticismo que agranda el carácter español. Bécquer presenta, en la leyenda *Maese Pérez el organista*, a un hombre devoto de su familia, su religión y apasionado por su profesión. El organista de la iglesia del pueblo insistió en asistir a la misa del gallo aún cuando estaba enfermo y no lo esperaba nadie porque

le han hecho a Maese Pérez proposiciones magníficas; verdad que nada tiene de extraño, pues hasta el señor arzobispo le ha ofrecido montes de oro por llevarle a la catedral... Pero él, nada... Primero dejaría la vida que abandonar su órgano favorito (164).

La entrega de Maese Pérez a su iglesia y al mensaje de la Misa del Gallo son ejemplos del esplendor del pasado imperial español. La aparición del espíritu de Maese al final de la historia muestra, al igual que en *Historia de los templos de España*, el espejismo del pasado domina y mejora el presente. En la misa de la última escena de *El organista* el espectro de Maese Pérez toca el órgano instalando así la paz en la iglesia donde la

multitud oraba sabiendo que la serenidad proyectada en esa melodía “no puede haberlo tocado el bisojo,... era, en efecto, el alma de maese Pérez” (179).

La nostalgia de los escritores Románticos consistía en resaltar la grandeza imperial y la espiritualidad religiosa del pasado, mientras que los escritores posteriores se preocuparon por construir imágenes cotidianas del presente, despojadas de antecedentes religiosos y consagrados al estado económico actual. La Constitución de 1856 ya contemplaba una cierta tolerancia religiosa, la del 68 proclamó la libertad de cultos y, finalmente, uno de los logros de la Primera República fue decretar la separación total entre Iglesia y Estado, lo cual significó el cese de las ayudas económicas al clero y su exclusión de la vida política. Anota Rosalía de Castro en el *Caballero de las botas azules* (1867) que la sociedad estaba repleta de familias burguesas intentando asimilarse al rango de las vieja nobleza sin intuir los efectos que tendrían los nuevos valores capitalistas en el desarrollo de esa nueva sociedad. Cuando el Caballero le da sus consejos a Melchor para conquistar a Mariquita, su estrategia consistía en inventar una identidad que proyectara una astucia mercantilista por encima de la religiosa. No olvidemos que el talento de Melchor es hacer figurines religiosas, con las que decora toda su casa, y son estos objetos los que le van a llevar a la independencia económica. Galdós registra los eventos de las primeras décadas del siglo en muchas de sus novelas y la descripción de la vida cotidiana y política permitieron un mayor entendimiento de los acontecimientos que precedieron los de finales de siglo. Los personajes de Galdós representan los grupos sociales que conviven en la España de mediados de siglo donde los valores burgueses emergentes incrementan su influencia en la Península. Su novela *Doña Perfecta* (1876) articula la lucha entre la generación de progresistas económicos y la tradicional religiosa donde la

yuxtaposición de estos dos momentos históricos se define de forma irrevocable con la muerte de Pepe Rey. En la quinta serie de los *Episodios nacionales* somos testigos de la quiebra de un sistema social (político y económico) que, tras los eventos de 1868, experimenta una decadencia en la doctrina liberal cuyo resultado fue la restauración de la monarquía y no de la democracia. Sugieren estos textos que, aunque Alfonso XII fuese más conservador y declarara el catolicismo como religión nacional, la separación establecida entre estas dos entidades en los gobiernos anteriores ya había despertado en la población una conciencia burguesa laica.

Los protagonistas de la novela realista fueron jóvenes burgueses quienes descubren, a la vez que describen, los acontecimientos claves de la historia nacional contemporánea – del momento en que tienen lugar las historias de las novelas. Además de poseer nombres significativos – como Santiago Ibero y Gabriel – discuten los conflictos relevantes para analizar la situación actual. Hallamos en *España sin rey* (1907) – parte de la quinta serie de los *Episodios* – la siguiente conversación sobre los eventos recientes (un par de años después de la revolución) de la Península en la cual los personajes concluyen anunciando la negación absoluta de algún poder extranjero:

-“Cuando al carlismo dimos sepultura en Vergara, lo dejamos muy a flor de tierra. Claro: con la alegría de terminar la guerra, no pensábamos más que en abrazarnos... No nos dimos cuenta de que el enemigo mal enterrado estaba medio vivo”

-“Diga usted que con toda la vida y robustez que tuvo en los días de Zumalacárregui y de Cabrera... Vacante el Trono, por haberse podrido la rama segunda, nadie puede evitar que venga la primera . . . Declare usted con toda franqueza, como hombre discreto y leal, si cree posible que España reciba y aguante a un Rey extranjero.”

-“¡Rey extranjero!... Eso nunca” (OC: V, 21).

Esta última declaración muestra un sentimiento nacionalista – español – en los textos de Galdós que se convirtió en el fundamento del pensamiento de la próxima generación de escritores e intelectuales.

Los escritores de las jóvenes naciones de América del Sur también concentraron sus esfuerzos en representar la cotidianidad latinoamericana para capturar la esencia del americano. Estas obras cumplen el propósito de mostrar facetas del americano después de las guerras de independencia en su condición más elemental. Una de las obras más representativa de este pensamiento es el *Martín Fierro* de José Hernández. El poema épico sobre el gaucho – personaje ejemplar del heredero de la tierra americana – y sus experiencias durante la independencia y la reconstrucción de las zonas afectas después de las guerras. La obra evalúa el efecto de la deshumanización del gaucho por la sociedad contemporánea a través de la historia de un hombre que se une a la causa política “a favor” de un gobierno despreocupado por su porvenir y sus derechos. Cuando descubre la traición de ese gobierno ya está trabajando en la tierra del Coronel y lejos de la familia y vida que conocía, a la vez que cae en la intemperie de la sociedad que nunca le verá como parte integrante de su desarrollo histórico y cultural. No faltan las menciones sobre las cualidades y vida del gaucho en su destierro

Dende chiquito gané
La vida con mi trabajo,
Y aunque siempre estuve abajo
Y no sé lo que es subir
También el mucho sufrir
Suele cansarnos, ¡barajo! (163).

El tormento lo persigue a lo largo de la vida y aún cuando piensa que está cumpliendo un deber de ciudadano, abusan de su buena disposición para el trabajo. Asimismo reconoce que

En medio de mi ignorancia
Conozco que nada valgo:
Soy la liebre o soy el galgo
Asigún los tiempos andan;
Pero también los que mandan
Debieran cuidarnos algo (164).

A lo largo de la narración encontramos comentarios como estos sobre los gauchos:

Si uno aguanta, es gaucho bruto;
Si no aguanta es gaucho malo.
¡Déle azote, del palo,
Porque es lo que él necesita!
De todo el que nació gaucho
Ésta es la suerte maldita (240).

La realidad del gaucho, descrita en estos versos, apunta a una degradación moral del hombre de la tierra, que Hernández consideraba fundamental para el progreso de las nuevas naciones. El gaucho Martín Fierro no se queja de su estatus o condición de vida aunque lamenta su situación en un estado supuestamente libre.

No obstante, la fuerza espiritual y la voluntad del gaucho no desvanecen y, después de las desgracias, el protagonista encuentra una razón para seguir buscando una salida al dolor de haber perdido a su familia. Cuando se entera de la conversación entre los jueces quienes discutían el papel de los gauchos en la sociedad y la guerra contra los indios, Martín Fierro decide tomar rumbo hacia nuevas tierras conducido por un viejo amigo. Nunca pierden la esperanza, como indican estos versos:

No hemos de perder el rumbo:
Los dos somos güena yunta.
El que es gaucho ve ande apunta
Aunque inora ande se encuentra;
Pa el lao en que el sol se dentra
Dueblan los pastos la punta (378).

La fe de un futuro mejor y la determinación de seguir adelante a pesar de los obstáculos son cualidades que, junto a una espiritualidad que únicamente se encontrará en las almas

atadas a una tierra propia, los escritores finiseculares atribuirán con más énfasis a los héroes nacionales e indígenas de Hispanoamérica.

Hacia 1850 las islas caribeñas experimentaron cambios políticos sin precedencia que dividieron a los ciudadanos y los enfrentó por más de medio siglo. En el medio de la polémica sobre el futuro de la República Dominicana surgió una mujer preocupada por la integridad de la identidad dominicana como una entidad independiente de España a la vez separada de Haití. Salomé Ureña rescata en su poesía la herencia e historia indígenas de la isla para resaltar la importancia de conseguir la independencia por la que abogaba junto a su padre. En poemas como “Ruinas,” predominan las imágenes imperiales de las civilizaciones pre-colombinas:

Al veros ¡ay! con rapidez que pasma
por la angustiada mente
que sueña con la gloria y se entusiasma
la bella historia de otra edad luciente (156)

De nuevo se percibe una fuerza interna que brota del espíritu de la tierra y lamenta “la hora sonó de redención suprema/ y ¡ay, si desmayas en la lid presente!” (156) La situación política del país constituía el tema de la mayor parte de sus obras y, al igual que otros intelectuales a lo ancho y largo del continente, mostró una preocupación por los elementos que conformarían la base de la identidad nacional³⁰. Los siguientes versos del poema “Sueños” ofrecen una visión del patriotismo de Salomé donde notamos un patriotismo ligado a una identidad nacional consagrada tras la huida de los “traidores” quienes eran las “sombras” que no permitían el desarrollo completo de esa identidad:

³⁰ En su *Breve historia del modernismo hispanoamericano*, Max Henríquez Ureña presenta un panorama de los representantes intelectuales en el continente desde 1860. Dentro de un estudio estético sobre el modernismo, muestra una línea de pensamiento atada a la formación nacional que estaba presente en todos ellos. Aunque no haya incluido a Salomé en su estudio, vemos que su poesía – dentro de los “excesos del romanticismo” muestra una preocupación por un arte renovador.

Sueños de gloria que halagadores
el ama sigue llena de fe;
bien que traidores
huyen a voces, y sus fulgores
envuelven sombras de lobreguez.
¡Ay! Es que entonces, Patria bendita,
cubre tus campos ruido fatal (175).

La obra de Salomé está repleta, lógicamente, de sentimientos patrióticos a la vez que define la identidad dominicana en torno a sus características pre-colombinas arraigadas en Quisqueya. Los versos siguientes del mismo poema proclaman la grandeza de un país en la víspera de conseguir la independencia absoluta:

¡Oh Patria idolatrada! Ceñida de alta gloria
prepárate a ser reina del mundo de Colón:
tu rango soberano te guarda ya la historia,
la fama te presenta tu lauro y tu blasón (200).

Así, los escritores finiseculares tuvieron una manera similar de presentar su propuesta para construir una identidad nacional y formar la patria deseada. El vínculo con el suelo nativo y rechazo a lo extranjero fueron dos elementos que ambos, españoles y americanos, consideraron importantes. Si las revoluciones impulsaron las obras anteriores, el ejemplo que dejaron estas inspiró el continuo desarrollo de las ideas expuestas en ellas en la próxima generación. Dicha generación a la que le tocó la tarea de buscar soluciones para los problemas sociales que incrementaban cada día al verse sin arreglo satisfactorio cercano. Los escritores finiseculares se dedicaron a exponer los conflictos que venían afectando sus sociedades e insistieron en hallar la salvación desde dentro.

Hacia otra realidad literaria y social: las últimas décadas del siglo XIX

A partir de 1880, los intelectuales en España y las nuevas naciones americanas empezaron a cuestionar las estructuras sociales y los sistemas políticos considerándolos fracasados porque fueron impuestos por extranjeros. Tanto españoles como americanos escriben para un público ansioso por incorporarse a la modernidad simultáneamente desarrollando y conservando su propia identidad. El espíritu literario español, según Ángel Ganivet, era satírica y siempre había intentado refinar las decisiones gubernamentales. Sugiere que

No hay pueblo cuya literatura ofrezca tan copiosa producción satírica encaminada a desacreditar a los administradores de la ley, en que se mire con más prevención a un tribunal, que se ayude menos la acción de la justicia [que España] (*Idearium* 90).

Es decir, el escritor español siempre tuvo en sus manos el arma para convertir las ideas escritas en realidades sociales. Igualmente, los latinoamericanos intentaron rescatar una influencia perdida heredada de la España imperial para contraponer las tácticas del norte que, según José Martí, amenazaban con devorar como un “lobo hambriento” a las nuevas naciones hispanoamericanas.

Está de más decir que los trabajos de José Martí no pueden estudiarse en su totalidad por su volumen. Martí pasó gran parte de su vida adulta exiliado de Cuba donde se dedicó al periodismo y escribió para diversos e importantes periódicos a lo largo y ancho del continente a la vez que participó en numerosos eventos culturales y políticos en todo el hemisferio. Sus correspondencias con múltiples representantes de los gobiernos hispanoamericanos y literatos de la época produjeron una rica base de datos sobre el pensamiento de Martí a lo largo de su carrera que tiene como punto de partida

diferenciar el valor de la espiritualidad de “su” América y la “otra.” Sugiere Hugo

Achugar que

al pedir a los más jóvenes que clausuren la etapa
becqueriana y cuelguen el chaleco de Gautier – ni Madrid
ni París –, está precisando el sentido de su dicho ejemplar y
velando por una escritura de mucha raíz y mucha ala,
beneficiaria de sus hallazgos seculares y anunciadora de
una hazaña distinta (XV).

Esa “hazaña distinta” que pide Martí de los jóvenes americanos es la incorporación de la cultura propia a las formas de gobiernos que encabezarían las nuevas naciones³¹.

Observamos en las cartas, discursos y apuntes de viajes que datan desde finales de 1870 una insistencia por mostrar que el legado heroico de Hispanoamérica era suficiente para construir pueblos “celestiales” conducidos por la belleza del arte y no la ambición materialista que inspiraba a la América del Norte. El origen de la diferencia entre las dos Américas se halla en la espiritualidad carente de los del norte y la por recuperar de los del sur. Opina que

Sólo la moralidad de los individuos conserva el esplendor de las naciones. Los pueblos inmorales tienen todavía una salvación: el arte. El arte es la forma de lo divino, la revelación de lo extraordinario . . . apacibles augurios de un tiempo que será todo claridad. ¡Ay, que esta luz de siglos le ha sido negada al pueblo de la América del Norte! El tamaño es la única grandeza de esa tierra. ¡Qué mucho, si nunca mayor nube de ambiciones cayó sobre mayor extensión de tierra virgen! (213)

Estas palabras forman parte de un relato sobre su viaje hacia México unos veinte años antes de escribir su famosa “Nuestra América” para el periódico *La nación* de Argentina. Aquí revelaba una distancia entre la majestuosidad idealista de la democracia griega y la codicia materialista de la norteamericana. Estas ideas tuvieron, en los últimos años del

³¹ De aquí en adelante citaremos de la recopilación por Hugo Achugar de Martí si no apuntamos lo contrario.

siglo como portavoz a José Enrique Rodó quien las desarrolló detalladamente. Las notas de Martí durante su viaje a México y el norte suramericano durante los últimos años de 1870 muestran una forma de vida distinta y distante de la de los norteamericanos. En su camino a la Isla de Mujeres observa la manera en que conducen sus negocios las comunidades costeñas del país y comenta:

no vive el pueblo solamente de la pesca, hay también *milpas*, pobres haciendas y estos frutos y la pesca son vendidos por los habitantes en los pueblos de la costa . . . Así reúne en una misma mano al productor, al consignatario y al comerciante (215).

En la Isla de Mujeres resalta el trabajo manual de los pescadores y aplaude que su economía se base en el intercambio de bienes sin la intervención de un intermediario:

los *criados* . . . van por marzo y abril a las costas cercanas, llevan maíz para su alimento; algún bohío de mangle, tienen sus redes rematadas con grandes trozos de madera, y allí pescan pacientemente tres o cuatro meses; la época en que ya no prenda en sus lazos la perezosa tortuga. Dicen que eso es vivir; y veo que viven (218).

Y es, justamente, el distanciamiento con la materia prima lo que disminuye la relación espiritual entre el trabajador y su labor en el capitalismo norteamericano, lo cual conduce a un triunfo económico pero impide que los trabajadores “vivan”³².

Envueltas en una serie de cuadros sobre la belleza natural y humana de los sitios que recorre, encontramos continuas referencias al esplendor de “su” América en estos ensayos de los años 70. El camino a la unión continental necesitaba más que buenos liderazgos porque

Pizarro conquistó al Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar; Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa . . . Puesto que la desunión fue

³² Sobra anotar que la crítica más profunda de Carlos Marx es que el trabajador no tiene acceso al producto final y por eso se convierte en una mano que se dedica a reproducir la parte que le toca.

nuestra muerte ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida? Idea que todos repiten, para lo que no se buscan solución prácticas . . . Para unir vivo lo que la mala fortuna desunió. Más acá ha de saberse lo que más allá se hace y se vale, más allá de la frontera chiapaneca. Las manos están tendidas, ésta es la hora (267 – 08).

La fuerza corporal de estos líderes no fue suficiente para mantener la unión de los pueblos ante la codicia ajena. Hacia finales del siglo XIX presentará, como los demás escritores de la época, una propuesta para resucitar e incluir los valores inherentes que separan a los *buenos* americanos de los *malos*. Esta diferencia, por supuesto, es evidente en su estudio de los líderes independentistas y sus descendientes políticos. Sus discursos y ensayos sobre Bolívar, San Martín y los demás libertadores marcan esta diferencia para dirigir las acciones de sus contemporáneos.

Subrayar un distanciamiento entre los valores españoles y los extranjeros también formó parte del movimiento literario español finisecular. Ganivet, en su *España filosófica contemporánea*, examina las soluciones que podría proveer el pensamiento filosófico actual a los problemas que enfrentaban sus contemporáneos. El granadino apunta que

Nace de aquí, a la vez que el desprestigio de los estudios filosóficos, un grave daño para la sociedad misma, porque van muy descaminados los que pretenden corregir los vicios sociales en su manifestación exterior y con medios puramente externos, olvidando que los individuos y las colectividades obran guiados por una idea directiva . . . hay que dirigirse . . . [a] completar la educación filosófica moral, la más fecunda y la más práctica en todos los órdenes de la vida . . . no significa solamente que la educación ha de existir, . . . necesita que previamente se determine cuál debe ser el fondo y la esencia de la enseñanza, cuál el principio en que se inspira, . . . es la base en que descansa y sobre que se apoya la solución de todo problema social (1).

Una propuesta importante de los escritores españoles consistió de una educación basada en los valores espirituales que sostuvieran e inculcaran esos valores. Indica una preferencia por restaurar la “esencia” y el “fondo” en los tejidos de la sociedad sobre la mejora social y económica de los ciudadanos. Anotaría luego, en *Idearium español*, que estos cambios externos son superficiales porque inclusive la Reforma

No fue más que la manifestación de la rebeldía latente en espíritus que . . . no fueron nunca verdaderamente cristianos, que no podían comprender el verdadero sentido del cristianismo, *porque no tenían aún el convencimiento propio de la impotencia del esfuerzo racional*, y que al proclamar el libre examen eran tan lógicos . . . como lo eran los herederos del espíritu grecorromano al defender la sumisión ciega y absoluta a la fe (*énfasis nuestro 60*).

Cuando los integrantes de la sociedad a los que se les impone reformas materialistas carecen del entendimiento que suministra esas reformas, no tienen la base para comprender la contribución que hacen esos cambios después de una crisis política. A lo largo del ensayo explica que nunca les faltó lógica en las acciones de los españoles porque no fueron decisiones tomadas a “ciega y absoluta fe” de los regímenes estatales.

El punto de partida del *Idearium* es lo siguiente:

No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman los sucesos que sobre ti caigan sean de los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre (46).

Lo importante es mantenerse firme frente a lo “extraño” que busca crear confusión y desorientación para ganar el apoyo de aquellos que no están seguros de sus propios valores. El ensayo hace un estudio detallado de la historia – por falta de mejor término –

de España para justificar las actitudes de los españoles a lo largo de los siglos. La historia y la geografía de España, opina Ganivet, fomentaron en los españoles el espíritu conquistador que ha dominado la sociedad desde el final de la Reconquista. Los españoles conquistan para conservar su identidad y no, como Inglaterra, calculan sus ataques antes de proseguir porque ya hayan estudiado a su presa.

La ubicación geográfica de España, según Ganivet, inspira el espíritu aventurero para “que el alma se deleite en la contemplación de una idea que nace limpia y sin mancha” (88). La conquista de América fue una extensión de la Reconquista en términos morales y religiosos que había heredado la generación de Cortés y Pizarro de sus antepasados cristianos. La diferencia entre “nuestros” conquistadores y los ingleses, por ejemplo, es que “España es por esencia, porque así lo exige el espíritu de su territorio, un pueblo guerrero, no un pueblo militar” (77) – es decir no formula estrategias. Su definición de lo español también alcanza a la generación de Cortés porque sus obras pertenecen a la gran labor de mantener vivo un ideal, donde “sólo España era capaz de plantear la cuestión en la forma en que lo hizo y arriesgar el dominio material por sostener el imperio de la religión” (114). Es decir, la eventual pérdida de las colonias se debe, no a una debilidad militar sino a una superioridad espiritual porque también

son conquistadores quienes . . . conquistan por necesidad, espontáneamente, por impulso natural hacia la independencia, sin otro propósito que demostrar la grandeza oculta dentro de la pequeñez aparente. Y tan conquistadores como Cortés o Pizarro son Cervantes . . . y San Ignacio de Loyola (79).

La actitud de los escritores españoles de esta época hacia los conquistadores cambiará en los textos posteriores y en la última obra del mismo Ganivet. Eso, sin embargo, no niega

la importancia de que Ganivet los haya considerado fundamentales en el progreso de la espiritualidad española siguiendo los valores de la Reconquista.

La educación se vuelve el enfoque de los textos de Ganivet mientras vivió en el extranjero. Durante su estancia como representante español en Helsingfors y Rigas, basó sus obras siempre en su natal Granada como ejemplo. La “reforma” – si se le puede calificar de esa manera – educativa que propone consistía en aclarar que “los españoles de hoy descendemos sin mezcla extraña de los españoles antiguos, y . . . debemos tomar de la tradición lo que ella nos da o nos impone: el espíritu” (*Idearium* 151). El granadino defiende la conducta de los españoles, aunque los demás la consideren cruel o ambiciosa, porque es producto de un plan celestial. Ya que la primera aparición triunfante de España en el plano mundial ocurrió tras siete siglos de aislamiento social y político, Ganivet sugiere que el rescate de aquellos logros se encuentra

dentro de nuestro territorio . . . hay que cerrar con cerrojos,
llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu
español se escapó de España para derramarse por los cuatro
puntos del horizonte (155).

José Martí y José Enrique Rodó, como apuntamos más adelante, también patrocinaron una idea similar en la educación hispanoamericana – lo cual vale la pena recordar porque sus propuestas sociales tienen como punto de partida la formación intelectual de la juventud para efectuar los cambios necesarios.

Miguel de Unamuno escribe desde antes del desastre de 1898 intentando descifrar la esencia de lo español dentro de una “intrahistoria” – que él mismo expone como abstracto y arbitrario – en la cual se revelaban las causas de su fracaso histórico. *El porvenir de España* recopila la correspondencia entre Unamuno y Ganivet después de la publicación del *Idearium* contiene una respuesta, o comentario, sobre ésta por parte de

Unamuno. Mientras que Ganivet suponía que la grandeza del espíritu español consistía puramente de la conexión con la tierra, Unamuno hace una distinción de los buenos y malos españoles aunque provengan del mismo territorio. Aclara que

Más de una vez se ha dicho que el español trató de *elev*ar al indio a sí, y esto no es en el fondo más que una imposición de soberanía. El único modo de elevar al prójimo es ayudarle a que sea más *él* cada vez, a que se depure en su línea propia, no en la nuestra. Vale, sin duda, más un buen guaraní o un tagalo que un mal español (186).

El españolismo de Unamuno no incluyó a todo el que realizó hazañas de conquista y rebeldía porque era la bondad, sobre todo, que el vasco distinguía en los buenos españoles como don Alonso Quijano. Igualmente, cuestionó la unidad espiritual que Ganivet presenta como elemento clave de la historia de España. Reflexiona que “nuestro pecado capital fue y sigue siendo el carácter impositivo y un absurdo sentido de la unidad” (185) al mezclar a los malos entre los buenos perjudicando así el buen desarrollo de la sociedad. Don Quijote representa la moral intachable del español porque “conservó . . . bajo los desatinos de su fantasía descarriada por los condenados libros, la sanidad moral de Alonso el Bueno” (184). El individuo que se sacrifica para *elev*ar al prójimo es el que verdaderamente personifica las cualidades que buscaba Unamuno en la intrahistoria española.

En torno al casticismo contiene las primeras reflexiones del autor de *Niebla* sobre la necesidad de una regeneración y la trascendencia de la casta española en realizar dicha tarea. Su meditación sobre este tema es igual a la que hizo Ganivet sobre los eventos históricos que cambiaron el rumbo de la *exterioridad* de la sociedad pero no el “fondo” de los individuos:

Sobre el silencio augusto, decía, se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del proceso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición . . . *que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles, y monumentos, y piedras...*No fue la restauración de 1875 lo que reanudó la historia de España; fueron los millones de hombres que siguieron haciendo lo mismo de antes (*énfasis nuestro* 28).

Es evidente la crítica que hace a los valores expuestos por Gustavo A. Bécquer en su *Historia de los templos de España*, en la cual planteaba que la importancia de la herencia nacional se encontraba en su riqueza arquitectónica. Para Unamuno, la tradición eterna sobrevivía en las culturas de los pueblos y su cotidianidad. Se debe buscar estas costumbres

en el fondo del presente . . . en las entrañas del mar, no en los témpanos del pasado, que al querer darles vida se derriten, revertiendo sus aguas al mar . . . como el tiempo la de la eternidad. *Y buscar la tradición en el pasado muerto es buscar la eternidad en el pasado, en la muerte, buscar la eternidad de la muerte* (*énfasis nuestro* 29).

Las referencias al texto de Bécquer consistían en marcar que el origen de la eternidad del carácter español no residía en los templos sino en la gente y los “millones de hombres que siguieron haciendo lo mismo de antes” tras la crisis social que cambiara el panorama y el curso de la historia del país.

Unamuno clasifica y distingue a dos tipos de españoles por su esencia. Los dos tienen su origen en la misma base pero habría que distanciar el uno del otro para encontrar el valor de la herencia heroica. El héroe, como lo define el rector de Salamanca, exhibe bondad y honestidad además de fuerza espiritual. En su *Vida de Don Quijote* y

Sancho presenta al caballero manchego y su escudero como ejemplos de cada uno de los extremos y llega a esta conclusión:

El espíritu [es] dualista y polarizador. Don Quijote y Sancho caminan juntos, se ayudan, riñen, se quieren, pero no se funden. Los extremos se tocan sin confundirse y se buscan la virtud en un pobre justo medio, no en el dentro, en donde está y debe buscarse (69).

Si la fortaleza del espíritu español radica en un lugar medio entre los dos personajes, haría falta profundizar en las acciones de los “buenos” españoles cuando los cambios superficiales de las normas no son suficientes para transformar una sociedad herida. La esencia sobre la que escriben Ganivet y Unamuno deriva del “centro” de poder, o Castilla y, por ende, recordamos los estudios históricos que denuncian a estos escritores de conservar y propagar una serie de valores atados a una ideología muy limitada de poder. Como ya apuntamos, y examinamos en mayor detalle más adelante, esta diferenciación también la hizo José Martí para distinguir a los libertadores de aquellos gobernantes que él consideraba tiranos. Asimismo se les ha acusado a los escritores hispanoamericanos de la misma época de escribir desde una torre de marfil por su falta de conexión con los ciudadanos. No obstante, sugerimos que estos pensamientos tienen como raíz el territorio físico y el espíritu de los pueblos hispanos y los hace indiscutiblemente valiosos para la época.

El siglo XIX empezó como pocos: el triunfo de dos revoluciones burguesas que deshicieron el poder de la antigua estructura política para crear un nuevo orden social. Después de instalarse el nuevo orden, que además era consecuencia de diferencias económicas entre los antiguos dirigentes y el creciente número de comerciantes, empezaron a dispersarse los ideales políticos y económicos que resultaron de esas

revoluciones. La invasión napoleónica marcó el inicio indiscutible de los conflictos modernos de España que culminaron con la pérdida de la guerra contra Estados Unidos. Las colonias españolas en ultramar también fueron afectadas por las revoluciones y vieron sus propios destinos en esos triunfos. La comunidad intelectual a lo largo del siglo siguió de cerca en sus obras los eventos que afectaban sus entornos y al cierre del siglo, las condiciones sociales eran muy distintas en el mundo hispano a las que afrontaban los del comienzo del siglo. Ante circunstancias históricas sin precedencia y la tenacidad de las intervenciones extranjeras, los intelectuales finiseculares en las sociedades de habla española se encontraban necesitados de figuras históricas que sirvieran de guías espirituales para sus contemporáneos. Tanto los guerreros religiosos, los escritores del Siglo de Oro como los grupos indígenas formaron parte de este grupo, aunque todos los escritores coincidieron con Simón Bolívar y don Quijote como las representaciones más perfectas de las cualidades que deseaban exponer.

Capítulo Tres
Bolívar: un héroe hispano

Si algo caracteriza la acción de Bolívar es que surge precisamente en un momento histórico en el que se afianza y se generaliza una forma totalmente nueva de 'cosmopolitismo político' que, superando la tradicional división geográfica entre los dos mundos, reivindica y practica una concepción del progreso político de alcance universal, por oposición a las viejas concepciones del absolutismo y de los imperios coloniales.

Alberto Fillipo

Entrenamiento de un Libertador

A lo largo del siglo XIX los escritores hispánicos mantuvieron un repertorio de héroes que sirvió de base para sus discursos sociales y políticos. En las últimas décadas la selección de estos héroes apoyó los ideales regeneracionistas y unificadores en esas obras. Los escritores de las últimas dos décadas del siglo querían que sus héroes tuvieran una relación íntima con el territorio de donde provenían. Dicha cercanía contrastaba los modelos extranjeros que no tenían como prioridad la moralidad y el bienestar espiritual de los pueblos hispánicos. Los próximos dos capítulos analizan la forma en la cual Simón Bolívar y don Quijote se convierten en las figuras principales de este discurso en el que las características exaltadas para mantener la uniformidad del mismo permiten la valoración de sus acciones positivas sobre las negativas. En esta sección examinamos el lugar que ocupó el Libertador de América en esta literatura modernista donde se le atribuyeron cualidades inexistentes o alteradas a favor de los ideales finiseculares.

Sugieren los historiadores que bajo otras circunstancias vitales – el no haber perdido a sus padres en la niñez, a su esposa un año después de casarse y morir en el exilio – su historia no habría fortalecido los sentimientos patrióticos en Venezuela a partir de 1840 y en el resto de América y España hacia finales del siglo. Proponen, igualmente, que la grandeza póstuma de Bolívar fue producto del mito que surgió tras su exilio y muerte en tierras extranjeras aborrecido por sus compatriotas ³³. La magnitud de su legado sugiere, según comentan, que las generaciones posteriores desearon reivindicar su memoria por haberlo exiliado ³⁴.

Simón Bolívar nació en Caracas un 24 de julio de 1783, siete años después de culminar la revolución dirigida por George Washington en las colonias británicas. El menor de cuatro hermanos, quedó huérfano a temprana edad y entre sus maestros destacan Andrés Bello y Simón Rodríguez (Carreño) ³⁵. La influencia familiar le concedió a los 15 años el grado de subteniente en el ejército venezolano y a los 17 embarcó en su primer viaje a Europa, donde entró en contacto con la corte de Carlos IV. Durante el viaje conoció a Teresa Rodríguez del Toro y Alayza con quien contrajo matrimonio al poco tiempo de conocerla. Al volver a Venezuela, María Teresa se enfermó de fiebre amarilla, a consecuencia de la cual murió dejando al joven Bolívar viudo a los 20 años. Luis Peru de Lacroix subrayó estas palabras del Libertador en su

³³ Aunque no incluimos a San Martín en este estudio, nos parece prudente anotar que muchos le atribuyeron cualidades opuestas a Bolívar para defender su postura sobre éste. Varios ensayos examinan esta relación entre los dos libertadores porque la reunión que tuvieron en Perú condujo a muchas conjeturas sobre ese encuentro e intercambio que tuvieron.

³⁴ Las biografías, o mejor dicho las historias, sobre el Libertador de Christopher Conway, Salvador de Madariaga, Pedro Grases y José Busaniche argumentan que la heroicidad de Bolívar es producto de las crisis “nacionales” que plegaban a los países del continente tras su muerte.

³⁵ El apellido por parte de padre de don Simón fue Carreño pero por sus ideales políticas empieza a usar el apellido de su madre a temprana edad. De aquí en adelante nos referimos al maestro como Rodríguez aunque algunos biógrafos de Bolívar usan su apellido paterno.

biografía que dieron a las generaciones posteriores razones para concluir a su manera sobre el estado sentimental del Libertador cuando tomó la decisión de liberar su país – como si esto ocurriera en un instante –: “Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador” (98).

Salvador de Madariaga comenta que el espíritu independentista de Bolívar es producto de una actitud patricia del americano que se negaba a rendirles cuentas de sus acciones a los representantes españoles. Los criollos estaban dispuestos a proteger y aumentar su situación económica, sus ingresos y herencias previniendo a toda costa su disminución o pérdida³⁶. Las propias cartas del Libertador parecen confirmar esta hipótesis. La mayor insatisfacción de los criollos con España a lo largo del siglo XVIII fue en el campo comercial, superando todas las demás inquietudes de emancipación, y Bolívar habrá tenido las mismas preocupaciones porque sus ingresos provenían de su hacienda de cacao y añil. Al exiliarse Fernando VII y coronarse José Bonaparte como rey de España, los criollos sintieron la necesidad de proteger sus bienes contra otras fuerzas extranjeras que pudieran aprovechar un momento de debilidad del gobierno español para apoderarse de sus colonias. Cuando Bolívar hace la promesa a su maestro Rodríguez de libertar su país del yugo español durante sus aventuras por Europa ya había sufrido algunas decepciones económicas con los representantes españoles en las colonias. Al morir su hermano mayor, Bolívar obtuvo control de sus propiedades y se encontró en

³⁶ La dinámica económica y social de las primeras décadas del siglo produjo una insatisfacción en las colonias porque los reglamentos de comercio les negaba a los comerciantes americanos acceso directo a los mercados extranjeros que requerían sus productos. Comentan varios historiadores que este fue el motivo fundamental de los conflictos iniciales entre España y las colonias que escalaron con el retorno de Fernando VII a España. Véanse los trabajos de Madariaga, Miranda, José Luis Romero citados en la bibliografía.

una posición ambigua al intentar recuperar esos bienes mientras organizaba una revolución. A la vez que quería mantener su lealtad al movimiento revolucionario, se vio obligado a unirse al ejército inglés para conseguir su primer propósito, el de recuperar la hacienda de su hermano. Estos primeros años de su carrera militar, que mostraron indecisión en su postura revolucionaria y debilidad ante los bienes mundanos, son periodos que algunos biógrafos y los escritores del XIX prefirieron ignorar.

Bolívar entregó a Miranda al general Monteverde – representante de la autoridad española en las colonias – porque él mismo no había conseguido suficiente respaldo para su campaña revolucionaria y había perdido primera gran batalla a su cargo. Miranda sabía que lo buscaban las autoridades y se encontraba escondido hasta la noche cuando iba a escapar por barco. Justo al llegar al barco, los soldados de Bolívar lo capturaron y con órdenes de entregarlo a Monteverde porque sus acciones lo convertían en traidor de la nación. Los historiadores y biógrafos de Bolívar apuntan que esta decisión fue la peor del joven Libertador porque lo convirtió en un enemigo del ejército revolucionario al considerar traidor a uno de los líderes más influyentes de la emancipación, aunque él haya insistido que no lo había hecho por lealtad a España sino para castigar a un traidor. Su liderazgo en el campo de batalla se consolidó mucho después de convencer a los llaneros y campesinos de unirse a su campaña. Este es uno de varios episodios que manchan el carácter impecable que algunos historiadores han querido retratar del Libertador y que los escritores hispánicos a finales del siglo usaron para afirmar sus propios ideales regeneracionistas. El biógrafo Jules Manzini comenta lo siguiente de lo sucedido:

Cualesquiera que fueran los motivos que determinaron a los conjurados del 30 de julio de 1812 a arrestar [a

Miranda] . . . es imposible . . . no ver la negra atrocidad de semejante acto. Y el papel que en él vemos representar a Bolívar parece particularmente odioso. ¿No era la pérdida de Puerto Cabello, de la que, después de todo, era responsable Bolívar, la que había reducido al generalísimo a la desesperación? ¿No era él, Bolívar, quien había provocado el regreso de Miranda a Venezuela? ¿No había sido su confidente, su discípulo predilecto, no llevaba en él, consciente o inconscientemente lo más puro del pensamiento del Precursor? (393)

Igualmente, Madariaga sugiere que Miranda fue expulsado de su país por los mismos venezolanos porque él había perdido contacto con lo que pasaba en su país al pasar tanto tiempo fuera cumpliendo sus obligaciones diplomáticas y buscando apoyo para su causa política. José E. Rodó, en su ensayo *Bolívar*, acusa al General San Martín del mismo abandono porque considera que el caraqueño fue un héroe para los americanos mientras que el rioplatense era un extranjero que nunca tuvo “contacto íntimo con lo original americano” (182). El valor del “contacto íntimo” fue importante tanto para los americanos como los españoles en las últimas décadas del siglo para convertir a Bolívar en el representante inigualable del carácter hispano. Miguel de Unamuno, por ejemplo, exalta la raíz vasca del Libertador como fuente de su espíritu aventurero y revolucionario en contra de la tiranía y a favor de la caridad. Esto lo examinamos más adelante.

Si se aceptan las fuentes como Luis Peru de Lacroix, quienes afirman que la actitud de Bolívar hacia Napoleón era, en lo mínimo, ambigua; habría que concluir que pudiera haber tenido las ambiciones de las que se les ha acusado muchas veces – querer ser emperador del continente americano como lo fue Bonaparte en Europa. Sin embargo, su biógrafo más completo, el General Daniel Florencio O’Leary, apunta que Bolívar calificó al emperador francés como “tirano hipócrita” quien se convirtió en un obstáculo para el progreso de la civilización al nombrarse emperador de Francia. Por otra parte,

Peru de Lacroix asegura que durante una charla con el Libertador, éste le confesó que sentía la necesidad de opinar sobre Napoleón cautelosamente porque no quería que sus enemigos le acusaran de ser como aquél ³⁷. Madariaga, sin embargo, considera el decreto de la guerra a muerte de Bolívar contra los españoles un acto dictatorial porque al hacer la proclamación, Bolívar no consultó con los representantes del gobierno en el poder. Para las generaciones posteriores, la grandeza de su heroísmo se basó en ese decreto que ha quedado en la historia como el primer gran paso hacia la emancipación de América del Sur porque no fue cuestionado por sus contemporáneos. Varias fuentes de la época sugieren que ni los españoles ni los criollos disputaron las palabras de Bolívar porque ambos las consideraron una declaración de guerra general, aún cuando el gobierno y la población no tenían claro lo que pasaba. Esta iniciativa de Bolívar lo convierte en un carácter divino que induce en los demás confianza en los momentos más confusos, rasgos que los decimonónicos consideraron fundamental en un héroe. Vicente Lecuna recopila en su colección de cartas la opinión de unos soldados que

lo [Bolívar] acompañaban cuando entró a la ciudad;
[sintieron una] resolución y [estuvieron] animosos por la
seguridad que les inspiraba su caudillo [y]marcharon llenos
de confianza, seguros de vencer (4).

La determinación y el auto-estima del Libertador inspiraron la confianza de sus compañeros durante la campaña.

El encuentro entre Bolívar y San Martín en Lima, cuando éste se encontraba exiliado de Argentina por la situación política de su país, es fundamental para entender la distinción que hacen los modernistas de los dos personajes. Al caer el directorio de

³⁷ Los estudios de Salvador de Madariaga muestran esta ambigüedad en el sentimiento del Libertador hacia Napoleón. Varias fuentes cercanas al Libertador registran diferentes “confidencias” que les hizo Bolívar en cuanto a su opinión sobre el emperador, como lo apunta y recoge Busaniche.

Pueyrredón en Argentina, las provincias quedaron sin gobierno central y quedaron reducidas a una confederación. San Martín y su ejército habían planeando la expedición al Perú pero fueron abandonados en mitad del camino y hallaron refugio en Chile. San Martín se había mantenido al margen de la política argentina, lo cual le colocaba un tanto fuera de la realidad mientras que Bolívar “lo era todo: el caudillo, el jefe militar, el legislador, el presidente designado por los congresos” (Busaniche 106). Estos datos permitieron que sus enemigos, y la posteridad, criticaran a San Martín por su falta de “americanismo.” Además del distanciamiento de la política argentina San Martín propuso una tregua con los españoles y que un infante español reinara en un Perú semi-independiente durante los momentos más difíciles de la revolución. Esto muestra una mentalidad extranjera que, como apunta Rodó, era la diferencia entre él y Bolívar: éste comprendía la política y sociedad americana, lo cual aquél nunca hubiera podido entender por su falta de intimidad con la misma.

Uno de los grandes defensores de la vida del Libertador fue el General O’Leary, un irlandés quien a los 17 años dejó a su familia para incorporarse a la gran aventura del Nuevo Mundo enlistándose en el ejército revolucionario de América del Sur en 1817. Llegó a América en 1818 y muy pronto pasó a ser uno de los confidentes del Libertador y se ocupó de los asuntos diplomáticos de las nuevas naciones independientes después de la guerra. Su amistad con Bolívar duró toda la vida y hasta llamó a su hijo Simón Bolívar. Esta estrecha amistad y admiración lo llevarían a encontrar justificadas todas las acciones del Libertador en las obras que ha dejado sobre las guerras de independencia y sus héroes. Bolívar le había pedido que escribiera su biografía, a la cual O’Leary incluyó algunas correspondencias entre aquél y otras personalidades de la época junto a su propia

interpretación de lo ocurrido en los campos de batalla durante el proceso emancipador. Esta última parte de sus *Memorias* – que son 33 volúmenes de cartas, testimonios y descripciones publicados por su hijo tras su muerte – las tituló *Narraciones* y son, efectivamente, la historia contada por un hombre unos cinco años después de que ocurrieran los eventos. Sobresalen las descripciones de los momentos más controvertidos de la vida de Bolívar porque su visión está cubierta por una nube de admiración y respeto.

Apuntamos anteriormente que el recuerdo de O’Leary sobre la opinión de Bolívar sobre Napoleón contradice aquella de Peru de Lacroix. La reunión entre Bolívar con San Martín, que despertó dudas, inquietudes y especulaciones en su momento y en la posteridad, también lo narra O’Leary en varias páginas de sus memorias y difiere de otras fuentes. Busaniche resume la carta que le escribió San Martín al general Miller cinco años después del encuentro de esta manera:

[San Martín en] su viaje no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú y que los auxilios ofrecidos le parecieran insuficientes . . . Sostuvo también San Martín que él se había ofrecido a combatir en el Perú bajo las órdenes de Bolívar y que este último, por delicadeza, se negó a mandarlo como superior (111).

O’Leary cuenta que la intención del rioplatense era llegar a Guayaquil primero para convencer a los peruanos de la posible anexión a la provincia del Río de la Plata; el irlandés anota que la preocupación que mostró San Martín al salir de esa conferencia apoyaba esa hipótesis. El General estuvo con el Libertador en sus viajes y exilios para encargarse de los asuntos diplomáticos del mismo llevando la organización de todos sus compromisos y anotando estos eventos en su cuaderno como, según él, historiador omnisciente.

Así describe O'Leary la llegada de Bolívar a Lima:

los indios mismos, a pesar de su abyecta degradación, participaron del entusiasmo universal, dando a su regenerador la bienvenida a la metrópoli del antiguo imperio, con todo el aparato y cortesía con que, según la tradición, sus antepasados recibían a sus emperadores . . . [donde] el espíritu de Las Casas parecía revivir en Bolívar, por el laudable celo que desplegó a favor de la regeneración de los indios (II 417).

Este cuadro de armonía entre el gobierno de los criollos y los indígenas del Nuevo Mundo contradice la imagen que aparece en algunas de las cartas del Libertador. En un intercambio con el nuevo cónsul inglés a su llegada a Lima, que éste recogió en notas para su gobierno, Bolívar le comentó:

Pues aunque Caracas aparece con más títulos por su influencia y población, superior esta última a la de Bogotá, no debe olvidarse que la mayoría de los habitantes de su provincia la forma gente de color, celosa y enemiga de la clase blanca, circunstancia que obliga, en bien de la tranquilidad general, a disminuir su influencia en vez de aumentarla (Busaniche 222).

La amenaza de los indígenas y los esclavos negros para la consolidación del poder criollo en las nuevas naciones estuvo presente en las decisiones del Libertador y su visión de éstos parecía menos favorables a como lo describió O'Leary. Esta percepción de los indígenas era común en las colonias españolas de la época – evidenciada por comentarios como este del mexicano Servando Teresa de Mier: “una nación donde más de la mitad de su población se compone de indios, estúpidos o ignorantes, donde otro cuarto de ella se forma de infelices que, ocupados en el trabajo penoso de su subsistencia, no han podido cultivar su razón” (89). Madariaga, no obstante, propone que otro propósito, muy posible, de la revolución de Bolívar fue para consagrar su propia gloria – a la manera de Napoleón – y sugiere que

It so happens that neither Bolivar nor San Martín can be understood until they are both recognized as replicas of the Napoleonic archetype . . . Deep down, San Martín and Bolívar rise above the other men in the memory and more so in the imagination of Spanish America because they were the two Napoleons of the New World; the two heroes who lead the banners of their respective countries across the continent, just as Napoleon had done in Europe liberating nations and dethroning kings (xv – xvi).

Igualmente, el soldado inglés Ducoudray-Holstein – a quien Bolívar le había negado el pago que el gobierno venezolano en Londres le había prometido – recuerda que el Libertador, en un discurso en Haití, aseguró que los nuevos países independientes necesitarían un gobierno central fuerte donde la autoridad estuviera en “manos de una sola persona” (Busaniche 39).

Se han hecho muchas referencias a los deseos imperiales del caraqueño en la mayoría de los textos que dejaron sus contemporáneos. Aunque nunca propuso, como lo hizo San Martín, un gobierno encabezado por un Infante español, siempre fue su intención y recomendación un gobierno compartido por el poder Ejecutivo, la nobleza y las masas democráticas. Durante los primeros años después de la emancipación, expresó la necesidad de establecer un gobierno dictatorial porque las nuevas sociedades iban a precisar un líder que pudiera dirigir las con eficacia. Una constitución para Bolivia debía incluir varias reformas educativas y políticas basadas en el código napoleónico porque nunca pensó que las nuevas naciones pudieran sostenerse por sí solas. A lo largo de su carrera, Bolívar creyó que “no hay mucho que esperar [de estas naciones] porque desgraciadamente debe considerarse como muy poco superior a un país de esclavos; que no debe dársele más poder del que pueda ejercer” (Busaniche 221). Como la mayoría de sus contemporáneos americanos, miró hacia el extranjero para encontrar los recursos que

sacarían adelante a estos países. Tres cuartos de siglo más tarde, los modernistas, irónicamente, utilizaron a Bolívar como modelo del héroe “hispano” que representaba todas las cualidades que buscaban en su propuesta de regeneración interna. Irónico porque para ellos el españolismo o hispanismo del individuo era la cualidad más importante.

Bolívar murió en el exilio tras su expulsión de Venezuela y fue enterrado en Santa Marta. Christopher Conway, en su estudio sobre la fama póstuma e importancia del Libertador, sugiere que alcanza esta fama durante un periodo histórico en el cual el gobierno venezolano requería de un personaje que pudiera servir no sólo como “a military and political agent, but also as a symbol for the construction of [nacional] identity” (9). Hacia 1840 las propuestas económicas alienaban a la mayoría de la población y el futuro de la nación se veía amenazada por la división entre la elite económica y la generación que luchó por la emancipación. Fue necesario revivir el espíritu revolucionario y nacionalista de Bolívar para mantener la unidad nacional. A partir de esas crisis nacionales, se le atribuyeron al Libertador cualidades divinas para que inspirara los cambios necesarios. Conway sugiere que el

linkage between celestial and terrestrial affairs, showing that the divine had a human face. This elementary concept would serve as a cornerstone for the reconstruction of Bolívar as a national symbol; like Christ, Bolívar provided an ideal horizon towards which the Venezuelan collectivity should strive (34).

La divinidad del Libertador pasó a ser fundamental en el pensamiento modernista a finales del siglo, pero es imprescindible destacar algunas instancias previas a la coronación de Bolívar como ser supremo de la unión “hispana” (no podemos olvidar que esto ocurrió tanto en América como en España).

Desde antes de su muerte, Bolívar se convertía en algo más que un simple guerrero y fundador de nuevas naciones. Las cartas recopiladas por Vicente Lecuna ya demuestran una figura que inspiró aún cuando las campañas fracasaban. Al igual que cuando proclamó la guerra a muerte a los españoles, su palabra fue suficiente para callar a los que se oponían o cuestionaban su decisión. Lo que Conway llama el “culto de Bolívar” empezó desde antes de su muerte cuando él mismo le encomendó al ecuatoriano José J. Olmedo escribir un poema sobre él. El poema, titulado *La victoria de Junín. Canto a Bolívar* (1825), es una de las primeras obras ficticias sobre el Libertador que encontramos y empieza con estos versos de alabanza:

El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera (3).

La majestuosidad de las palabras que encabezan el poema épico remite para las generaciones futuras una imagen deificada de Bolívar al presentarlo como el enviado y hacedor de obras divinas. Sigue el poema diciendo:

y el canto de victoria
que en ecos mil discurre, ensordeciendo
el hondo valle y enriscada cumbre,
proclaman a Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra (3-4).

Bolívar sería, entonces, la representación más perfecta de Dios sobre la tierra y su mayor agente de paz y libertad. Los siguientes versos afirman una conexión celestial entre el valor y poder de la guerra y los valores de las colonias españolas:

¿Quién aquél que al trabarse la batalla,
ufano como nuncio de victoria,
un corcel impetuoso fatigando,
discurre sin cesar por toda parte...?
¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte? (9)

Por otro lado, el cubano José M. Heredia escribe *A Bolívar* en 1827; un poema casi biográfico exaltando los eventos más importantes de la revolución. Los siguientes versos muestran que los contemporáneos de Bolívar vieron sus intenciones dictatoriales como algo indispensable para el bienestar del continente³⁸:

Entre guerra civil e iberas lanzas
Aquel pueblo infeliz vacila tiste,
Cuando el poder dictatorial te viste,
Y te manda salvar sus esperanzas,
La discordia feroz huye aterrada (23).

La intensidad del culto aumentó después de su muerte y el número de textos sobre él – tanto en la literatura como las crónicas y los periódicos – aumentaron durante y después de 1840. Frente a los conflictos sociales de mediados del siglo encontramos textos elogiando la diversidad racial de Bolívar. Madariaga interpreta estas obras como resultado de una urgencia histórica por reconstruir una identidad propia de los americanos del sur:

Bolivar shared the three bloods of the New World. Though a white for practical purposes, small proportions of Indian and negro blood flowed in his veins; enough, even had they been ten times smaller, to gain him access to the *collective memories and reactions of the two varieties of man on which in the New World fell the burden of labor and obedience*. Without them, Bolívar would be neither representative of a continental awareness at a given moment in history nor even coherent; since many of his utterances which, under the assumption of his three-blood American nature, are explicable and natural, would, were he a pure white, become the ravings of an irresponsible demagogue (*énfasis nuestro* 71-72).

³⁸ Todas las citas de los poetas americanos sobre Bolívar provienen del texto *Bolívar en la poesía hispanoamericana*, excepto los textos modernistas. De aquí en adelante sólo anotaremos la página en las que se encuentran.

El poema *A Simón Bolívar*, del venezolano Rafael M. Baralt, es uno de los primeros en exaltar el mestizaje como el elemento más deseable del americano completo. Estos versos exaltan la sociedad americana *post-colombina* – es decir la que construye Bolívar:

Sueño infantil, en cuna infamatoria
Hecha de oro que su seno cría,
Perezosa la América dormía,
Mísera esclava, sin blasón ni historia.

Dióle Colón en su inmortal victoria,
si nueva luz, odiosa tiranía,
estrageo y luto, con victoria pía,
el gran Bolívar libertad y gloria...

y al ver la antigua afrenta ya vengada,
de los soberbios Andes en la cumbre
las sombras de los Incas sonrieron (29).

Además de dar libertad a los criollos, Bolívar libera a un continente de un insomnio perpetuo porque no existía antes de la llegada de Colón. Consecuentemente, sugiere Conway, “to exile, execute, and imprison members of the same generation of patriots that had liberated Venezuela in the first place was not only ungrateful, but a negation of the foundational dramas of the Wars of Independence that had established the republic” (31). Esta culpa produjo una necesidad por revivir el espíritu revolucionario de Bolívar para encontrar otras soluciones en el proceso de unificación nacional. Sigue vigente, sin embargo, la pregunta de para quién fue la emancipación; porque si hay algo de cierto en la ambigüedad con la que se expresan sobre sus actividades militares Bolívar y sus contemporáneos es que los intereses de una clase social y racial predominaban sobre los de los demás. La vaguedad de este tema es crucial para entender los textos de José Martí, por ejemplo, quien buscaba unir las tres razas americanas para completar la emancipación deseada.

Conway apunta que al erigir estatuas de Bolívar por toda Venezuela, el gobierno idealizó al Libertador y lo convirtió en una deidad y reemplazó el templo eclesiástico por el templo de la nación. La estatua es significativa porque tanto Martí como José A. Silva la usan como el eje central de sus obras sobre Bolívar. La estatua representa lo que, justamente, simbolizan los monumentos religiosos para los creyentes. Sobre la misma época empiezan a aparecer textos infantiles sobre Bolívar los cuales tenían la dificultosa tarea de “connect . . . a child and a mythological republican deity” (71). Uno de esos textos fue el cuento de Martí que analizaremos más adelante.

A partir de 1880 aparecen textos didácticos donde se intenta motivar al pueblo a continuar la hazaña emancipadora de Bolívar porque no estaba terminada. La novela de Eduardo Blanco, *Venezuela heroica* (1881), es uno de los primeros trabajos modernistas sobre el legado heroico Bolívar y propone que el pueblo debe mantener aquel espíritu revolucionario vivo. La narración de la novela guía al lector al conocimiento de las metas de las guerras independentistas y continuar, desde su vida diaria, la campaña revolucionaria compartiendo esa historia nacional con las generaciones venideras. De esta manera impone la importancia del proyecto unificador y de libertad que condujo a Bolívar a los campos de batalla por sobre las diferencias económicas que forjaron los eventos sociales de las décadas de 1840 y 1850.

El mundo de Bolívar

No se pueden separar la declaración de independencia en las colonias españolas de los conflictos españoles de comienzos del siglo XIX. Lo más probable es que en su conexión resida la clave para entender las obras escritas alrededor de la guerra de 1898. Los conflictos entre España y los extranjeros, en este caso Francia e Inglaterra, estaban en su cumbre cuando Bolívar llegó por primera vez al país en 1804 y empezó a formar sus ideales independentistas³⁹. Los enfrentamientos entre los británicos y franceses por el control del mercado europeo y americano incrementaron con la Revolución Francesa y la invasión napoleónica de España y Portugal. El gobierno de Carlos IV afrontó situaciones complicadas con el gobierno francés porque su apoyo de la monarquía de Luis XVI produjo la enemistad con los revolucionarios y el futuro emperador. En su primer viaje a Madrid, Bolívar fue testigo de la reintegración de Manuel Godoy al cargo de Primer Ministro y su rescate de la monarquía española al entregarle el mando de las escuadras españolas a Napoleón, previniendo así el alzamiento del pueblo.

Las estructuras de la monarquía borbónica se estremecieron al ser desplazadas por los ideales de una nueva y pujante potencia europea: la Francia resultante de la revolución. La ocupación por las fuerzas francesas y la declaración imperial de Napoleón desarticulan la monarquía absoluta de los Borbones españoles y esto contribuyó a la ruptura del principal nexo que articulaba la formidable extensión territorial que expandió ambos lados del Atlántico. Emergen las ideas políticas y sociales (en América y España) que hasta entonces habían sido encubiertas dentro del despotismo ilustrado que ejerció Carlos III y heredó Carlos IV. Estas contradicciones desataron un número de

³⁹ Aclaremos aquí que no se puede hablar de un punto en específico en la que empezaron los conflictos políticos españoles. Varias fuentes sugieren que las fechas pueden ser de 1765 – 1826.

problemáticas en España, las colonias, audiencias y capitanías generales a partir de 1808 las cuales tuvieron consecuencias irreversibles que ni la restauración del antiguo orden por Fernando VII pudo remediar. Como sugerimos en la primera parte de este capítulo, la inestabilidad política y económica de España causó ansiedad en las colonias porque los comerciantes americanos buscaban establecer intercambios mercantiles con otros centros económicos como Inglaterra. Los ingleses también aprovecharon los momentos de debilidad española para obtener el control de los puertos comerciales americanos.

El estudio sobre la historia constitucional de España de Diego Sevilla Andrés sugiere que la Revolución “independentista,” así le da por nombre, de España comienza en 1808 con el Motín de Aranjuez. Aquí, por primera vez el ser divino; el mandado de Dios – Carlos IV – abdica el trono por presiones del pueblo. Es decir, la corona se pone a la disposición de las exigencias de sus vasallos sin imponer la ley divina. Hacia 1810, cuando los primeros pasos decisivos para la independencia hispanoamericana ya se habían dado, empezaban las fases iniciales para la Constitución de 1812 que definiría, aunque no del todo en la práctica, el papel que jugaría el pueblo en el gobierno de las monarquías futuras de España. Entre septiembre y octubre de ese año se reunieron en las Cortes para redefinir el lugar del gobierno español, ahora bajo el control de José Bonaparte I, en América después de la demanda por los representantes criollos por mayor libertad de comercio en las colonias. Los americanos vieron reflejada en la crisis española su propia lucha por la independencia económica – siendo ésta la inquietud más inmediata – y logran una representación equitativa en las Cortes. Los conflictos, sin embargo, no cesaron porque no se concedió la independencia económica de las colonias,

quienes instauraran el libre comercio con Inglaterra mientras España estaba bajo el mando de los franceses.

Las Cortes de Cádiz ratificaron la Constitución de 1812 para limitar el poder de la monarquía de José I. A pesar de que las rebeliones burguesas fueron apaciguadas por Godoy tras la Revolución francesa, la Constitución en sí fue el resultado de las influencias revolucionarias. La muerte de Luis XVI afectó al pueblo español tanto como al resto de Europa. Napoleón incrementó la desconfianza que los demás países tenían en el gobierno francés, lo que condujo a la defensa de la monarquía española durante la invasión. España perdió las batallas contra las fuerzas francesas y para recuperar las provincias perdidas, Godoy se unió a Napoleón para declarar la guerra a Portugal y a Inglaterra. La resistencia española de este periodo produjo, posteriormente, textos como el cuento *Creed en Dios*, de Gustavo Bécquer, en el cual narra la historia de un comandante al frente de la armada patriótica para reconquistar Sevilla. El cuento, parte de las *Leyendas*, juega con dos episodios en dos momentos de la historia de España: la Reconquista (y el descubrimiento de América) y las invasiones napoleónicas. El protagonista representa al cristiano, conquistador de América y a la vez protector del territorio y los valores españoles. Los que propagan estos principios y Fernando VII está presentes en varios cuentos de las *Leyendas*, lo que muestra una glorificación de las características de los conquistadores por su función como progenitor de la cultura y religión española en nombre de Dios y el rey⁴⁰. Gustavo Bécquer vio en las “ruinas” de la España imperial espectros de grandeza y, desde una cortina de humo que disimula su

⁴⁰ Nuestro análisis y resumen de la historia es una bastante corta y sólo toca los momentos claves porque nos interesa llegar a la representación literaria de estos eventos, sobretodo a la interpretación del personaje de Bolívar en la misma. Para los interesados en mayor detalles sobre la historia, recomendamos consulten los textos de la bibliografía.

vejez y agotamiento, una gloria escondida de un pasado perdido. El exilio y la restauración de Fernando VII al trono aumentaron las inquietudes sobre los problemas del antiguo régimen en un momento de cambios económicos por todo el mundo.

Fernando VII se había convertido en “el Tirano” y no “el Ansiado” que esperaban los españoles mientras estaba exiliado. Cuando abolió la ley Sálica para favorecer la herencia del trono a su hija Isabel en vez de su hermano Carlos, provocó la separación política del país con las guerras carlistas las cuales inestabilizaron el reinado de Isabel II y los gobiernos posteriores. Los efectos de las situaciones políticas recayeron, como en todas partes y en todos los tiempos, sobre los ciudadanos quienes se vieron en la tarea de resolverlos desde la cotidianidad. Tras el sucesivo absolutismo de Fernando VII, se fomentaron finalmente en España las tendencias románticas cuyos máximos representantes habían empezado a escribir a finales del siglo XVIII en el resto de Europa. Mientras Carlos IV y los mismos Bonaparte intentaron prevenir la caída del imperio y mantener la custodia de las colonias americanas, para 1833 – cuando muere Fernando VII – las guerras americanas ya habían pasado a la historia. En América, el neoclasicismo que prevalecía en los textos revolucionarios y post-revolucionarios da paso a las obras que honraban la presencia de los gauchos, indígenas y negros. Durante esta transición, los escritores de la época, en ambos lados del océano, anhelaron un retorno al pasado glorioso de la España imperial – por un lado – y la victoria revolucionaria – por otro – para fortalecer el carácter del ciudadano contemporáneo. Para los modernistas hispanos era importante que ese ciudadano tuviera una conexión con un pasado glorioso de raíces hispanas – aunque los dos lados habían tenido sus diferencias sólo pocas

décadas antes – y dejara su dependencia de los valores extranjeros que ya empezaban su conquista de muchos centros urbanos.

A diferencia de las preocupaciones que muestran los novelistas realistas (entre 1870 y 1890 más o menos) sobre la vida cotidiana de la clase media-burguesa, los escritores hacia los últimos años del siglo se ven afectados por inquietudes más existenciales acerca de la vida y la razón⁴¹. Los jóvenes escritores que durante el fin de siglo cuestionaron el pasado glorioso de España fueron testigos de la toma de Bilbao por los carlistas, en el caso de Unamuno, y el fracaso de las reformas agrarias en Andalucía, en el caso de Ganivet. Todos vivieron la restauración borbónica tras la abdicación de Amadeo I y la caída de la Primera República, el cual acabó con los logros que se habían conseguido siguiendo los ideales marxistas y liberales.

Mientras tanto, las nuevas naciones americanas se encontraban vulnerables ante la influencia e imposición del poder y mercado norteamericano una vez fuera del control de España. Los conflictos internos (es decir, sin la interferencia estadounidense) empezaron casi inmediatamente después de declarada la independencia. A partir de la Doctrina de Monroe, la amenaza de un nuevo poder imperial en la región inquietaba a los líderes revolucionarios y sus sucesores. Desde los primeros años del movimiento independentista el gobierno norteamericano había intentando anular la presencia europea en el nuevo continente y continuó esta misión anexando territorios comprados y ganados a lo largo de la segunda mitad del siglo. Hacia las últimas dos décadas del siglo la

⁴¹ Jo Labanyi comenta en *Gender and Modernization in the Spanish Realist Novel* que la novela realista española es producto de un intencionado acercamiento a la realidad española en cuanto que permite una mirada más a fondo de las estructuras diarias de los personajes – que reflejan las diferentes capas de la sociedad que emergen tras la Revolución del 68 y que no desaparecen con la restauración monárquica. Aquí no comentaremos a fondo ninguna de las novelas realistas ni sus autores sino de paso para aclarar algunas suposiciones sobre los modernistas mismos. Para un estudio detallado del movimiento y sus obras más representativas véase el texto citado.

Doctrina empezó a tomar el carácter imperial que habían temido los mismos libertadores. Estas intervenciones fueron percibidas por las naciones hispanas, particularmente los intelectuales, como un impedimento al desarrollo de sus propios gobiernos siguiendo el legado de libertad dejado por los líderes de la revolución. Las causas de la revolución fueron ambiguas o, peor aún, ésta fue la mejor y única manera que vieron los criollos de conseguir una independencia económica de una España que bajo la ocupación francesa ya había cedido la isla de Trinidad a Inglaterra.

Hacia estas fechas, el proyecto pan-americano de Bolívar vuelve a tomar protagonismo en su continente. Algunos escritores expresaron la frustración al ver desaparecer una forma de vida a la cual estaban acostumbrados, con la incorporación del mercado capitalista. Esto dio inicio a una serie de obras literarias en las cuales se expresaba un anhelo por regresar a una época en la cual los héroes – tanto escritores como hombres de acción – todavía ocupaban un lugar privilegiado. Algunos lo han considerado una crisis de identidad nacional e individual y otros proponen que estos escritores sólo reaccionaron ante una problemática mundial de “modernización” que los condujo a examinar las condiciones socio-políticas de sus países ⁴².

La revuelta de los esclavos de Haití de 1769 produjo que los criollos americanos temieran situaciones semejantes por toda la región y fue tema de preocupación hasta bien entrado en el nuevo siglo. La República Dominicana consiguió su independencia en 1844 pero la aprensión de lo ocurrido en el país vecino llevó a que los primeros gobiernos

⁴² En *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Marshall Berman sugiere que la modernización, causada por la revolución industrial que obliga la migración en masa a las ciudades, produce una ausencia espiritual en las personas que se encuentran trabajando bajo circunstancias inhumanas. Este problema se infiltra en la literatura y en el arte plástico en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. De la misma manera, Gutierrez Girardot también opina que el proceso de modernización que empieza en Europa llega al mundo hispano repleto de inquietudes de identidad. Véase más detalles en el capítulo 1 de este estudio.

de la isla examinaran la posibilidad de retornar al poder español. Bolívar vio el conflicto haitiano como una lección de la cual los criollos debían aprender porque los esclavos libres podrían amenazar sus proyectos independentistas. El Libertador consideró la violencia de Haití un evento singular resultado de una experiencia social y consideraba superior el nivel educacional de los criollos hispanos por lo cual su propia revolución sería menos brutal. La propuesta inicial para emancipar a los esclavos en Venezuela tuvo un carácter universal cuando, en 1816, se declararon ciudadanos a todos los nacidos en el territorio a la vez que se reversó la guerra a muerte para otorgarle amistad a los españoles que contribuyeran al proceso de independencia. Este acto reconoce que el ejército revolucionario requería la participación de estos individuos para triunfar. Halperin Donghi dice lo siguiente sobre el tema de la esclavitud en este proceso:

Si bien los nuevos estados se muestran remisos a abolirla prefieren soluciones de compromiso que incluyen la prohibición de la trata y la libertad de los futuros hijos de esclavas . . . la guerra los obliga a manumisiones cada vez más amplias . . . Esas manumisiones tienen por objeto conseguir soldados: aparte su objetivo inmediato, buscan en algún caso muy explícitamente salvar *el equilibrio racial*, asegurando que también los negros dará su cuota de muertos a la lucha: es el argumento dado alguna vez por Bolívar a favor de la medida (*énfasis nuestro* 1972, 144).

Los intelectuales de los últimos años del siglo XIX contribuyeron a la creación de ese *equilibrio* cuando vieron que *su* América se convertía en el patio comercial del capitalismo y la industrialización norteamericana con los proyectos del Canal de Panamá y la United Fruit Company en Centro América ⁴³. No buscaban tanto la igualdad racial

⁴³ La construcción del Canal de Panamá comenzó como un proyecto francés en 1880 que pasó a manos de constructoras norteamericanas hacia finales del siglo. Siguiendo la iniciativa del gobierno norteamericano que fomentaba la decisión de las compañías nacionales de incorporarse al mercado sudamericano, el empresario Minor Kieth de Boston impulsó la unión entre su negocio con la Boston Fruit Company. Esta nueva entidad, la United Fruit Company, adquirió la gran mayoría de la tierra cultivable en Costa Rica,

como crear un argumento que defendiera la herencia indígena y esclava que separara e identificara a las naciones hispanas del norte. Las primeras décadas del siglo XIX fueron esenciales para el desarrollo económico de los Estados Unidos porque desde la presidencia de Thomas Jefferson hasta la de John Quincy Adams, el gobierno norteamericano tomó una serie de medidas fiscales para promover y garantizar la demanda de los productos hechos en el país⁴⁴. Es decir, mientras Inglaterra intentaba eliminar el poder imperial de España en las colonias y prevenir el ascenso absoluto de Napoleón; Estados Unidos daba los pasos necesarios para solidificar su posición dentro del sistema capitalista. Esto es notable porque las sociedades hispanas, después de salir de un sistema feudal que solo había sobrevivido bajo las condiciones del imperio, se enfrentaban a un capitalismo en la cumbre de su manifestación mundial.

La guerra Hispano-Americana se desarrollaba cuando los gobiernos dictatoriales centroamericanos otorgaban sus tierras a las compañías extranjeras para satisfacer sus extranjeros porque consideraban el territorio como fuente de grandes ganancias futuras. Con la independencia de Panamá, los Estados Unidos lograron convencer al nuevo gobierno que consintiera la construcción del canal, que dejó el gobierno francés por desinterés, cuyo acuerdo ponía en poder de los norteamericanos el funcionamiento del mismo. Esto, por supuesto, significaría el control monetario y fiscal del operativo del

Guatemala, Panamá, la costa colombiana entre otros países centroamericanos y caribeños. Desde 1899, la empresa norteamericana controló el comercio local e internacional de estos países al igual que sus vías de transporte. Para más información sobre el tema véase los textos de Stacy May y Thomas McCann.

⁴⁴ Lawrence Malone, en su libro *Opening the West: Federal Internal Improvements Before 1860*, sugiere que para competir en el mercado mundial, los Estados Unidos implementó varias tasas de impuestos en las importaciones de productos de algodón de Inglaterra. Esta fue una de las medidas que tomó el gobierno estadounidense para establecer y mantener superioridad mercantil en estos productos. Cuando termina la Guerra Civil en 1864, los productos norteamericanos ya tienen reconocimiento en el mundo y los bajos precios – sustentados por una campaña de subsidio gubernamental – los hacen muy atractivos. Para más información en la historia de la economía estadounidense en este respecto véase el texto de Malone.

canal por un gobierno extranjero sin consultar con el gobierno local. Encontramos en la obra de José Martí varias referencias al canal y las consecuencias para la cultura y política de Hispanoamérica. En 1881, escribe esto sobre el conflicto que significaría la operación del canal por los Estados Unidos en Panamá para los estados hispanos:

Había anunciado el marqués de Seoane una interpelación al gobierno, que diera de sí la definición de la política de España en la cuestión que surge del canal de Panamá. Como propiedad suya mira el canal el gobierno norteamericano. Francia, con poco acuerdo hizo saber no hace mucho tiempo al gobierno de los Estados Unidos que era el canal empresa de un ciudadano francés, mas no de Francia, que nada quería, ni nada se reservaba, de los probables beneficios de la magna empresa. Inglaterra, movida de justa previsión y no de celos, estima que debe garantizar la neutralidad del canal junto con los Estados Unidos, con lo que estorba que éstos se miren como absolutos dueños de la vía que, si por una parte lleva al oeste de la Unión norteamericana, por otra lleva a la India. Y el marqués de Seoane inquirió al marqués de Vega Armijo la actitud de España en la próxima contienda. “Vigilaremos” –dijo el Ministro sagastino– “por los intereses españoles que en el istmo estén o pudieran llegar a estar afectados: y será en esa batalla diplomática nuestra política amoldada a la de las naciones que tengan en el canal intereses semejantes a los nuestros.” ¡Dolorosa cuestión, preñada, ay, - y no para los españoles – de amenazas! (OC: XIV, 256)

Advierte que las decisiones sobre el futuro del canal fueron tomadas por gobiernos extranjeros dentro de los cuales no figuraba ni España porque sus representantes sólo veían desde lejos los sucesos. Esto, desde luego, resultaría en una desventaja para los gobiernos hispanoamericanos.

Nos acercamos ahora al asunto fundamental para los escritores finiseculares hispánicos. Por un lado, se destapa en España la venda imperial dando paso a la búsqueda de ideales regeneracionistas que reemplazaran los valores que habían

proporcionado una excusa para mantener firme una sociedad inestable. En las nuevas naciones americanas se enfrentaban al nuevo reto de gobernarse a sí mismos sin la “protección” de la metrópolis y con la amenaza constante de invasiones extranjeras y revueltas internas. Se introducen nuevos conflictos regionales en ambas sociedades que afrontan, además, la amenaza externa de un cambio en el sistema económico mundial. Los textos de la década de 1880 ya advertían este proceso de anulación cultural por la incorporación al mercado global y el trabajo especializado. Esta preocupación, según Ángel Rama, se convirtió en el pan de cada día para los escritores finiseculares quienes percibían el precipitado fin de sus condiciones de vida y trabajo como artistas.

Encontramos como texto inicial de este pensamiento el *Idearium* de Ganivet, el cual cuestiona los planteamientos anteriores sobre el desarrollo sociopolítico de España intentando descubrir los orígenes de los conflictos, internos y externos, que enfrentaba el país durante las últimas décadas del siglo. Las novelas de Ganivet, sobretodo *La conquista del reino de Maya*, parodia la supuesta grandeza de los conquistadores a la que Bécquer refería en sus *Leyendas*. Del mismo modo disputa la herencia imperial de España mientras revela la ineficacia de los españoles en la hazaña colonial. Su estudio señala dos cosas: 1) los españoles no son buenos conquistadores porque su cultura y ubicación geográfica no se lo permite y 2) es necesario distinguir entre los “verdaderos” héroes españoles (como Loyola y Cervantes que lucharon por los ideales hispanos) y los que conquistaron por codicia y poder. Igualmente, en América, el cubano José Martí escribe sus *Escenas Norteamericanas* desde Nueva York para un “nosotros,” el público hispanoamericano, describiendo el mundo materialista dentro del cual observa la

decadencia de las estructuras familiares y sociales a favor del dinero; que no quiere para “su” América⁴⁵.

A partir de esta problemática económica – que se divulga al campo social – los escritores de la época se preocupan por marcar las diferencias entre su territorio físico y el de los extranjeros. José Martínez Ruiz (Azorín), en *La voluntad* (1902), destaca la aridez de los pueblos de España y la cotidianidad entristecida que causa la urgencia de huir sus calles silenciosas y los murmullos de sus edificios en ruinas. Sin embargo, Azorín (nombre del protagonista) busca a lo largo de sus viajes por Madrid, y otros centros urbanos, los recuerdos y valores de su pueblo natal. Esta búsqueda lo lleva de vuelta a su pueblo persiguiendo el fantasma de su amada sólo para enterarse que había muerto antes de su regreso al pueblo. Igualmente, Unamuno y Pío Baroja examinan este problema en *Los pueblos de España* y *Camino de perfección*, donde el primero presenta un panorama del espíritu español arraigado a la tierra hispana y Baroja muestra la ambigüedad que rodea la incorporación de España al sistema económico mundial. El protagonista de esta última novela examina los modelos extranjeros que están disponibles para el progreso de una España que todavía se encuentra entre la necesidad de ese adelanto y los valores del pasado. Un pasado que desaparece poco a poco porque no existen esquemas sociales aceptables para unir los valores enraizados en la tradición y la caída del velo imperial. Justamente a partir de la pérdida de los últimos vestigios del imperio encontramos que los nuevos “héroes,” patrones a seguir según los mismos Ganivet, Unamuno y Martí, son aquellos que idealizaron un mundo inexistente; siendo ellos don Quijote y Simón Bolívar – considerados los sucesores de Jesucristo y San

⁴⁵ Analizamos estos textos en el capítulo 2 de aquí en adelante sólo haremos referencias a ellos con el propósito de compararlos con los textos primarios de este capítulo.

Ignacio de Loyola quienes también fallaron en su empresa de conseguir la unidad espiritual.

El “desastre” del 98 puede ser la razón más inmediata y visible de los conflictos internos de España y los países latinoamericanos, pero no es la única ni la más importante. La constante intervención de los Estados Unidos en las políticas de Cuba y Puerto Rico provocó que los sentimientos revolucionarios incrementaran por el temor de caer en manos de otra fuerza imperialista si España cedía sus territorios a causa de su propia inestabilidad política. Estas dos colonias mantenían una política todavía unida a las fuerzas españolas frente a la independencia de los otros pueblos. Martí escribe desde el exilio en los Estados Unidos a favor de una revolución cubana y en contra de una ocupación e influencia norteamericana. Ya que desde antes del 98 la situación en Hispanoamérica exigía el ejemplo de héroes que la generación finisecular buscaba, el desastre significó una mayor y real amenaza imperialista del norte al proponerse la anexión de los territorios españoles. Rodó y Silva consideraron que la espiritualidad de Bolívar mostraba la diferencia fundamental entre las cualidades que ellos buscaban y las que las políticas del norte podían ofrecer.

Por otro lado, España se enfrentaba a problemas que muy poco tenían que ver con las colonias restantes del imperio. Sevilla Andrés dice esto sobre la situación política del país hacia el fin del siglo:

El Gobierno se sentía débil por su misma composición. Vega de Armijo y Montero Ros eran antípodas; Moret y Gamazo mantenían doctrinas económicas imposibles de conciliar; los militares no toleraban fiscalizaciones en sus departamentos, y Maura había criticado la organización de la Marina de Guerra. Pese a que los canovistas no presentaron candidatura por Madrid para favorecer al Gobierno triunfaron los republicanos, con ganancia de más

de 10.000 votos sobre las elecciones de 1891. Igualmente alcanzaron la victoria en Barcelona, Valencia, Badajoz y otros distritos de importancia. Hubo en las Cortes flanqueando la Monarquía buen número de republicanos y posibilistas. Si el tema central absorbente sería el cubano, la sociedad española ofrecía otros igualmente graves (245).

Indudablemente, la regeneración anhelada por los escritores finiseculares era de índole interna porque la pérdida de las últimas colonias fue para la península una derrota espiritual. Es decir, los noventayochistas no lamentaban la caída del imperio sino el detrimento espiritual de la nacional tras el evento. Al igual que la generación del 68, Unamuno apoyaba la incorporación de pensamientos y modelos europeos en España para mejorar las condiciones sociales del país – el uso de las ideas krausistas en el sistema educativo, por ejemplo. La guerra del 98, sin embargo, cambió el panorama del pensamiento ibérico y el mismo Unamuno exaltó el “alma castellana” que provenía de una “tradición eterna” y conduciría a la regeneración interna que, según él, requería España.

Los conflictos que venían enfrentando los españoles a lo largo del siglo XIX escalaron a finales del siglo con la pérdida de los últimos vestigios del imperio. Las primeras rebeliones en Cuba produjeron en España incertidumbres y ansiedades sobre el futuro de la isla y del imperio mismo, porque ya había perdido la gran mayoría del mismo hacia 1840. Cuba ocupaba un lugar fundamental en la economía de la península y su pérdida causó un deterioro moral y una crisis económica en el país. Las obras son testimonios de que los españoles vieron la derrota como un fallo del gobierno y no del pueblo, es decir lo españoles y los americanos debían considerarse hermanos porque a fin de cuentas eran sus gobiernos los que les habían desilusionado. Unamuno escribió dos textos halagando al hombre que acabó con el imperio español, Bolívar, porque liberó las

colonias americanas de un poder tirano: el gobierno español. Hacemos, entonces, en esta próxima sección, un examen de las obras que ambos grupos de escritores, en su hazaña por encontrar la figura ideal para sus propósitos unificadores y regeneradores, dedicaron a Simón Bolívar.

“Nuestro” héroe: Bolívar

Las memorias del General Ducoudray-Holstein, John Miller, y Coronel Hippisley empezaron a publicarse en España durante las primeras décadas del siglo y estaban disponibles en varios idiomas a partir de la segunda mitad del XIX. Carlos Marx escribió una breve biografía del Libertador en su *Nueva enciclopedia americana* (1858) basándose en estos tres textos donde repite varias de las acusaciones (quizá falsas) que hizo Ducoudray-Holstein sobre Bolívar. La biografía de Marx ha sido criticada por los partidarios de Bolívar desde su publicación, la mayoría de ellos en el Nuevo Mundo, mientras que en España se leyó como fuente histórica de las antiguas colonias. El conjunto de las obras de O’Leary, Peru de Lacroix y del mismo Bolívar, señalan razones opuestas a los textos que usó Marx para su biografía. Esto ha causado que el breve relato del alemán recibiera las mismas críticas que sus antecedentes. Aunque los modernistas nunca hicieran referencias al texto de Marx no descartamos que lo hayan leído y considerado la visión de un extranjero basada en las descripciones de los enemigos envidiosos del Libertador por lo cual lo hacía no fidedigno en los hechos. El héroe que presentan los finiseculares contiene los elogios de sus biógrafos más completos.

Carlyle consideró que la historia humana era el acoplamiento de la leyenda de cada uno de los personajes más influyentes en las diferentes etapas del mundo. Calificó a los “héroes” como seres poseedores de cualidades básicas para inspirar la superación personal de sus seguidores. Los cambios económicos y sociales hacia los últimos años del siglo XIX produjeron en España y las nuevas naciones hispanoamericanas la necesidad de establecer una historia enraizada en figuras propiamente “hispanas”⁴⁶.

⁴⁶ Esta palabra es importante porque Unamuno necesitaba encontrar la raíz hispana de Bolívar porque de otra manera no podía justificar su representación del espíritu y pensamiento español. Sin embargo, y como

Simón Bolívar se convirtió en la figura principal para la generación de modernistas que interpretó – y mitificó – su vida para inducir en sus compatriotas los ideales de libertad y regeneración interna. Miguel de Unamuno, José Enrique Rodó, José Martí y José Asunción Silva presentan facetas diferentes – aunque esencialmente semejantes – del Libertador. El proyecto de Bolívar está presente en estas obras, incluyendo su propuesta para preservar la identidad hispana y la regeneración interna que conducirían a una incorporación al mercado mundial sin perder su espiritualidad “eterna.”

Tanto Ricardo Gullón como Gutiérrez Girardot concuerdan que el movimiento literario que empieza en el mundo hispano a partir de 1860 tiene rasgos estéticos y temáticos similares. Los escritores españoles, principalmente Unamuno⁴⁷, juntaron en Bolívar las cualidades necesarias y representativas de su visión personal del “hispano” que lucha por el derecho a su individualidad e ideales. Igualmente, los escritores latinoamericanos hallaron en el proyecto del Libertador las características necesarias para concluir la revolución que empezó. En el discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria hispanoamericana en Nueva York en 1893, Martí habló de un Bolívar que

Está . . . en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía (1977 190-91).

sugieren varios críticos de su obra, ningún hispanoamericano hubiera considerado a Bolívar hispano. Véase el artículo de Elsa Cajiao Cuélla, “La construcción de la figura de Bolívar en el discurso historiográfico.”

⁴⁷ Ramón de Valle-Inclán también escribiría de la herencia española en Hispanoamérica como fuente de la corrupción y el deterioro socio-político que abarca las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX. Aquí no tratamos los textos de Valle-Inclán a fondo porque no refieren a Bolívar directamente, aunque referiremos a sus textos cuando traten de tiranías y representaciones heroicas. Su novela, *Tirano Banderas*, es el más ejemplar de estos trabajos.

Esa labor que dejó sin terminar al morir debe de seguirla la generación de Martí porque “los que nos reunimos hoy aquí somos los hijos de su espada” (188) y tenían la responsabilidad de luchar hasta acabada la misión – cuando se creara una unión hispanoamericana.

Aquellos que como Martí lo consideraron “el príncipe de la libertad” también elogiaron su memoria hasta conmoverse cuando se asomaban “a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, [porque] es como sentirse orlando de oro el pensamiento” (187). El recuerdo de los momentos que supuestamente vivió Bolívar aumentó su influencia sobre sus seguidores al final de siglo porque encontraron en él reunidas todas las características de los héroes clásicos. Lo describe mejor Rodó con estas palabras en su ensayo sobre el Libertador:

Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza. Muchas vidas humanas hay que componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de grandeza y de fuerza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica (529).

El héroe de Carlyle es aquel que ante las dificultades sociales y políticas se convierte en un líder para los demás. Rodó aclama esa misma determinación de lanzarse a la revolución porque “si las fatalidades de la historia hubieran puesto fuera de su época la hora de la emancipación, habría llevado la vida de gran señor” (530). En el imaginario finisecular, al igual que a lo largo del siglo XIX, el héroe difiere de los otros mortales: son seres divinos y logran lo que los demás sueñan y planean. Para el héroe de Martí

“Vencer . . . es el sello de la divinidad . . . Vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la Naturaleza” (1977 189).

Los escritores latinoamericanos que aquí nos interesan vivieron en dos épocas claves de la historia del continente cuyas inquietudes intelectuales coinciden con las de los eruditos españoles de la época. Sugiere Pedro Henríquez Ureña que a partir de 1850 se “comenzó un período de organización” en los países independientes donde “las innovaciones sociales eran para entonces permanentes” (141). José Martí escribe desde el exilio y la incógnita dirigiéndose a un público que él suponía sus compatriotas y dispuestos a luchar por la independencia de Cuba. El pan-americanismo que había propuesto Bolívar, y que nunca se realizó, sirvió de base para el proyecto de Martí. Bolívar era la inspiración para todos aquellos que soñaban con la libertad de su patria

porque, para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria; ¡y de esta alma india y mestiza y blanca, hecha una llama sola, se envolvió en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló o enfrenó émulos, pasó al páramo y revolvió montes, fue regando de Repúblicas las artesas de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían a espada de España! (1977 192).

El modernista cubano encontró en los discursos de Bolívar ejemplos de la actitud que cada americano debía tomar ante la amenaza de los que querían “quitarle a otro pueblo sus tierras” – refiriéndose a la intención de los Estados Unidos de anexionar la isla de Cuba a su territorio.

José Martí, que fue contemporáneo de Carlyle e inspiración para los escritores hispánicos de finales del siglo XIX, calificó al Libertador, como hicieron Unamuno y

Rodó, como un héroe espiritual. Mientras que Martí fue el último de este grupo de intelectuales en participar en un conflicto político, su visión de los libertadores no carecía de alabanzas. En su prólogo a la obra de Ricardo Gullón, el poeta español Juan Ramón Jiménez nos recuerda que

Miguel de Unamuno y Rubén Darío habían hecho mucho por Martí (su Martí, ya que el Martí contrario a una mala España inconsciente era el hermano de los españoles contrarios a esa España contraria a Martí). Darío le debía mucho, Unamuno bastante; y España y la América española le debieron, en gran parte, la entrada poética de los Estados Unidos (1969 9).

Para Martí, Bolívar representaba la mayor sabiduría y valentía de un hombre nacido en el Nuevo Mundo. En su ensayo, *Tres héroes*, el cubano presenta a los tres libertadores de América (Bolívar, San Martín e Hidalgo) como ejemplos de revolucionarios consagrados a sus ideales. Asimismo, sus composiciones tienen resonancias románticas y revelan una actitud casi propagandista para su propuesta política de atraer simpatía y apoyo para su campaña independentista. En la siguiente cita del *Discurso* pronunciado ante la Sociedad Literaria Hispanoamericana en 1893, exalta el espíritu revolucionario de los libertadores, considerándolos una bendición quienes seguían un mandamiento del mismo Dios:

jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él, en aquellas batallas: ¡parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de toda la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras armas o huían despavoridos por el cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! (190).

Las características napoleónicas de Bolívar, según Martí en el mismo discurso de 1893, son las más destacables del caraqueño – aquellas que Madariaga suponía

negativas – porque le ayudaron a lograr sus metas para el bienestar del continente. Martí no lo acusa de codicioso, más bien asegura que la gloria deseada por el Libertador era para su pueblo y que

acaso en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros rublos americanos, padecía, más que se cuidaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad (194).

El poeta cubano parece sugerir que si hubo en algún momento aspiraciones de grandeza personal era para el bienestar y honor de su patria. Estas palabras justifican las acciones de Bolívar que pudieran haber causado algunos de los problemas que surgieron tras la guerra de independencia,

acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus Repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redajo, . . . conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva sin más ley que la libertad verdadera, a las Repúblicas; erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo... la deshonra de ser tenidos por usurpadores (195).

Es decir, los fallos políticos en las nuevas naciones son producto de la ambición de los hombre que lucharon con él y los que quedaron en el poder después de su muerte. Estos “usurpadores” causaron la inestabilidad política atribuidos a la herencia bolivariana. Tanto en el *Discurso* como en *Tres héroes*, Martí presenta al héroe de la misma manera que Carlyle: el significado para la historia y su espíritu singular lo separan de los demás porque supo ser uno de “los libertadores que van a rematar la redención de un mundo” (1893 189). La lucha de Bolívar no estaba terminada mientras existían todavía pueblos

americanos colonizados y Martí exigió que “los hijos de su espada” concluyan su trabajo para que Bolívar pueda ir

¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! (192).

Asimismo, Rodó justificó las acciones políticas del Libertador en las nuevas naciones porque

Un Bolívar que después de la entrevista de Guayaquil, abandonara el campo a su émulo, o que una vez consumada su obra militar, renunciara a influir decisivamente en los nuevos destinos de América, sería un contrasentido psicológico, un enigma irresoluble de la naturaleza humana. En cambio, estos desenlaces de renunciamiento son cosa espontánea y congruente en los héroes de la especial moral de San Martín (540).

Rodó consideró cobardes a los guerreros quienes dejaban el campo de batalla una vez terminada la guerra para seguir sus caminos despreocupados por los futuros habitantes de esas tierras. Sus ambiciones de gobernante hicieron de Bolívar más humano y heroico porque “hay una manera de heroísmo en que la ambición es natural atributo” (539), por lo cual Bolívar no dejó, ni podía dejar, que las nuevas naciones quedaran desamparadas tras la independencia. Bolívar no buscaba tan sólo el

merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispanoamericanos y la inquebrantable fe con que aspiró a dejar consagrada su unidad ideal por una real unidad política (537).

José Enrique Rodó escribió su ensayo cuando las últimas colonias españolas seguían luchando contra el peligro de una anexión norteamericana, lo cual significaría una vuelta al imperialismo extranjero para esos territorios. En su ensayo, el uruguayo

traza una diferencia importante entre la educación de los dos héroes de la emancipación americana, San Martín y Bolívar exaltando la importancia de la crianza, no tan solo el nacimiento, en tierra americana. Según Rodó, el guerrero militar, como San Martín, no entiende al soldado porque sólo estudia y aplica las estrategias militares en su hazaña para vencer e ignora que el soldado es un hombre que tiene planes para el futuro fuera de la guerra. El guerrero militar no puede ser un héroe porque un héroe debe reconocer, como sugirió Carlyle, la influencia de sus acciones en los demás. Rodó nos recuerda que Bolívar había mostrado en las campaña de 1817

los recursos del instinto dueños del terreno y de los de la aptitud guerrera superior y educada. En los extensos llanos del Apure, el Libertador *convive y conmilita* con aquella soldadesca primitiva y genial, que luego ha de darle soldados que le sigan en la travesía de los Andes y formen la vanguardia con que vencerá en Carabobo (535).

San Martín, sin embargo, nunca tuvo

Ese contacto íntimo con lo original americano... El capitán del Sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto a edad ya madura, *sin otra relación con el ambiente*, durante tan dilatado tiempo,... bastante para mantener y acrisolar la constancia del amor, pero incapaz, para aquel adobo sutil con que se infunde en la mas honda naturaleza del hombre el aire de la patria, realizo su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular... En el Sur, la Revolución tiene una órbita para el militar, otro para el caudillo. El militar es San Martín... El caudillo es Artigas, Güemes, o López. Uno es el que levanta multitudes... y otro el que mueve ejércitos de línea y se pone con ellos al servicio de una autoridad civil. En Bolívar ambas naturalezas se entrelazan, ambos ministerios se confunden” (536).

El rioplatense no solo carece del amor por su patria, sino que tampoco puede despertar en sus compatriotas el deseo de unirse al proyecto de emancipación. El ensayista uruguayo

lo acusa de desinteresado en las sociedades que nacerían con la independencia, las cuales él dejaría desamparadas como un extranjero acabado su trabajo. La actitud de San Martín, por ende, no es diferente a la de los Estados Unidos que propone la integración de naciones con ciertos valores legados de la tradición greco-latina a una estructura económica y política creada para una sociedad con otros valores. Rodó sugiere que la educación recibida en Europa ha sustituido la espiritualidad latina de San Martín, lo cual ha disminuido su conexión con la tierra americana. Por lo contrario, Bolívar, quien poseía este vínculo, tuvo deseos de llevar a cabo un proyecto completo, no únicamente estratégico. El verdadero héroe considera la tarea más importante la que viene después de pelear en el campo de batalla, cuando empieza la faena de crear y fortalecer organismos gubernamentales.

Rodó concluye que los conocimientos europeos de Bolívar sirvieron sólo para triunfar en el campo de batalla porque fueron sus raíces americanas las que le dieron su determinación de vencer. Las acciones de San Martín estaban guiadas por su educación mientras que Bolívar se inspiró en sus valores americanos empleando los ideales europeos sólo como tácticas guerreras. La propuesta educativa de *Ariel*, analizada en el capítulo uno, muestra la preocupación de Rodó por la creciente suplencia de los valores materialistas sobre los que él llamó greco-latinos, propios de las sociedades hispanoamericanas. Él los consideraba “propios” porque la caída de España ante las fuerzas norteamericanas reversó el pensamiento hispanoamericano de principios del siglo XIX (el que consideraba España el enemigo). Los intelectuales hispanoamericanos ahora hallaban en la herencia hispana el ancla para su programa espiritual en oposición al que,

según ellos, enfatizaba el materialismo y la especialización para maximizar la producción de bienes. A pesar de que, como sugiere Rodó,

Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la «personalidad». . . en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos -los americanos latinos- una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro (240).

Al fijar el progreso de las antiguas colonias españolas en una historia común y sagrada, fortifica su posición ante los modelos invasores del extranjero. Aunque sea irónico el uso, casi exclusivo, de ideas francesas y clásicas en un texto con el propósito de avanzar las cualidades propiamente regionales del territorio hispanoamericano, la conexión que tienen las culturas latinas consolida su línea de pensamiento.

En la Península Ibérica, Miguel de Unamuno escribió varios artículos comparando las cualidades de Bolívar con las de don Quijote de la Mancha. En el artículo “Don Quijote Bolívar,” publicado en *La Nación* de Buenos Aires y prólogo de su obra posterior *Simón Bolívar*, Unamuno, al igual que sus contemporáneos americanos, justificó la polémica codicia de Bolívar como parte de su heroísmo. Los primeros biógrafos e historiadores de Bolívar lo habían criticado de querer fama y poder por encima de la emancipación, siendo éste último el mejor camino para lograr sus verdaderos sueños. Peru de Lacroix fue uno de esos historiadores e incluyó en su estudio sobre el Libertador el comentario que hizo éste acerca de Napoleón para mostrar su falso compromiso con el movimiento independentista. Unamuno hace el siguiente comentario sobre la descripción de de Lacroix intentando defender a Bolívar:

Hablando del primer recuerdo [de Napoleón] decía: ‘Yo ponía toda mi atención en Napoleón, y sólo a él veía entre

toda aquella multitud de hombres... mi curiosidad no podía saciarse y aseguro que entonces estaba muy lejos de prever que un día sería yo también el objeto de la atención, o si se quiere, de la curiosidad de casi todo un continente...’ ¿Lo oís? ¡El eco de todos los heroísmos y hasta de las santidades! ‘¡Un día seré adorado por el mundo!’ exclamó el Pobrecito de Asís. *Y sin ese resorte humano, muy humano, y por lo tanto divino, no hay heroísmo (énfasis nuestro, v).*

Según Unamuno, al igual que la de Alonso el Bueno, la “humanidad” de Bolívar lo hace un héroe. Sus acciones, como sugirió Rodó, son el producto de las estrategias militares respaldados por unos valores sociales heredados de su contacto con su tierra y cultura. En el ensayo “Bolívar,” halla en el personaje más importante de la corta historia americana un ejemplo de la superioridad espiritual latina. Similarmente, Unamuno contrasta la manera en la cual Bolívar y Washington llevaron a cabo sus revoluciones al aclarar que

los servicios de un Don Quijote no pueden ser pagados con dinero. Pero para renunciar a millones, en pleno siglo XIX, se necesita ser un Don Quijote de buena ley, *genuino*. Washington, que no lo era, aceptaba por eso las modestas dádivas de su país” (*énfasis nuestro, xii*).

Al separar el gobierno español del pueblo, Unamuno puede declarar que Bolívar fue “puro descendiente de españoles, de origen vascos” (ix) y su sangre es “sin duda muy superior a los que llevaran sangre de Manco-Capac, a cuyos hijos se manchó las cadenas de Pizarro, aquel Pizarro, mucho más hermano de Bolívar que el inca” (x). El espíritu independentista del caraqueño refleja, en la opinión de Unamuno, la revolución de los españoles contra su gobierno. Asegura que la guerra de Bolívar no era contra el pueblo español sino su gobierno – representado por Fernando VII – y encontró en estas palabras de Bolívar prueba de eso: “Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda

patria, pero erguida, no abrumada de cadenas” (x). El rector de Salamanca acertó que la negación de su españolidad por Bolívar era una retórica quijotesca porque reconoció, como el caballero manchego, que tenía que cambiar los valores políticos de su época – aunque eso significara luchar contra su propia herencia⁴⁸. Para Unamuno, el Libertador “era un hombre, todo un hombre, un hombre entero y verdadero . . . Tenía un alma y su alma era de todos y su alma creó patrias y enriqueció el Alma Española, el alma eterna de la España inmortal” (xi).

Los textos anteriores a 1880 muestran que Bolívar siempre formó parte de los mitos legendarios, aún antes de su muerte, y sigue viviendo en los discursos revolucionarios del siglo XXI – siendo Hugo Chávez el mejor ejemplo de los que usan el nombre del Libertador para construir sus propios valores ideológicos. Lo notable es que los escritores finiseculares del XIX destacaron ciertos atributos culturales de Bolívar que la generación anterior no consideró tan importantes. En España, los atributos heroicos cambiaron tras la restauración borbónica cuando se empieza a cuestionar la grandeza del imperio de los Reyes Católicos y a evaluar el valor de los que conquistaron en nombre de su bandera y dogma las tierras desconocidas del ultramar. La obra de Ganivet ejemplifica este cambio al parodiar las hazañas de Cortés en *La conquista del reino de maya*.

La generación de escritores españoles de las últimas décadas del siglo XIX, consideró que Bolívar no liberó a la América española del pueblo español sino del reinado de Fernando VII. Alberto Filippi recopila en un tomo para los estudiosos de

⁴⁸ Unamuno sugiere en *Vida de don Quijote y Sancho* que don Quijote murió para dar a los españoles la vida eterna que no conocían. Este tema lo estudiamos más a fondo en el próximo capítulo. Aquí nos parece importante destacar las razones por las que el españolismo de Bolívar deben considerarse positivas aún en una España que sufría la humillación y pérdida de su imperio.

Simón Bolívar todas las publicaciones y escritos sobre el Libertador en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, sobretodo durante el centenario de su nacimiento (1883).

Sugiere Alberto Gil Novales en la introducción de la sección española lo siguiente:

La literatura exaltadora de Bolívar, que en general en España coincide con los períodos revolucionarios, llega a su máximo en la *Historia crítica de la revolución española*, 1874, manuscrito de Joaquín Costa, nunca publicado, acaso porque cuando podía hacerlo ya había comenzado la Restauración (65).

El texto de Costa admite a Bolívar al rango de los héroes representantes dentro de la historia española al anotar lo siguiente:

y se regocijarán desde la otra vida las almas de Riego y de Bolívar, estas dos grandes figuras de nuestra historia; que al fin la obra que emprendieron debe dar sus frutos, y no permanecer para siempre baldía y estéril (208).

Como sugiere Novales:

Con estas palabras de Joaquín Costa ya no sólo tenemos el reconocimiento español de la categoría de Bolívar, de su gran figura histórica, sino que damos un paso más: Bolívar es tan español como Riego, pertenece a la misma tradición de nuestro pueblo, y por ello lo reivindicamos como propio (65).

Costa, al igual que Unamuno, declara que el “pueblo español no se confunde nunca con sus tiranos, ni con los acólitos de sus tiranos: por ello Bolívar no se levantó contra España, sino desde España contra la tiranía” (65). La opinión sobre Bolívar durante el centenario de su nacimiento se mostró contradictoria porque algunos periódicos lo celebraron mientras que otros lo acusaron de traidor. Novales muestra que *El Imparcial* de Madrid, por ejemplo, acredita la armonía entre España y sus antiguas colonias al Libertador citando esta nota del 27 de julio de 1883: “Telegrafían en Nueva York con fecha 28

diciendo que se ha celebrado el centenario de Bolívar y que los hispanoamericanos han vitoreado a España” (66).

De acuerdo a la opinión de los finiseculares, la guerra de las colonias americanas no era contra el pueblo español sino su gobierno. Esta diferencia causó la evaluación del Libertador como el Quijote latinoamericano que poseía cualidades dignas de la “raza hispánica.” El rector de Salamanca profundiza en las semejanzas entre Bolívar y don Quijote para hacer del latinoamericano un ejemplo contemporáneo de quien sigue los impulsos alocados del caballero manchego porque éstos hacían falta para alcanzar la regeneración espiritual. Es evidente que hay algo de quijotesco en un Bolívar obsesionado en crear una América unida en la cual coincidieran los ideales que había aprendido de los libros – a pesar de que fuera fruto consciente de una educación plenamente europea. Al rescatar los instantes más quijotescos del Libertador, Unamuno logra organizarlos como una serie de impulsos repentinos que aparecen a lo largo de su vida. Aquella conversación que Bolívar tuvo con Peru de Lacroix sobre Teresa Rodríguez es uno de esos instantes. Otro ejemplo sobresaliente para Unamuno fue el pequeño discurso que dio tras el terremoto de 1812, que describe así en su ensayo:

A raíz del terremoto de Caracas en 26 de marzo de 1812, cuando atribuyéndolo un fraile a azote de Dios irritado por haberse desconocido a Fernando VII, el ungido del Señor, el futuro Libertador . . . desenvainando la espada . . . gritó ‘¡Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!’ (1944 497).

Este episodio, que otros han visto como producto de la arrogancia del caraqueño, lo emplea el rector de Salamanca para vincular la locura heroica del Libertador con la de don Quijote en el episodio de los molinos de viento.

El acoplo de Fernando VII con el poder de Dios separa al gobierno divino del pueblo español y esto le proporciona a Unamuno una lectura interesante de las palabras de Bolívar. La diferencia que establece entre gobierno y pueblo es importante para su proyecto de regeneración interna porque buscaba el cambio en cada individuo y no en el gobierno. Asimismo, comenta en su ensayo que

nosotros, los españoles, deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frente a las tropas de las tropas de los torpes Gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza las glorias de las independencias americanas (1983 168).

Donald Shaw apunta que el pueblo español perdió su fe en el gobierno desde los conflictos de 1868 y ese sentimiento escaló con la pérdida de las últimas colonias ya que el gobierno aseguraba que iban ganando. La derrota causó el deterioro absoluto de la moral en España. Igualmente, Unamuno experimentó una crisis religiosa durante sus años estudiantiles en Madrid lo cual despertó en él una regeneración espiritual. El fundamento de su pensamiento parece ser producto de las dos circunstancias, por un lado el antagonismo contra el gobierno y por otro el orgullo de las tradiciones españolas. El espíritu verdaderamente español está presente en don Quijote quien se convierte en la figura más importante para el proceso de regeneración interna – tanto individual como nacional – que abogaba el crítico vasco. Cuando compara a Bolívar con el héroe castellano humaniza a don Quijote y españoliza al caraqueño exponiendo su filosofía con las acciones de dos héroes con cualidades “similares”⁴⁹.

En su ensayo “Bolívar,” José E. Rodó también enfatiza que la “americanidad” del Libertador era su mayor atributo. En su más importante contribución literaria, *Ariel*,

⁴⁹ Está claro que los dos, además de pertenecer a dos mundos diferentes, son esencialmente distintos. Como apuntamos en otro capítulo, la humanidad de don Quijote permite la lectura de Unamuno, sin embargo no deja de ser una simple lectura académica.

Rodó le pedía a sus compatriotas que retuvieran sus raíces greco-romanas ante la creciente presencia de la cultura anglo que amenazaba con imponerse en los países de su América. Rodó pasó gran parte de su vida esperando una oportunidad de viajar – y murió en Italia durante su primera visita al viejo continente – aunque en su pensamiento siempre mantuvo una nostalgia del pasado glorioso europeo que, según él, era la herencia de las naciones hispanoamericanas. El Libertador es su ejemplo del hombre americano que se nutre de su patria para sobresalir en la lucha contra la opresión de otros sistemas políticos y sociales. El uruguayo comenta que en Bolívar, el

contacto íntimo con lo *original americano* no se dio nunca en San Martín. [Porque] el capitán del sur, apartado de América en sus primeros años y vuelto a edad ya madura, sin otra relación con el ambiente, durante tan dilatado tiempo . . . realizó su obra de organizador y de estratégico sin necesidad de sumergirse en las fuentes vivas del sentimiento popular...en Bolívar ambas naturaleza se entrelazan, ambos ministerios se confunden (*énfasis nuestro*, 553).

El “carácter singular” y “enérgico sello personal” de Bolívar se debe a su “vinculación estrecha e indisoluble de su acción con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve” (553). En otras palabras, la magnitud de su labor y logro se deben a su conexión con los valores propiamente americanos – lazo que no tenía San Martín porque desde muy corta edad había dejado su país natal.

Mientras que la pérdida de las últimas colonias fue, para España, una tragedia humillante – porque se consideraba en principio una fuerza naval muy superior a la norteamericana – los países latinoamericanos se encontraron frente a la amenaza de un panamericanismo peligroso dentro del cual se veía la extinción de la cultura iberoamericana. La conservación de su cultura era, para Rodó, fundamental para

conservar la unidad latinoamericana ya que una vez rotos los vínculos culturales seguiría la disolución de otros valores sociales. Bolívar representó al héroe de origen americano capaz de proteger sus intereses sin el uso de conocimientos extranjeros. Notamos que Rodó solo comenta brevemente sobre la educación europea del Libertador y evita hablar de esas acciones conscientes de Bolívar a lo largo de la campaña independentista que hemos comentado anteriormente.

Rodó le atribuye a Bolívar una “soberbia personificación de original energía” porque considera que el Libertador representa las “diez generaciones sujetas al yugo colonial” (550). Esa arrogancia, no obstante, no es consciente e “ignorante de su oculta riqueza, en un sentido extraño a aquel que ha de transfigurarla por la gloria” transcurrió su vida (550). Al igual que Carlyle, el modernista uruguayo mantiene que los héroes son productos de la sociedad que los reclama y tienen cualidades de las que carecen los demás haciéndolos la base de la historia humana. Según Carlyle, todos los hombres no son iguales, por lo tanto un héroe está destinado a ser superior a los demás y su individualidad lo separa de otros. Sus escritos, sobre todo *Ariel*, muestran lo importante que era para Rodó la individualidad y un sistema educativo que realizara las cualidades de cada persona porque él tampoco creía en la igualdad de los hombres. El uruguayo, al igual que el inglés, consideró que cada hombre tiene responsabilidades y debe actuar según los atributos divinos que se le ha concedido.

Por otro lado, Shaw deduce que los intelectuales ibéricos estaban desilusionados con el gobierno español, lo cual no advirtió al español de la real amenaza norteamericana antes y durante la guerra, y produjo un deterioro moral en la población. Esta quiebra espiritual provocó una reacción contra las influencias capitalistas norteamericanas que

contradecían el carácter idealista de los “hispanos,” tanto de don Quijote como de Bolívar. Unamuno se propone a establecer una conexión entre los criollos y españoles al presentar la herencia vasca de Bolívar porque todos fueron víctimas de las políticas gubernamentales españolas, los cuales no contaban con el apoyo del pueblo. En su ensayo insiste que la guerra de Bolívar era contra el gobierno porque el yugo de la esclavitud que enfrentaban los americanos también lo experimentaron los españoles. Al sacar a Bolívar de su contexto histórico, Unamuno mitifica la historia del Libertador pasando

por alto las razones que empujaron al Libertador a más de dos décadas de lucha. En pos de un sueño, quizá, pero un sueño logrado. Al menos en lo que se refiere a acabar con el yugo español. Olvida también que, a diferencia de Don Quijote, su sueño era compartido por miles y miles de compatriotas y de otros tantos europeos, mitad soñadores, mitad aventureros, que cruzaron el Atlántico para luchar por ese algo abstracto y evanescente que es la libertad (Cajiao Cuélla).

Es evidente que dentro del repertorio de la obra finisecular, Bolívar personifica el modelo heroico con raíces en la cultura hispana/americana que buscaban los intelectuales de la época. La ironía reside en las afirmaciones por los españoles que Bolívar representa valores “hispanos” porque, como apunta en su artículo Cajiao Cuélla, los americanos nunca hubieran considerado a Bolívar un héroe “hispano.” A pesar de eso, los textos aquí expuestos sobre el Libertador muestran una intención por levantar una moral quebrada por las amenazas del imperialismo capitalista norteamericana que amenazaban con destruir el espiritualismo que dejaron los héroes revolucionarios. Mientras que Martí consideraba el valor de Bolívar la inspiración que necesitaban los jóvenes cubanos para armarse junto a la causa revolucionaria, Rodó quiso que los jóvenes lucharan

filosóficamente contra el imperialismo cultural y económico del norte. Martí declara que los logros militares de Bolívar son “suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos” (1893 188). La divinidad de su heroísmo proporciona la base para su campaña revolucionaria. Tanto en *Tres héroes* como en el *Discurso*, Martí presenta a los libertadores de América en su máxima gloria quienes ofrecen los ejemplos necesarios para sustentar su empresa política. Estos escritores convierten la historia en leyenda y la misma leyenda en mito cuando intenta por rescatar un pasado capaz de llevar a sus contemporáneos a la acción. Martí proclama finalmente que sin las falsas culpas que son ajenas, el Libertador va

¡Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la Humanidad! (1893 196).

Al igual que aquella dedicatoria “a los jóvenes de América” de Rodó; la declaración de Joaquín de Costa que la revolución española empezó con la revolución de Bolívar; y los numerosos artículos de Unamuno sobre la hispanidad del Libertador dedicaron sus obras a la superación de una cultura y unas tradiciones en peligro de extinción.

Capítulo Cuatro

“Los tres grandes majaderos de la historia somos Jesucristo, don Quijote y yo”

La protesta de Cervantes fue más comprensiva, y se planteó...la historia de las Letras, con la historia de su propio país y con la historia de la humanidad...Trascienden de todo el “Quijote” una afirmación y un gusto artístico perspicaces y delicados, un concepto cabal del Arte en su soberana libertad moral espontánea y fecunda
Esteban Borrero y Echeverría

Hay, pues, un profundo error en considerar el quijotismo como sinónimo de empresa frustrada. Don Quijote no fracasó. Al contrario, salióse con la suya de vivir como quería y de morir en su cama cuando se hartó de hacerlo tal cual.
Leopoldo Lugones

Todo el que tenga auténtica seriedad no pretenderá convertirse en un Quijote, dado que tiene mejores cosas que hacer que batallar con presuntas realidades
Friedrich Nietzsche

Cervantes y el mundo

Presunta o no, la realidad que se manifiesta en la novela mejor conocida de Miguel de Cervantes ha despertado una que otra inquietud en el imaginario de los que quisieron ver en las acciones de su protagonista un patrón heroico. Esto llevó a la generación de escritores hispánicos del siglo XIX a cuestionar la parodia de Cervantes y sugerir que más bien ilustraba las trágicas circunstancias que afectaban a España durante los años entre los siglos XVI y XVII. La lectura realizada a finales del siglo XIX, sin

embargo, sigue una larga trayectoria iniciada el siglo anterior en Alemania e Inglaterra.

Anthony Close apunta que la idealización del pensamiento cervantino surge

In an age where enthusiasm and sensibility were both cultivated and ridiculed, *Don Quixote* lent itself to being interpreted as the definitive, universal caricature of these attitudes . . . a satiric fabric about their power to seduce mankind, in politics or religion or manners, from the path of reason (12).

Aun así, la interpretación de los escritores decimonónicos consistió en darle cara y nombre a unos valores que ellos consideraban fundamentales del carácter hispano-latino. Al examinar de cerca estos textos descubrimos que la “vida” de don Quijote sirvió como instrumento para transmitir esos valores sociales. Debemos aclarar que la vida del caballero, aunque ficticia, se convirtió en la clave del pensamiento de los escritores que presentamos. Por eso consideramos importante tratarla de la manera en que ellos la vieron, como la vida de un personaje real cuya historia Cervantes quiso documentar. El protagonista de la novela cervantina inspiró la crítica, la burla, entre otras emociones, desde el momento de su impresión. Acierta Julio Ramos cuando sugiere que una obra clásica, como la de Cervantes, es

un acontecimiento discursivo que en la historia de sus lecturas – borradas las condiciones específicas de su producción – asume un enorme poder referencial; un texto que, institucionalizado, pierde su carácter de acontecimiento discursivo y es leído en función de la presencia inmediata del mundo representando (288 – 89).

Durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX los escritores hispánicos de ambos lados del Atlántico adaptaron el personaje de don Quijote a sus condiciones y valores sociales para que ejemplificara, en palabras del Quijote de Febres Cordero, los nuevos “principios e ideas ahora dominantes, que difieren tanto de los que... recuerdas”

(64). La lectura y el efecto que tuvo la novela cervantina a lo largo del siglo XIX, y más notablemente a finales de él, han sido estudiados detalladamente en numerosas ocasiones. Sin embargo, nos interesa mostrar una serie de textos de la época para verificar y cuestionar los aciertos sobre la lectura de los pensadores decimonónicos.

Los dos prólogos de *Don Quijote* fueron, para los escritores que aquí nos interesan, testimonios de la conducta moral del protagonista y de su autor. Close sugiere que esto los conduce a “shift the weight of Cervantes’s satire from the literary to the social sphere” (12). Claro está que los propósitos de los modernistas eran esencialmente literarios y se encontraban al margen de los conflictos sociales del momento⁵⁰. Esto, sin embargo, no previno su intervención en la esfera social por medio de sus lectores quienes pertenecían a una minoría cuyos ideales estaban alineados con los suyos. Ángel Rama afirmó que el comercio en la producción y distribución del arte en Latinoamérica tuvo un impacto fundamental en los escritores de estos países. Encontramos una situación similar en España donde la vieja aristocracia – como es presentada en *El caballero de las botas azules* – se ha entregado a las artes “populares” e ignora la calidad de los mismos porque sólo admira su valor comercial. La meta del Caballero en la novela es comprobar que la curiosidad por lo “nuevo” superaba la admiración por la belleza del verdadero arte. Como hemos apuntado en el primer capítulo de este estudio, Castro describe las circunstancias por las que los escritores de las últimas décadas del siglo no tuvieron más remedio que presentar un programa social encubierto en su renovación lingüística, la cual

⁵⁰ Esta idea ha sido presentada y estudiada más detalladamente por Ricardo Gullón, quien mantiene que la estética modernista fue síntoma de las creaciones de Rubén Darío y que siguieron los españoles al entrar en contacto con él y su arte. Ángel Rama, y más recientemente Carla Giaudrone y Cathy Jrade, ha expuesto la idea de que estos trabajos fueron productos directos de los problemas sociales que enfrentaban estos escritores. Nos interesa aquí mostrar dentro de los textos las posibles fuentes de inspiración porque reconocemos que ambas teorías son importantes en este estudio.

no fue admirada por ser innovador sino por ser diferente. Cuando Cervantes se proclama “el primero en novelar en lengua castellana” parece sugerir, según Juan Carlos Rodríguez, que su innovación literaria sería fuente de alguna fama que no logró con *La Galatea*⁵¹. Si fue correcta o no su intuición nadie podría afirmarlo – aunque recordamos que se realizaron varias ediciones de la primera parte del *Quijote* durante la vida del autor en España y otros países europeos – es significativo que mientras los demás escritores querían la resurrección de las artes y letras clásicas, Cervantes reclamaba el derecho del autor y la autoridad que conlleva el ser el primero en novelar en castellano. Con la aparente crítica a la vana erudición de Lope de Vega en el prólogo de la primera parte, Cervantes introduce la idea de la novedad en su novela. Cervantes se burla de la producción literaria de Lope al acusarlo de pasar por hombre de cultura amplia para crear mayor interés por sus obras. Es decir, pareciera que la intención del autor del *Quijote* fue, con sus palabras, despertar interés por su propia novela más que establecer su enemistad con Lope de Vega⁵².

El tercer centenario de la publicación de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha* provocó en el mundo hispánico una urgencia por resucitar y reivindicar parte de una historia que los decimonónicos consideraban suya. El formato y la construcción del carácter de Cervantes y el protagonista de su novela se diferenciaban de las obras literarias, críticas y periodísticas anteriores. Entre las publicaciones que vieron la luz ese

⁵¹ Cervantes siempre incorporó el nombre o contenido de su primera novela en todos sus trabajos y prometió desde su imprenta que escribiría una segunda parte. Aunque no llegó a escribirla, *La Galatea* fue un intento por contribuir a la herencia literaria de su época. Igualmente, la novela no proveyó al autor el ingreso económico que le hacía falta al haber sido rechazado para las campañas a América.

⁵² E.C. Riley comenta que la obra literaria de Cervantes tiene como inicio los pensamientos clásicos pero en *Don Quijote* cambia la dinámica al considerarla una obra para generar ingreso económico. No queremos argumentar las razones por las que Cervantes escribió la obra, sino mostrar que sus palabras tuvieron gran impacto en los escritores decimonónicos que buscaron la renovación de sus propios estilos y lengua.

año de 1905 destacan las novelas y ensayos de Tulio Febres Cordero, Rubén Darío, Esteban Borrero y Echeverría, Miguel de Unamuno y Antonio Ledesma Hernández, cuyos textos fueron conmemorativos de la ocasión. Estas obras tuvieron como eje central la presentación del caballero manchego como portavoz del espíritu heroico y patriótico que debe existir para poder superar las adversidades sociales a las que se enfrentaban durante las últimas décadas del siglo XIX. Las obras exhiben una reacción contra la forma en que los modelos sociales, económicos y políticos diseñados en el extranjero se incorporaban, e imponían sus valores, a las vidas de los ciudadanos de España e Ibero América. El *Ariel* de Rodó ataca el problema de frente después de la derrota absoluta de los españoles por los norteamericanos. Los esquemas extranjeros estaban lejos de los valores sociales hispánicos y generaron conflictos sociopolíticos que desequilibraron estas naciones. Esto condujo a los intelectuales a rescatar dentro de la propia historia hispánica ejemplos de ideales heroicos enraizados en un legado legendario.

Desde el siglo XVII, extendiéndose al XIX, el prólogo de la primera parte del *Quijote* provocó diversas conjeturas sobre su significado. Ya para finales del siglo XIX habían acordado muchos críticos que la novela era en realidad una biografía del caballero manchego y, por lo tanto, algo más que una parodia de las novelas de caballería. Cuando Alonso Fernández de Avellaneda escribió su segunda parte del *Quijote* de Cervantes, dio inicio (sin saberlo) a un largo historial de imitaciones temáticas y estilísticas de la novela. La verdadera identidad de Fernández de Avellaneda ha sido debatida desde la aparición de la novela y se estipula que Cervantes nunca reveló la identidad del autor porque quiso castigarle por su robo⁵³. Lo que sí podemos asegurar, y en eso concuerdan la mayoría de

⁵³ Ya que el presente no es un estudio sobre *Don Quijote* no entramos en detalles sobre los estudios y las teorías acerca de la identidad de Avellaneda. Para los interesados en este tema sugerimos los artículos de

los críticos, es que el *Quijote* de Avellaneda no se hubiera escrito sin los comentarios hechos por Cervantes sobre las diferentes personas con los que mantenía enemistad. En aquel primer prólogo encontramos una crítica al uso excesivo de las referencias clásicas que algunos han atribuido como un ataque a Lope de Vega⁵⁴. Igualmente la alusión a un compañero de batalla en esta primera parte indica para otros que el escritor del *Quijote* apócrifo fuera ese soldado.

Lo cierto del asunto es que Avellaneda logró vender su libro falsificando la continuación de la historia que había creado Cervantes. Lo que más le dolió a Cervantes fue la pérdida del ingreso económico que le traería la segunda parte de la novela si hubiera sido él su primer redactor. Así lo declara en el prólogo de la segunda parte:

Si por ventura llegares a conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer e imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuando fama (24).

Marcelino Menéndez y Pelayo y Martín de Riquer. Además, un nuevo estudio de Antonio Sánchez Portero agrega otro nombre a la lista de posibles personajes que pudieron haber sido Avellaneda: el bilbaíno Pedro Liñán de Riaza. Sugerimos también que los textos de Cervantes y Fernández de Avellaneda pueden proporcionar algunas pistas interesantes sobre la identidad de este misterioso autor.

⁵⁴ E.C. Riley comenta este tema en su *Introducción al “Quijote”* diciendo

Se ha insistido con frecuencia en que a quien Cervantes tenía en mente como ofensor principal era a Lope de Vega. La desasosegada relación entre ellos se había deteriorado sensiblemente por esta época . . . El Lope escritor de *romances* idealistas o de poesía heroica era muy diferente del Lope autor y defensor de la comedia que elevaba los derechos de la “naturaleza” por encima de los del “arte” y que ofrecía al vulgo lo que éste solicitaba. Para ser justos, le podemos otorgar crédito por intentar dignificar un género entonces no tenido en gran estima . . . pero debemos admitir que Cervantes tenía razón al sostener que los medios no eran los adecuados . . . la *Arcadia* tenía trece [sonetos] en sus páginas frontales siendo añadidos dos más como colofón a la edición de Valencia de 1602. El *Peregrino* tiene nueve poemas compuestos por personas célebres . . . Si algunos de los admiradores de Lope, como Avellaneda, creían que Cervantes lo estaba atacando, probablemente tenían razón (45 – 46).

No sólo humilla la falta de talento del impostor, quien encuentra su inspiración para escribir en la tentación monetaria y en la fama, también le recuerda que él mismo no escribe la historia de don Quijote por dinero:

Dile también que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite...le respondo que me viva el Veinte y cuatro mi señor, y Cristo con todos. Viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad . . . contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie, y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Repulgo (25-26).

Al aludir a sus benefactores, reclama su posición de erudito y no de vendedor de libros ya que el propósito de sus trabajos era “poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar a entretenerse, sin daño de barras . . . antes aprovechan que dañan” (52). En ese mismo prólogo para las *Novelas ejemplares* recuerda al lector de su contribución al campo literario:

A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinación . . . que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas... y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas; mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma (52).

Al insistir en el prólogo de la segunda parte sobre la originalidad de su novela, Cervantes marca la diferencia más grande entre su talento de escritor y el del impostor. El orgullo de poder decir que al final fue él quien escribió la verdadera segunda parte de la historia de don Quijote es el consuelo por las ganancias perdidas.

El *Quijote* apócrifo de Avellaneda ilustra y demuestra que el público contemporáneo de Cervantes vio las aventuras del caballero andante como las

ocurrencias de un viejo loco. Sin embargo, Avellaneda trata al caballero y su escudero de forma más hostil y sobrepasa la sátira que hace Cervantes. Avellaneda presenta a los personajes en su forma más grotesca; es decir, mientras que Cervantes parodia las novelas de caballería, éste ridiculiza la novela de Cervantes. Podríamos concluir, entonces, que la novela de Avellaneda no representa la opinión del público sobre el *tema* del *Quijote* (lo cual es la novela de caballerías) sino su postura hacia la novela cervantina y sus protagonistas. Mientras que Cervantes “engendró” a don Quijote con el mayor cariño de un padre, o mejor dicho un padrastro, las primeras palabras de Avellaneda ridiculizan los propósitos que Cervantes expuso en los prólogos del *Quijote* y las *Novelas*. Las representaciones del caballero y su escudero siguen sus intenciones de parodiar a Cervantes y reírse de sus protagonistas.

Si don Quijote personificó la sátira erudita y social en el siglo XVIII, en el XIX la preservación de la tradición hispánica sería el motivo para la reencarnación del protagonista cervantino⁵⁵. A partir de 1870, los Estados Unidos e Inglaterra se manifestaban poderes económicos y políticos mientras los antiguos imperios – particularmente España – apenas empezaba a incorporarse al nuevo orden social. Las costumbres que en los tiempos de Cervantes parecían motivos de parodiar ahora eran herencias hispánicas que los intelectuales vieron amenazadas por los conflictos internos de identidad nacional y la imposición de sistemas político- económicos ajenos. A partir de la redacción de la Doctrina de Monroe cada uno de los gobiernos estadounidenses

⁵⁵ El crítico español Pedro Javier Pardo García apunta, en un estudio breve, que varios textos menores del siglo XVIII escritos en Inglaterra y Francia emplean el esquema quijotesco para burlar las erudiciones de la época. Aquí no examinamos ninguno de estos textos por falta de espacio. Sugerimos, sin embargo, que el conjunto de obras que se estudian en dicho artículo muestran el uso del carácter quijotesco para parodiar las técnicas que en su momento consideraban eruditas.

intervino en los asuntos de las colonias españolas con la intención de lograr una unión hemisférica. Los intelectuales de las últimas décadas del siglo XIX vieron esta intervención como una amenaza al tipo de sociedad que querían construir tras la independencia de España. Durante la misma época, los españoles empezaban una nueva discusión en torno a la intervención e incorporación del modelo capitalista en una economía que seguía siendo fundamentalmente agraria. Las pocas colonias que quedaban en poder de los españoles pasaron a un segundo plano en la literatura peninsular donde ilustrar la realidad diaria de los españoles precedía los demás asuntos coloniales. Descubrieron, sin embargo, que el público no había superado la pérdida del imperio. La novela realista presentó cuadros de la cotidianidad española que cuestionaba los valores sociales influyentes en la cultura finisecular de la Península. Dentro de sus observaciones sobre la rutina española, los escritores introdujeron una realidad paralela donde predominaban los valores que buscaban y se aproximaban a sus propias experiencias vitales ⁵⁶. Igualmente, los textos americanos contribuyeron a la creación de nuevos estados políticos y sociales basados en los ideales que profesaban los intelectuales de la época ⁵⁷. Encontramos una generación de escritores para quienes don Quijote encarnaba las cualidades de un hombre burlado por la suerte y que supera los obstáculos del camino para salir adelante. Leopoldo Lugones resume en las palabras que encabezan este apartado la idealización de un don Quijote cuyas acciones fueron

⁵⁶ Jo Labanyi, como apuntamos en el segundo capítulo de este estudio, sugiere que la novela realista no sólo presenta un panorama de la cotidianidad sino que incluye una propuesta para crear la sociedad que ellos visualizaban.

⁵⁷ El *Facundo* y las obras de Esteban Echeverría son ejemplos de esta hipótesis. Estas obras condujeron a sus autores por un camino político en el que mantuvieron las ideologías que presentan en sus escritos para construir las naciones que querían.

intencionadas y razonables de un hombre que medía sus pasos para conseguir lo que quería.

Consideramos prudente unas reflexiones sobre la época de Cervantes y lo que significó la *autoridad* en un mundo post-Concilio de Trento, donde el orden establecido por el poder eclesiástico superaba hasta los más altos cargos políticos, a los escritores y la sociedad. Es conveniente porque los intelectuales finiseculares, como veremos más adelante, acusaron a Fernández de Avellaneda de falta de originalidad – no de ladrón. No entramos en el debate de las “intenciones” del autor por razones obvias, sólo apuntamos que impera lo que creía la intelectualidad posterior sobre esas intenciones porque sus obras fueron producto de éstas conclusiones. Las siguientes obras contextualizan la época de Cervantes: *La cultura del barroco: análisis de una estructura histórica* de José A. Maravall y *El autor que compró su propio libro* de Juan Carlos Rodríguez. También consideramos los textos de Stephen Gilman, *The Spain of Fernando de Rojas; the Intellectual and Social Landscape of La Celestina*, y los dos estudios sobre Cervantes y su novela de E.C. Riley. Los estudios sobre la España de los siglos XVI y XVII observan que la aparición de obras sobre la cotidianeidad de los marginados sociales marca el momento en el que se empieza a cuestionar el orden fijado frente al nuevo régimen económico. Se trata, entonces, de evaluar la novela cervantina a la luz de los cambios culturales del momento y analizar, partiendo de esos supuestos, lo que encontraron los escritores decimonónicos digno de incluir en sus repertorios literarios.

La sociedad barroca, según José Antonio Maravall, buscaba la “renovación del prestigio de la monarquía y la restauración de los poderes económico-sociales de los antiguos y de los nuevos señores” (419). Esto representaba una organización jerárquica

que estaba establecida por la Iglesia después del Concilio de Trento que sanciona la estructura social que ya existía con anterioridad y convierte las artes en un elemento propagandístico. Señala Maravall que las obras de Lope de Vega, por ejemplo, siempre finalizaban con la restauración de ese orden jerárquico. Igualmente, el granadino Rodríguez apunta que Lope tenía una “fórmula” que seguía para asegurar el triunfo de sus obras. Consecuentemente, las historias interpoladas en la novela de Cervantes también cumplen con esta función ya que en varias historias la solución es el resultado de la intervención de un noble ejerciendo su papel de protector⁵⁸. Asimismo, obras como *La Celestina* y *Lazarillo de Tormes* presentan la realidad cotidiana durante momentos de transición en unas sociedades donde se debaten la prolongación del orden del antiguo régimen o sobrevivir bajo la nueva estructura económica.

Juan Carlos Rodríguez acierta en su hipótesis que Cervantes era consciente de la *autoridad* de su obra y generó él mismo un interés por su libro al comprar en el mercado de Toledo la continuación de la historia en árabe. Ese intercambio del objeto por la moneda representa, según Rodríguez, el paso de un sistema feudal a las primeras etapas de uno mercantil, lo cual se destaca porque representa un orden diferente al que señala Maravall. El uso de la “fórmula” encaja en este nuevo orden donde el entorno social en el que se movían estos escritores ocupó un lugar importante en sus obras literarias. Igualmente, Rodríguez sugiere que la burla de Cervantes tuvo lugar bajo una transformación ideológica en la cual el caballero pretende perder la cordura para llevar a

⁵⁸ En la historia de Cardenio y Luscinda, el noble don Fernando resuelve el problema al no consumir el matrimonio con Luscinda y “devolvérsela” a Cardenio probando que es un buen amigo. Otro ejemplo es la historia del cautivo quien se enamora de una mujer que creía mora y que resulta ser cristiana, lo cual le permite estar con ella porque no rompe con las reglas establecidas de no manchar la sangre.

cabo su odisea⁵⁹. Visto de esta manera, la interpretación de los decimonónicos indica una metamorfosis propia impuesto al texto cervantino para que el caballero pudiera personificar los valores deseados por ellos.

En su estudio, ya citado, Anthony Close traza las interpretaciones sobre el *Quijote* a lo largo de tres siglos para mostrar que el carácter heroico de don Quijote alcanza protagonismo en los estudios alemanes del siglo XVIII y continúan posteriormente hacia principios del siglo XIX. El caballero manchego fue la inspiración para los que luchaban por la libertad económica y política en América durante la emancipación. Aunque Bolívar nunca pronunció esas legendarias palabras sobre él y don Quijote: “los tres grandes majaderos de la historia somos: Jesucristo, don Quijote y yo,” todos están de acuerdo con que uno de los pocos libros que llevaba el Libertador consigo era la novela de Cervantes. Sobre esa misma época, el dramaturgo español Ventura de la Vega dedica unas páginas a las aventuras del caballero manchego en una obra teatral titulada *Don Quijote de la Mancha en Sierra Morena: drama original en tres actos* (1861). Aunque la obra nunca alcanzó el triunfo de sus otras producciones y ha quedado en el olvido con el pasar de los años, resulta interesante resaltar que la obra teatral está basada en la historia intercalada de Cardenio, Luscinda, Dorotea y don Fernando. La obra es fiel a la historia de Cervantes con algunas modificaciones que resultan necesarias por el cambio de género literario, aunque ciertas variaciones apuntan a una lectura romántica del *Quijote*, y la inclusión de los ideales propios de dicho movimiento indica una lectura alineada con los valores del autor decimonónico. La elección de la historia muestra la preferencia por

⁵⁹ El trabajo de Rodríguez argumenta que hubo una “metamorfosis” en el comportamiento del caballero porque en una ideología sustancialista no se podía convertir en caballero el que quisiera. Estudiamos el texto sólo para destacar los puntos relevantes a nuestro análisis y referimos a los interesados en el tema a la obra de Rodríguez.

algunos elementos del Romanticismo que son la traición y el sufrimiento intolerable de los amantes por un amor perdido.

Encontramos uno de los cambios significativos del cuento en la escena del matrimonio de Luscinda con don Fernando. En el original de Cervantes, Cardenio contempla desde fuera la ceremonia nupcial y se aleja al no soportar la tristeza. En la obra de la Vega, Cardenio cuenta que “vuelto en mí, corro furioso a la puerta decidido a entrar y estorbar mi muerte . . . yo ciego de cólera iba ya a acometerlos con mi espada cuando un ruido en la sala me detiene (11r). El desenlace de la obra es también más dramático que el original. José Villar Buzón, en un estudio reciente, analiza los puntos importantes en la construcción de una obra romántica apropiada de la novela de Cervantes, por lo que referimos a dicho estudio para los interesados en el tema. Aquí nos interesa reflexionar sobre algunos de los instantes en los que se muestra un alejamiento del texto cervantino porque tiene una intención diferente.

Un primer instante de alejamiento del texto original es el comportamiento de Cardenio en la boda de Luscinda, donde exhibe una conducta alterada por su amor frustrado. Descubrimos, además, una actitud en los padres de Luscinda que no vemos en el original. Cuando Luscinda le cuenta a Cardenio que don Fernando había engañado a los dos, ella se despide diciendo: “En la próxima sala me esperan mis codiciosos padres para unirme al traidor” (10v). Villar Buzón acierta observando que la codicia de los padres de Luscinda revela otro aspecto de la obra romántica donde los sentimientos básicos del amor, la codicia, el odio, etc. conducen a las actividades más violentas y los impulsos menos razonables. Otro ejemplo de la discrepancia con el original es la escena donde Luscinda descubre que don Fernando ama a Dorotea cuando los dos pensaban que

ella se había casado con Cardenio por amor. Se conserva, sin embargo, la comicidad del original – aun para la audiencia española de mediados del siglo XIX. Las locuras del caballero manchego se extienden hasta la obra de la Vega y sus disparates son tan importantes para el desarrollo de la trama como las variaciones románticas de los otros protagonistas.

Al otro lado del océano, recordamos las páginas de José María Vargas Vila quien, además de definir lo heroico y el “genio humano”, expresa su admiración por el genio de Cervantes y la valentía de don Quijote. Estas son sus palabras:

Y porque Cervantes no escribió un libro, sino el libro.
Porque no pintó el alma española, sino el alma humana.
Porque no retrató un hombre, sino el hombre. Porque no
contó una vida, sino contó la vida . . . Todos lo amamos . . .
El Genio es don Quijote. El Sentido común es la
mentalidad equilibrada, la mediocridad razonadora y
normal: el vientre que razona. Es Sancho Panza. El alfa y
el omega de la intelectualidad. Los dos polos inmóviles del
espíritu humano. *El Sentido común también escribe . . . Y,
a veces, mucho. Pero sólo el genio hace obras: Obras
inmortales.* Nosotros, en América, amamos el Genio y lo
honramos. Amamos a Cervantes, el Manco inmortal.
Amamos a don Quijote, el Loco inmortal (*énfasis nuestro
39 – 40*).

Vargas Vila, en estas páginas de 1905, resume el sentimiento de todas las interpretaciones sobre el *Quijote* de las últimas décadas del siglo XIX de ambos lados del Atlántico. Cabe acentuar que ambos, escritor y protagonista, ocuparon un lugar privilegiado en el pensamiento social americano y difiere de las interpretaciones españolas en las cuales, en su mayoría, el caballero encarnaba las cualidades heroicas que deseaban. Debemos apuntar que su valoración de la escritura como punto de partida para la definición del héroe sigue una línea decimonónica tanto en España como en la América hispana.

El escritor heroico

La escritura se convierte en la fuente de poder para los nuevos ciudadanos de las naciones americanas independientes. Entre los *Quijotes* decimonónicos encontramos variaciones sobre el papel del escritor – uno cualquiera o del mismo Cervantes – en el desarrollo de las diferentes sociedades ⁶⁰. Ante los cambios sociales que se dan a partir de las revoluciones burguesas de principios de siglo, la comunidad intelectual halló en la imprenta la manera de dialogar sobre los problemas que enfrentaban. Desde Andrés Bello, Francisco de Miranda hasta el mismo Bolívar, la escritura se consagró como el centro de la vida política en Hispanoamérica. Recordamos la opinión de Jo Labanyi que en España la situación era similar porque la novela realista pasaba a manifestar varias facetas de la vida cotidiana incluyendo sus propias críticas de la misma. Tal vez sea el ejemplo más significativo de este diálogo el intercambio entre Ganivet y Unamuno que ya hemos citado. Algunas décadas antes del tercer aniversario empezaron a aparecer obras protagonizadas por don Quijote y su escudero donde las cualidades artísticas del autor también predominaron en la definición del héroe revelado por las circunstancias históricas. Las obras decimonónicas examinan tanto la trascendencia del escritor como la del heroísmo del caballero manchego porque era necesario definir la importancia del primero en el desarrollo de las ideas y del segundo como muestra de que es posible.

El escritor ecuatoriano Juan Montalvo redactó su *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* durante las décadas de 1870 y 1880, aunque no se publicó hasta después de su muerte en el significativo año de 1898. La novela es el primer intento, desde Avellaneda

⁶⁰ Anotamos que sería beneficioso hablar de todas las historias que contienen *elementos* quijotescos – como el *Martín Fierro*, *María*, hasta el mismo *Facundo* para nombrar pocos. No pretendemos hacer un estudio sobre los caminos “quijotescos” que siguen algunas de las obras a lo largo de la historia sino examinar aquellas que tienen como protagonistas a los personajes principales de la novela cervantina.

casi 300 años antes, por continuar las aventuras del caballero y su escudero. Esta vez, sin embargo, don Quijote y Sancho son engendrados bajo circunstancias diferentes y sus acciones ya no causan risa. La valentía reside en sacrificar su cotidianeidad por llevar al mundo un mensaje de esperanza, bondad importancia de la verdad. Aunque tiene lugar en España, Montalvo advierte la americanidad en el pensamiento de sus protagonistas.

La novela de Montalvo se divide en dos partes. La primera consta de doce capítulos en los que el autor expone su filosofía sobre los nuevos gobiernos de las ex-colonias, sus ciudadanos y costumbres locales. Igualmente, hace varios comentarios sobre la distorsión y degeneración del idioma español debidas, en su mayoría y según él, a los textos en español que aparecen en España a mediados del siglo. El escritor ecuatoriano sugiere que estas son copias y traducciones directas de los estilos y las frases franceses que no existían o no eran correctos en español. La traducción de las obras, similar a la incorporación de las medidas económicas, forma parte de una serie de decisiones que tomaron los gobiernos sin consultar la historia de las sociedades que tenían bajo su yugo. Esto dice sobre las traducciones mal hechas:

Esos libritos, esas novelitas, esos santitos, esas estampitas de que están atestadas las librerías de Madrid y Barcelona, todo traducido de los autorcitos más chiquitos del Parisito del día o de la noche . . . son la vergüenza de la España moderna (117).

Los “libritos” a los que se refiere son los folletines y otros textos que calificamos como obras románticas – concepto que al parecer no se desarrolla por entero en España sino que empieza en la Península como residuo de un movimiento que ya decaía en el resto de Europa. Su crítica de España, sin embargo, surge a raíz de las objeciones que él suponía aparecerían al publicarse su obra en la Península por ser él un extranjero e insinuar que

entiende mejor a Cervantes que los propios españoles. Ante esta cuestión dice en los primeros párrafos de la obra:

Con decir que Juan Falstaff no es ni para escudero de Don Quijote, dicho se está que en este amable insensato debajo de la locura está hirviendo esa fuente de sabiduría donde gustan de beber todos los pueblos. ‘El *Quijote* es un libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano.’ Si como español pudiera infundir sospechas de parcialidad el autor de esta sentencia, extranjero fue el que llamó a Cervantes ‘honra, no solamente de su patria, sino también del género humano’ (11-12).

Más que un dato bibliográfico, este comentario revela el papel que los extranjeros han jugado en la ampliación de la fama e importancia de la novela cervantina. Su valoración del trabajo de Cervantes, siendo Montalvo ecuatoriano – de descendencia hispana pero considerado un “hermano inferior” de la América española – muestra que la lengua castellana mantiene, desde el siglo XV, un largo e importante repertorio de obras que las generaciones del XIX deberían seguir. La grandeza literaria se debe más a las técnicas y talentos del autor que al contenido de la novela, y sugiere que

El género [novelístico de Cervantes] es el más difícil: haber acometido la empresa es laudable osadía, [de imitarlo] a buen seguro: llevaría a felice cima no es para nosotros, pues no pensamos que nuestro libro pueda pasar por las picas de Flandes (109).

Montalvo se considera a sí mismo el primero en continuar bien la obra de Cervantes y por eso merece un reconocimiento al imitar exitosamente la “osadía” que supone descifrar ese arte.

Las primeras doce secciones de *Capítulos* exponen su desdén hacia la herencia lingüística que recaía sobre los americanos por medio de los textos que llegaban de la Península. Aparecen insinuaciones como la siguiente que, junto a las acusaciones

indirectas sobre la decadencia de la literatura en España desde los tiempos de Cervantes, convierten la obra de Montalvo en un texto amplio y ambicioso en temas y estilos:

Se quejan los españoles de que los suramericanos estamos corrompiendo y desfigurando la lengua castellana, y no están en lo justo: si esto sucede, mal pecado, obra de ellos es: ellos traducen el *Telémaco* de este modo, y nos envían sus traducciones por nuestro dinero. ‘Y los gallos cantaban, y las gallinas cacareaban . . . y los cuchillos cortaban’ . . . A esta clase de traducciones, acostumbrados están los españoles modernos, entre los cuales no hay ni un Coloma para los *Anales*, ni un doctor Laguna para Dioscórides (118).

Las páginas que siguen proporcionan un sin número de ejemplos de las malas traducciones que han hecho los españoles de obras extranjeras (en su mayoría francesas) en las que mantienen unas estructuras gramaticales ajenas a la española. Al contemplar e imitar la obra castellana con más influencia en el mundo – en las primeras páginas hace un recorrido de los elogios dedicados al *Quijote* cervantino – señala que existen obras merecedoras de vanagloria en la literatura hispana. A su vez, la imitación del texto le permite verificar que la literatura en español todavía tiene mucho que ofrecer – incluyéndose a sí mismo entre los que contribuirían a esta tradición. No obstante, sintió la necesidad de defender su conducta porque, desde ya, el plagio no estaba bien visto y asegura en estas páginas que, como las de Cervantes, manifiestan las conductas y los pensamientos de su época. Apunta que “pocas aventuras o lugar es de nuestro libro recordarán otros de Cervantes; ni podía ser de otro modo [porque] las por nosotros referidas son historias pasadas a nuestra vista o de las cuales tenemos conocimiento” (105). Es decir, aún si los personajes llevaban los nombres de aquellos inolvidables personajes del siglo XVII, son hijos de la sociedad americana pos-independentista.

Además

Si él [su libro] llegare a caer por aventura en manos de algún culto español, queda advertido este europeo que hemos escrito un *Quijote* para la América española, y de ningún modo para España; ni somos hombre de suposición que nos juzguemos con autoridad de hacerlo tal presente, a ella dueña del suyo, ese tan grande y soberbio que se anda coronado por el mundo (110).

Detrás de la máscara de humildad, encontramos un ataque a la política española porque ellos consideran a los americanos “hermanos inferiores” aún cuando los criollos eran descendientes directos de españoles. Este último tema será el centro del enfoque en el *Quijote* de Febres Cordero que examinamos más adelante. Por su parte, Montalvo aspira a prolongar la majestuosidad de una cultura y lengua en proceso de deterioro, según él, mediante la escritura.

Montalvo escribe una novela que imita la estructura, el vocabulario y la intención de Cervantes, porque él lo consideraba uno de los grandes del grupo que “nuestros padres” leían y estudiaban, como antítesis de lo que

Nosotros, españoles y americanos, traducimos a los gazapos que amuchigan en esa madriguera inmensa que se llama París. Nuestros padres leían y volvían a su lengua las grandes obras de los clásicos griegos y latinos . . . y hoy vemos en las librerías españolas hacinamientos de novelillas . . . llenas de milagro y absurdos con que indoctos y perversos fomentan la ignorancia del pueblo sin filosofía (115 – 116).

Igualmente, José Enrique Rodó sugeriría, 20 años más tarde, que el legado de la cultura greco-latina era de mayor importancia para las sociedades hispanoamericanas que la esencia vital norteamericana. Rodó expone de esta manera las diferencias entre las dos Américas en *Ariel*:

La oposición entre el régimen de la democracia y la alta vida del espíritu es una realidad fatal cuando aquel régimen significa el desconocimiento de las desigualdades legítimas

y la sustitución de la fe en el *heroísmo* – en el sentido de Carlyle – por una concepción mecánica de gobierno (225).

Los intelectuales de la segunda mitad del XIX buscaron desesperadamente una manera de verificar la magnitud y trascendencia de la tradición hispana frente a la imposición de esquemas extranjeros – en especial el de Norteamérica. Montalvo aclara en esta primera parte que las intenciones de su obra son similares a las de Cervantes porque los casos que expone no son “ficticios ni ocurrencias no avenidas; mas antes acontecimientos reales y positivos en la totalidad” (105) y “los personajes que en ellos hacen figura son todos reales y positivos, tomados de la naturaleza” (111). Asimismo, informa que esta obra fue

acogida con aplauso en la América del Sur, quizá porque era un venablo contra el susodicho tiranuelo que harto tenía de Quijote, buscándonos el diablo, decidimos la escena; y por aprovecharnos de ciertos estudios que teníamos hechos de la lengua castellana y del ingenioso hidalgo, pasamos adelante, hasta cuando a la vuelta de seis meses los capítulos hechos y derechos eran sesenta (108).

Al definir el público de su obra – los americanos y el triunfo que su obra conoció en América – critica singularmente a los españoles porque el texto que imita es un clásico peninsular ignorado por la nueva generación de escritores hispánicos.

Para Montalvo el heroísmo está en la escritura y no la actividad guerrera. Su frase más citada se refiere al asesinato del dictador ecuatoriano García Moreno cuando exclamó, al enterarse de la noticia: “Mía es la gloria. ¡Mi pluma lo mató!” En su prólogo a los *Capítulos*, Ángel Esteban sugiere que esta frase “viene a resumir el sentido profundo que el intelectual moderno tiene de su obra literaria. Un libro no puede acabar con un tirano, pero puede instigar a otros a hacerlo” (23). Y es que la intelectualidad latinoamericana *escribe* desde Andrés Bello la dirección de la política en las nuevas repúblicas y en sus textos abundaban las críticas a los políticos de profesión. Derivamos

de los *Capítulos* una propuesta de progreso que triunfaría si la intelectualidad española y americana de 1850 implementaran el legado lingüístico y literario de Cervantes. Esto aseguraría la prosperidad futura de las nuevas naciones americanas y la de España en vez de imitar lo ajeno que estaba desarrollado sin considerar sus necesidades. El desprecio que sentía Montalvo hacia el gobierno y los gobernantes del Ecuador resuena en su crítica de España porque, al igual que sus contemporáneos positivistas, vio que aquellos estaban desinteresados en el progreso científico y económico al hacer tratos e implementar medidas religiosas en unas sociedades laicas.

La breve obra del escritor cubano Esteban Borrero y Echeverría, *Alrededor del “Quijote,”* publicada en 1905 en La Habana, también exalta las cualidades de la profesión literaria. Maestro en su juventud por necesidad y médico de profesión, Borrero y Echeverría contribuyó a la implementación de varias normas de higiene en los hospitales de la capital cubana. Además de estas aportaciones sociales, fue hombre de letras y revolucionario que mantuvo amistades con Julián del Casal, entre otros intelectuales de la isla incluyendo al mismo José Martí. Del Casal consideró que “no podían [los frutos de su inteligencia] ser avalorados, por deficiencias del medio, en el mercado intelectual [porque] su temperamento lo arrastraba al ensueño y la realidad lo condujo a la acción”⁶¹. En su casa se llevaban a cabo las tertulias literarias de las últimas décadas del siglo XIX en las cuales del Casal conoció a su hija Juana Borrero. Unos años antes de morir escribió una serie de ensayos sobre la novela de Cervantes que publicó en ocasión de la celebración del tercer centenario de la primera parte del *Quijote*.

⁶¹ Citado en el artículo de Ivan Schulman sobre la poética modernista, en el cual apunta que Casal sufría la discriminación del mercado contemporáneo y no permite la valoración del arte en la de Borrero y Echeverría.

Alrededor del “Quijote” consiste de dos ensayos y un capítulo “perdido” del *Quijote* que recoge como homenaje al gran genio de Cervantes. Los primeros ensayos muestran la importancia de las condiciones históricas en torno a la escritura de una obra para subrayar el capítulo perdido que asegura haber encontrado entre los documentos de Cervantes. Ese capítulo sigue en secuencia al capítulo XLI de la segunda parte del *Quijote* que Cervantes, según Borrero y Echeverría, tradujo del árabe pero no incluyó en su novela porque no encajaba en su visión del mundo actual. El ensayista cubano, ante todo, sugiere que

Los elementos *personales* del autor entran por mucho más en la obra que el mismo carácter *nacional* colectivo de ella; y en esos elementos nace la originalidad genial, que, sin divorciarse esencialmente de la psicología de la Nación, *aporta adquisiciones psicológicas personalísimas y nuevas a la obra que produce* (11).

La historia no es sólo fundamental para una obra sino que sin ella no se puede, o se debe, entender dicha obra porque no tiene base ni marco para empezar a entenderla. Aclara el cubano que

En vano se leería a Crisipo, a Epicteto, a Marco Aurelio, al mismo Séneca, buscándolo [sentimiento cristiano] en ellos: esos libros son como un fruto seco, verdadero *capuz mortuum* de aquellas civilizaciones (15).

En el caso de Cervantes y su novela, sin embargo, se extiende más allá de las circunstancias personales y nacionales porque su novela

Corre y se dilata por la Península e incluye todos los elementos que a su paso encuentra . . . geográfica y moralmente *pintoresca* . . . se pasea la mente del inmortal, vidente, e incomparable Autor del *Quijote*. Esto, sin contar con que el libro, *como conjunto léxico, es toda la lengua de Castilla*, y es toda la psicología de la Nación; así como *por el estilo*, es toda la perspicacia mental y toda la psicología artística de Cervantes, que incluye en él, por un milagro de

genial generalización, toda la luz y la sombra del alma humana (16).

Y así describe, a lo largo de los dos ensayos, la universalidad de la novela cervantina y su relevancia para el mundo del siglo XIX, aún si la historia inmediata que la inspiró fue la del siglo XVII.

El último apartado de la obra lleva por título:

Capítulo XLI (bis) que sigue, inocentemente apócrifo, al capítulo XLI, y que declara lo que en él se verá; y que es cosa que con un tantico de buena voluntad, puede leerse por encima de las tapas del libro

y es la historia que continúa después del regreso de Sancho y don Quijote del viaje con Clavileño y el caballero le dice a su escudero que no se sorprendiera si los demás no le creyeran sobre las cosas que vio en su viaje. Recordamos que cuando don Quijote sale de la cueva de Montesinos cree que había pasado tres días en la cueva cuando en realidad fueron un par de horas o menos. Al final de su narración Sancho le dice:

¿Es posible que tal hay en el mundo y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor, por quien Dios es que vuesa merced mire por sí, y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido! (62)

El capítulo de Borrero y Echeverría hace referencia al XLII de la segunda parte cervantina donde se narra un discurso hecho por don Quijote sobre el valor del soldado. Cervantes apunta en el capítulo XXIV – el capítulo que sigue la aventura en la cueva de Montesinos, que

Dice el que tradujo esta grande historia del original, de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél estaban escritas . . . estas

mismas razones: ‘No me puedo dar a entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito: la razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero esta desta cueva *no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera*, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que don Quijote mintiese . . . no es posible . . . Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas . . . y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo (*énfasis nuestro*, 224).

El literato cubano considera que al incorporar la historia sobre el soldado malparado después de haber luchado por su patria es producto de las experiencias vitales del escritor renacentista. Su propio capítulo pone en boca del caballero y su escudero observaciones sobre la importancia de la literatura en el desarrollo social y político de una nación.

Borrero y Echeverría sugiere que Cervantes tradujo esta conversación que mantuvieron sus protagonistas pero no la incluyó en su versión de la novela. Borrero y Echeverría, en cambio, saca a luz estas reflexiones “perdidas” del caballero manchego porque él sí las consideraba importantes para el desarrollo de su proyecto literario finisecular.

La conversación que tienen el caballero y su escudero – que según Borrero y Echeverría no es completa porque el original completo se ha perdido – empieza con estas palabras del caballero:

Y digo yo Sancho, continuó el hasta entonces suspenso, nocturno, narrador, digo que si es gran cosa e institución necesaria a toda República bien constituida y gobernada, la Caballería, no le va muy en zaga en excelencias de toda suerte, la Poesía; *porque tal poeta te enseña a amar la patria, y otro te descubre (para que sepas como has de amar a Dios) el secreto de las emociones*, que en presencia de esa altísima creencia siente; y si éste te doctrina, aquél te consuela, y todos ellos te ofrecen el tesoro de su depurada y exquisita sensibilidad estética, con primor, y seducción contagiosa tanta, que no hay más que pedir, y embelesarse

en ello, leyéndolos u oyendo que los recitan cuando corren de boca en boca, aprendidos de memoria, y guardados en ella como preciosas prendas sus versos. Este épico acrisola en sus cantos el valor del ciudadano, y en ese molde hace héroes. Aquel otro te muestra en sus estrofas la profundidad y la castidad también de su devoción amorosa por la dama de sus pensamientos, como lo hizo por Beatriz el Dante, y te hace amar así a la tuya; y nuevos y bellos sentimientos que son como matices de la sensibilidad, a ellos sólo perceptibles (67).

Don Quijote distingue la caballería andante como la profesión capaz de construir una sociedad justa, por lo tanto al igualar las virtudes de la caballería andante con las del poeta, Borrero y Echeverría eleva al poeta a un lugar privilegiado ocupado por los virtuosos y honrados. La “recuperación” de estos párrafos subraya el deseo de Borrero y Echeverría por transmitir su pasión y entusiasmo del arte literario a su público durante la transición política de una nación todavía colonial. Es curioso observar que en la primera parte del *Quijote* cervantino encontramos el discurso sobre las armas y las letras donde apunta que

aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder que es más fácil premiar a dos mil letrados que treinta mil soldados, porque aquéllos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a éstos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor a quien sirven; y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo (460).

Estas palabras, siguiendo la teoría de Borrero y Echeverría, son producto de las condiciones vitales y filosóficas del autor y concuerdan con los propósitos sociales expuestos en su obra.

En Venezuela también se celebró el tercer centenario con la publicación de una obra sobre don Quijote por uno de los escritores mejor conocidos del momento, Tulio

Febres Cordero. Su novela, titulada *Don Quijote en América o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha*, cuenta las aventuras del caballero manchego y su escudero tres siglos después de su “aparente” muerte en la Mancha por los campos de América. Para conservar la alegoría de Cervantes sobre la autoría de la obra, Febres Cordero apunta que Cervantes no había encontrado estas páginas que escribió Cide Hamete sobre don Quijote antes de publicar su segunda parte en 1615. El desarrollo de su novela, entonces, deriva del original de Hamete. El biógrafo moro, explica el venezolano, dejó un apéndice de la historia y esto no llegó a las manos Cervantes antes de que publicara su segunda parte. Si los escritores del siglo XIX consideraron que el crimen de Avellaneda fue inventarse su propia historia sobre don Quijote, Febres Cordero nos asegura que la suya no es nueva porque “todas estas cosas y otras más que adelante se dirán, las dejó escritas Cide Hamete en un apéndice a sus memorias, que no llegó en tiempo oportuno a manos de Cervantes, porque fue hallado después de publicada la segunda y última parte de su libro” (51). Esto es importante porque arrebatarse su historia a Cervantes fue el mayor crimen de Avellaneda.

Para el prólogo de la tercera edición de la *Cuarta salida*, el modernista venezolano incluye la carta que escribió P. Fortoul Hurtado sobre la obra y su propia respuesta a ella. Estas cartas dialogan sobre el plagio, las intenciones de los autores y los temas notables para cada uno de ellos. Hurtado acusa a Febres Cordero de imitar una obra inimitable y sostiene la importancia de conservar la grandeza del texto cervantino intacto. Por estas fechas se seguía cuestionando la obra de Montalvo por las mismas razones, y más aún porque su obra ni tiene lugar en América sino en la misma España con los mismos cuadros que el original. Hurtado dice en su carta que

La obra de Cervantes tiene varias luminosísimas fases . . . porque penetra a fondo en la condición humana, mostrándonos a lo vivo y con rara habilidad los altos y bajos de la vida . . . pero por encima de estos méritos, está la mayor de todos, el haber sido el *Quijote* para el arte de la crítica lo que la pólvora para el arte militar, un nuevo elemento (30).

En su respuesta, Febres Cordero, se defiende diciendo:

Lo que sí puede emprender cualquier escritor bien intencionado, por criollo y humilde que sea, sin nota de audacia ni ridiculez, es el trabajo, no tanto literario, sino moral y patriótico, de aplicar la crítica cervantina como correctivo de vicios y preocupaciones reinantes en lugar y época determinados . . . *D. Quijote en América* no ha nacido de un vano deseo de gloria de renombre, sino de un acto sincero de buena voluntad: en su composición, más ha trabajado el corazón que el entendimiento. Así es que no es obra de aspiración literaria, sino obra de intención patriótica: es la aplicación del legendario Quijote como correctivo de un mal que nos aflige, muy generalizado en Hispano-América, que consiste en el menosprecio de lo criollo y la servil imitación de lo extranjero (41).

El nativo de Mérida, a diferencia de Montalvo, intenta justificar su novela tras recibir varias críticas sobre su obra. Indica, sin embargo, que su intención era mostrar, mediante las aventuras del caballero, las experiencias vitales actuales de los hispanoamericanos – de la misma manera en que lo hizo Montalvo. Febres Cordero considera la novela cervantina una vía para denunciar los “vicios y preocupaciones reinantes en lugar y época determinados.” Por eso documenta lo que ocurre en la América post-colonial del siglo XIX con las nuevas aventuras de don Quijote. El único requisito parece ser que sea “cualquier escritor bien intencionado” y estar dispuesto a exponer las atrocidades políticas y sociales del momento. La misión del “patriota,” entonces, es social y menos literaria que la de Cervantes, aunque Febres Cordero asegure que éste también tuvo sus momentos de crítica social (42).

Volviendo a la historia, se cuenta que el apéndice de Cide Hamete, conocido por todos en el siglo XIX, revela que el caballero no murió en su cama aquella noche en la que parecía volver a su juicio asegurando que su comportamiento había sido producto de la locura. Después de enterrado, un moro llegó de Marruecos para avisarle a Sancho que don Quijote sólo dormía y estaba en la cueva de Montesinos. Al hablar con Sancho, el extranjero le afirma que tiene que ir con su amo para estar a su lado cuando éste despertara. Sancho va y comprueba por sí mismo lo dicho y se queda con su amo una vez que descubre la verdad – que efectivamente no está muerto. Los dos personajes despiertan unos trescientos años más tarde. Al salir de la cueva encuentran a un pastor a quien le piden ayuda para conseguir ropa y poder volver al mundo de los vivos. No explica cómo sabe don Quijote que las ideas de los tiempos habían cambiado, pero le explica a Sancho que ahora

a los sentimientos de honor y galantería, han sucedido las ideas de libertad y de progreso; a los actos de valentía y fama de las proezas, la habilidad industrial y las empresas científicas; al amor de la justicia, el criterio más provechoso de la utilidad; y al desinterés y magnanimidad en todos los negocios de la vida, la dualidad de conciencia, esto es, una conciencia para lo privado y otra para lo público, tal así como tiene uno dos vestidos, una para la casa y otro para la calle. No te maravilles, pues, de que no invoque a Dulcinea, porque los espíritus fuertes del siglo no se enamoran, ni andan en platónicos requiebros (65).

Vemos en estas palabras una actitud pesimista hacia la sociedad actual del XIX en su decadencia moral y espiritual. El sentido de justicia, el cual según Febres Cordero, está presente en tiempos de don Quijote ya no existe. Ha sido reemplazado por una “dualidad de conciencia” dentro del cual se separan los valores individuales y sociales. Al contraponer la “libertad” con la “valentía” y el “honor y galantería” expone las

contradicciones y conflictos históricos del presente al intentar reconciliar la influencia del progreso científico con el deseo de redescubrir el vínculo del hombre con la tierra de su nacimiento.

Hacia 1880, los españoles habían empezado a escribir un número de estudios, comentarios y análisis sobre el tema y las intenciones de Cervantes en el *Quijote*. Al igual que en América, la llegada de 1905 impulsó la producción de reflexiones sobre el significado y valor de la vida de don Quijote y la de Cervantes para la sociedad contemporánea. Miguel de Unamuno, antes de publicar *Vida de don Quijote y Sancho*, compuso una serie de ensayos sobre el caballero y su doble identidad como don Quijote y Alonso Quijano. En varias ocasiones, los ensayos tuvieron como punto de partida su interpretación de la trascendencia del escritor/intelectual en la sociedad porque su profesión, como la del guerrero, despoja a los hombres de sus creencias mundanas. Unamuno creyó haber reencarnado el espíritu quijotesco y manifiesta que “si volviera al mundo nuestro señor don Quijote es fácil que, dejando la lanza y la adarga apoyada en una encina, tomara la pluma para combatir” (*Vida* 313). Sus reflexiones sobre el papel de los escritores son limitadas en estas obras, aunque esas ideas se desarrollarán posteriormente en la novela dedicada al héroe cervantino.

Don Quijote para los finiseculares hispánicos

La generación que aquí estudiamos consideró que don Quijote poseía un heroísmo espiritual al creer que los demás también demandaban la verdad y la justicia del mundo y la vida. La “bondad” y el “espíritu heroico” del caballero andante despertó en los escritores decimonónicos un espíritu combatiente para sacar a un pueblo abatido y derrotado por las guerras e influencias extranjeras. La espiritualidad del caballero protagonizó la gran mayoría de las obras escritas sobre él, lo que implica una insistencia en mostrar la figura de don Quijote como el icono representante de los ideales fundamentales del momento: la espiritualidad enraizada en una cultura y tradición debe sobrepasar la codicia y hostilidad extranjera, aún ante el riesgo de parecer loco. Al acercarse 1905, aparecieron un sin número de artículos y ensayos sobre don Quijote, Cervantes y los valores del siglo XVII con la intención de exponer los ideales deseados para la sociedad contemporánea. Aquí presentamos los trabajos más extensos de estos escritores donde se desarrollan el concepto de la espiritualidad de don Quijote como el rasgo predominante de su carácter.

La segunda parte de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* de Montalvo trata sobre las aventuras del caballero y su escudero que ocurrieron entre la primera y segunda parte de la novela cervantina. Montalvo no hace ningún esfuerzo por hacernos creer que su obra se descubrió años después de un original escrito por Cide Hamete Benengeli, sino que señala desde el principio que es una historia sobre las características y comportamientos americanos contemporáneos inventada por él. Mientras que los discursos filosóficos y caballerescos de don Quijote siguen provocando la risa por la seriedad y convicción que exhibe su orador, hallamos ejemplos donde el ecuatoriano

interrumpe las aventuras para exponer sus ideales políticos y sociales. Intercaladas entre las locuras y los encuentros con príncipes y encantadores resaltan observaciones sociales como esta:

El pobre tiene a la mano el sustento, con las suyas lo ha sembrado enfrente de su choza, y una mata le sobra para un día. El faisán, la perdiz son necesidades para el opulento, hijo de la gula; al pobre, como al filósofo, no le atormentan deseos de cosas exquisitas. Más alegre y satisfecho sale el uno de su merienda parca y bien ganada, que el otro andando a penas, henchido de viandas gordas y vaporosos jugos . . . Sancho era de los pobres: el ejercicio daba en él fuerza al hambre (160 – 61).

Resulta interesante observar que esta separación de clase aparece en la primera parte de la obra. Su argumento es que la fuerza inherente en las clases sociales obliga a sus miembros a actuar de acuerdo a su nivel social y no de acuerdo a su voluntad:

Nosotros pensamos que no hay hombre dueño de su suerte . . . Los monarcas no son dueños de su suerte, porque tienen heredado el trono. Los grandes no son dueños de su suerte, porque su amo y seños los puede echar debajo de un puntapié el día que se les enoje (76)

Más adelante hace mención a un “prominente” escritor inglés que sugirió que “todo hombre es autor de su propia fortuna,” lo cual califica como un “principio que trae consigo una torpe falsedad y una calumnia a los desgraciados ilustres que no han perdido una hora de la vida ni se han dado punto de reposo, trabajando en la obra de los buenos” (84). Si ubicamos esta obra en el contexto de la vida y los ideales políticos de Montalvo, sus apuntes son reflexiones sobre la dirección que tomó la política hispanoamericana (específicamente la ecuatoriana) después de las guerras de independencia ⁶².

⁶² Para más detalles sobre el rumbo que toma la política en América a partir de 1850 véase los estudios de Tulio Halperín Donghi y la colección de ensayos en *Beyond Imagined Communities*.

Si parece absurdo que la actitud de don Quijote, un caballero español de La Mancha, sirva de ejemplo para los americanos pos-independentistas, Montalvo asegura que

Este Don Quijote con su celada de cartón y sus armas cubiertas de orin se llevó de calles a Amadis y Belianises, Policisnes y Palmerines, Tirantes y Tablantes; destrozólos, matólos, redujólos a polvo y olvido; España ni el mundo necesita ya de este héroe. Pero el Don Quijote simbólico, esa encarnación sublime de la verdad y la virtud en forma de caricatura, este Don Quijote es de todos los tiempos y todos los pueblos, y bienvenida será adonde llegue, alta y hermosa, esta persona moral (10-11).

Al convertir la figura del caballero en un icono universal, sus experiencias pasan a representar la raza humana. Conforme con el pensamiento que hemos visto en Vargas Vila, el ecuatoriano sugiere que la intención de Cervantes – aunque sin premeditación – es doble:⁶³

Cervantes no tuvo sino un propósito en la composición de su obra, y lo dice; mas sin saberlo formó una estatua de dos caras, la una que mira al mundo real, la otra al ideal; la una al corpóreo, la otra al impalpable. ¿Quién diría que el *Quijote* fuese libro filosófico, donde están en oposición perpetua los polos del hombre, esos dos principios que parecen conspirar a un mismo fin por medio de una lucha perdurable entre ellos? (11).

Vemos que Montalvo se resiste a aceptar que Cervantes pudo haber escrito la novela por otros motivos y

Si Don Quijote no fuera más que esa imagen seria y gigantesca de la risa, las naciones todas no la hubieran puesto en sus plazas públicas como representante de las virtudes y flaquezas comunes a los hombres; porque una caricatura tras cuyos torcidos perfiles no se agita el espíritu del universo, no llama la atención del hombre grave, ni

⁶³ La novela de Montalvo es, sin duda, una buena imitación de la de Cervantes aunque aquí nos interesa examinar la novela del ecuatoriano por su valor crítico de la obra cervantina. La gran mayoría de las reflexiones sobre el significado simbólico del caballero se encuentra en la primera parte de su novela.

alcanza el aprecio del filósofo. Hay obras que hacen reír quizás más que el *Quijote*, y con todo, su fama no ha salido de los términos de una nación: testigo Rabelais, padre de la risa francesa (11).

Montalvo sugiere, entonces, que el triunfo de Cervantes en el mundo no se debe a un error en los cálculos del autor sino a una intencionada visión suya y a la correcta interpretación de sus críticos.

Borrero y Echeverría sugiere, en *Alrededor del “Quijote,”* que el heroísmo de don Quijote sólo encajaba en la España posterior a la Reconquista porque sus aventuras evocaban las leyendas de las guerras contra los moros de los últimos siete siglos y los episodios extravagantes que se contaban de las colonias. El apartado supuestamente encontrado merita un estudio más profundo sobre el carácter de don Quijote porque refleja un aspecto fuera de los valores cervantinos del héroe. Borrero y Echeverría propone que Cervantes no pudo incorporar este capítulo en su novela porque no se reconocían el arte y la literatura como elementos sociales importantes hasta fechas posteriores. Cervantes, debido a su condición de soldado y español en la sociedad después de la Reconquista, no podía vincular sus ideas al discurso literario hecho por don Quijote en este capítulo. Cervantes, aclara el poeta cubano,

cuenta...que halló en dicho original [el de Cide Hamete] un capítulo, tan por fuera del molde de toda la historia vaciado, que se resistió a creello; ni más ni menos que el mismo Cide Hamete hizo con aquél en que se cuenta la aventura de la cueva de Montesinos; así, lo dejó de lado; y, sin atreverse a hacer tampoco en la traducción mención alguna dél, lo escondió y sepultó entre sus borradores más inútiles (59).

Es decir, ahora tenía utilidad recuperar esa conversación que tuvieron los personajes en las horas después de su regreso al palacio de los condes porque los eruditos finiseculares

emplearían esos valores en sus propios proyectos regeneracionistas. Si Cervantes pensó que la situación social de sus contemporáneos no les permitiría ver en estas reflexiones de don Quijote la influencia que tenía la literatura en la vida cotidiana, Borrero y Echeverría contaba con la aprobación de sus contemporáneos al inventar el discurso que enlaza la valentía del caballero con la trascendencia de los hombres de letra. Las cualidades de don Quijote son múltiples y

Cómo y por qué el genio, un genio *de acción o de pensamiento*, aparece en algún instante de su vida, y aún durante toda ella, en pugna con su propia matriz moral o ideológica, es cosa que no se percibe claramente, sino en la esfera de acción original y más trascendente de la actividad humana, que, de dentro de un molde común, saca en determinadas épocas, en su proceso evolutivo más amplio, un tipo superior distinto (12).

El hecho es que las acciones de don Quijote no sólo atestiguan a su valor de soldado y defensor de la verdad y la justicia sino también su sabiduría al reconocer el papel de la literatura en la sociedad. El espíritu grandioso del caballero reside en su habilidad de reconocer la conexión positiva entre el valor del guerrero y el del escritor. Esta analogía es importante porque muestra una intencionada aprobación de la guerra por la independencia colonial como por una espiritual contra los ideales extranjeros.

Unos años antes de escribir su *Vida de don Quijote y Sancho*, Miguel de Unamuno escribió una serie de ensayos sobre don Quijote y Cervantes. En estos trabajos cuestiona la cordura, las intenciones y la santidad del caballero que vivió como don Quijote y murió Alonso Quijano. Las dos identidades del caballero impulsaron y sostuvieron una teoría unamuniana sobre la bondad de Alonso ocultada y desafiada por don Quijote en su intento por mostrársela al mundo. Los ensayos sobre el tema, que preceden sus reflexiones perfeccionadas en *Vida*, aluden a la importancia de una herencia

española basada en una bondad que era más valioso que la valentía guerrera. Unamuno sugiere que las acciones del caballero estaban basadas en la humildad de Alonso Quijano al enfrentarse al elogio del espíritu guerrero de los conquistadores durante la época colonial. Alonso Quijano, dice el escritor, se convirtió en caballero andante para llevar al mundo el ejemplo de un heroísmo bondadoso siguiendo los principios básicos de la profesión que ejercía. La disposición de un hombre por hacerse pasar por loco para mostrar que la humanidad debía ayudarse, aunque en el proceso se lastimara a sí mismo, fundamentó el pensamiento de Unamuno quien consideró que Alonso Quijano perdió el juicio “por nuestro bien . . . para dejarnos eterno ejemplo de generosidad espiritual” (*Vida*, 163).

Unamuno advierte que los discursos de don Quijote, aunque tal vez alocados, contienen los ideales de un hombre cuya superioridad espiritual le permitió someterse a las burlas de los demás cuando le creyeron loco. En el ensayo *Quijotismo* señala el discurso del caballero al encontrarse con los miembros de la procesión que llevaban estatuas de los apóstoles como un ejemplo de la cordura de don Quijote:

Aquí la temporal locura del caballero Don Quijote se desvanece en la eternal bondad del hidalgo Alonso el Bueno y no hay acaso en toda la tristísima epopeya pasaje de más Honda tristeza. El caballero empeñado en la hazañosa empresa de enderezar los tuertos del mundo y corregirlos, confiesa no saber lo que conquista a fuerza de sus trabajos y vuelve su mirada a la salvación de su alma y a la conquista del cielo, que padece fuerza (OC: IV, 1191).

El crítico vasco halla en las palabras y acciones de don Quijote un deseo profundo por volver a la vida simple de Alonso Quijano. Unamuno, en este párrafo y numerosos artículos, se refiere a este “deseo” del caballero como una muestra de su sacrificio por el bienestar de sus prójimos y la descendencia humana. La bondad del caballero alcanza

una magnitud global ya que sus propósitos, según el autor, se extienden fuera de las fronteras españolas, aunque encarnen los valores españoles que deberían exponer sus compatriotas al resto del mundo. Sugiere en *El caballero de la Triste Figura* que la tarea “de pintar a Don Quijote es harto más difícil que la de hinchar un perro, y empresa de las más dignas de pintor español” (OC: IV, 911) porque sólo un peninsular podría encontrar en su paleta los tonos para la personalidad tan compleja envuelta en la locura del caballero. La lectura unamuniana propone, en su estado más elemental, que para “retratar a Don Quijote sin maltratarle es vestir su alma con cuerpo individual transparente... y para hacer esto hase de buscar el alma del hidalgo manchego en las eternas páginas de Cide Hamete, pero también fuera de ellas” (OC: IV, 916) ⁶⁴.

Encontramos acumulada en *Vida* todas las reflexiones presentadas en los ensayos previos sobre la valentía e inspiración de don Quijote ante la crisis “moral” que enfrentaban los contemporáneos de Unamuno. Pedro Cerezo sugiere que el escritor vasco propone una evaluación de la religión y la fe cristiana donde habría que “liberarla de la administración eclesiástica, esto es, descotolizar el cristianismo, lo que iba a la par con españolizarlo o vivificarlo desde la tradición intrahistórica española” (319). La idea de esta intrahistoria venía desarrollándose desde los primeros años de 1890 cuando publicó una serie de artículos exponiendo que el comportamiento de un pueblo está directamente ligado a los conflictos del pasado y a la ubicación geográfica de su territorio físico. El texto de Unamuno es una colección de ensayos sobre las conductas de don Quijote y Sancho en cada capítulo de la novela de Cervantes. No ambiciona contar

⁶⁴ El insistir que el escritor moro fue el principal biógrafo del caballero sería el centro del estudio quijotesco de Unamuno. Aquí no entramos en el debate sobre la verosimilitud de la vida de don Quijote, aunque valga la pena destacar que el crítico vasco sugirió y prometió por muchos años una verdadera biografía del caballero fundada en hechos históricos. Para los interesados referimos a los numerosos estudios sobre Unamuno donde siempre se encontrará una mención de la promesa del autor.

nuevas aventuras del caballero y su escudero, más bien presentar unas reflexiones sobre las intenciones – o malas interpretaciones – del segundo autor de la vida de don Quijote. Además, intenta comprobar que el caballero de Cide Hamete era verdadero y Cervantes no entendió las razones para las decisiones del caballero, por lo cual consideró su historia muy “seca y limitada.”

Cabe resaltar estas palabras en *Vida* que confirman la teoría de Unamuno sobre la cordura de don Quijote ya que es la madurez la fuente de razonamiento y prudencia. Esto hace de don Quijote un hombre sensato cuando decide armarse caballero andante en pleno siglo XVII:

Adviértase que no se dio al mundo y a su obra redentora hasta frisar en los cincuenta, en bien sazónada madurez de su vida. No floreció, pues, su locura, hasta que su cordura y su bondad hubieron sazónado bien. *No fue un muchacho que lanzara a tontas y a locas a una carrera mal conocida, sino un hombre sesudo y cuerdo que enloquece de pura madurez de espíritu (énfasis nuestro 1998, 162).*

Cada ejemplo de valentía quijotesca se compara con alguna acción de Jesús o Ignacio de Loyola porque Unamuno los consideraba los mayores representantes del poder espiritual en la tarea de conquistar la libertad y la verdad. Habría que apuntar que el escritor vasco quería hacer de un español el modelo de estos valores para los peninsulares. Esto le permitiría confirmar su teoría regeneracionista, la cual dependía de una evaluación interna por parte de los españoles para encontrar la intrahistoria que conduciría a los cambios sociales y políticos deseados por todos, según Unamuno. Resulta interesante comparar las palabras del vasco con las de Cervantes sobre la cordura – o locura – de don Quijote. Cervantes dice, en su primera parte, que

En efecto, rematando ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue

que le pareció conveniente y necesario... hacerse caballero andante, e irse por el mundo...a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes ejercitaban (101).

Es decir, la decisión de Alonso Quijano fue producto de las lecturas que había hecho en su vida y estas le trastornaron el sentido común de la realidad. La lectura de Unamuno, citada anteriormente, concuerda con los valores decimonónicos queriendo explorar y mantener un equilibrio de las ideas más importantes de esta época.

En este mismo año de 1905, otro escritor español se lanza a la hazaña de escribir una obra sobre las nuevas aventuras de don Quijote al resucitar en la España del siglo XIX, titulada *La nueva salida del valeroso caballero D. Quijote: tercera parte de la obra de Cervantes*. El abogado almeriense Antonio Ledesma Hernández presenta al caballero en una España sin colonias ni poder político intentando encontrar una solución a la inmoralidad religiosa que afectaba a los ciudadanos. Ledesma formaba parte del grupo de intelectuales que habían llevado a cabo una campaña regeneracionista desde 1898 por medio de panfletos y artículos propagandistas. Ledesma criticó la falta de espiritualidad y originalidad de los políticos al igual que a la intelectualidad burguesa española. El almeriense defiende al clero y los valores religiosos en su trabajo crítico de la obra galdosiana *Electra*, la cual se estrenó a principios de 1901, que muchos consideraban una devaluación del papel y las enseñanzas de la Iglesia ⁶⁵. En *El problema de España*, Ledesma expuso unas conclusiones sobre la manera y las razones por las que se perdió la

⁶⁵ El repertorio del trabajo de Ledesma Hernández se encuentra distribuido en distintas publicaciones y volúmenes por lo cual es difícil acceder a ello. Nuestro análisis consiste de los trabajos que encontramos en varias bibliotecas virtuales y artículos críticos sobre el autor. Aclaremos que la obra sobre don Quijote sí está a la disposición del público, por lo que nuestro estudio de la novela proviene de la lectura de la misma.

guerra del 98. En una carta a su amigo Menéndez Pelayo, incluida en el prólogo de su novela *Canuto Espárrago*, escribe esto acerca de su novela quijotesca:

No creo conseguir éxitos ni me hago ilusiones: quédese aquello para los Galdós con sus Electras, que halagan las inconscientes pasiones de las muchedumbres y se ponen en la corriente volteriana de los engreídos chicos de la prensa. Ir contra eso es ser arrollado, o por lo menos silenciado, que es una de las peores formas de combate que adoptan contra los adversarios los grandes rotativos. Pero entiendo que hay algo superior al medro personal en utilidad o renombre, y es el sacrificio por la verdad y el bien; y que, soldados defensores de estos altos principios, debemos dar batalla en el punto en que nos la presentan los enemigos; y si los Zolas, los Galdós y los Blasco Ibáñez tomaron por reducto de combate la novela, porque sus fuegos penetran por todas las capas sociales, cada cual, en la medida de sus fuerzas, debe contrarrestar allí sus esfuerzos y llevar a lo más hondo de la entraña social el antídoto de aquel veneno (4).

Consideramos prudente apuntar su desdén por las “muchedumbres” que “silencian” la voz que él consideraba la salvación del pueblo español. Ledesma no criticó directamente a los escritores de la nueva generación por desear cambios sociales, más bien parece haber insistido que esos autores usaran su propio medio de comunicación (la novela) en el combate de las injusticias con las que él lidiaba en sus discursos y obras.

La nueva salida presenta a un personaje que insiste en la grandeza de una nación que él no olvida porque no ha visto los cambios de los últimos 300 años. Como las de Febres Cordero y Borrero y Echeverría, continúa la historia del caballero en un presente desconocido por éste. Esta historia también proviene de una última parte del original escrito por Cide Hamete que no llegó a tiempo a Cervantes. Ledesma aclara en el prólogo lo siguiente:

Así sucedió, según comprobóse y se verá más adelante. Y es que el historiador de las hazañas del valeroso caballero

no supo ni refirió en aquel último capítulo de su crónica que, cuando Don Quijote pidió perdón a Sancho, y este llorando le dijo ‘no se muera viesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate ni estas manos la acaben que las de la melancolía’, D. Quijote quedó suspenso y antes de contestar, con un movimiento instintivo, deseado vivir, bebiese un poco del bálsamo de Fierabrás que en la alcuza le quedaba como enfermo que a todo recurre, y luego respondió aquello de ‘vámonos poco a poco , que en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño’(9).

Gracias al bálsamo, que recordamos había causado a Sancho gran dolor y destreza en la novela de Cervantes, don Quijote sólo quedó dormido y no muerto. El escudero le promete que su descendencia estaría pendiente de su vuelta al mundo para seguir bajo su tutela y protección. Pasan así los años y un día, el Panza decimonónico descubre al caballero despierto y preguntándole por Sancho y sus contemporáneos. Panza no se asusta porque había sido una “tradición de familia esperar vuestro despertar, levantamiento y salida de tan feo sitio” (12). De esta manera empiezan las aventuras de don Quijote en una época y en un mundo donde las hazañas caballerescas no tenían relevancia.

A diferencia del *Quijote* venezolano, el personaje de Ledesma no se ajusta a los nuevos movimientos sociales y éticos de la época sino que insiste en corregirle y explicarle a Panza las razones por las que el mundo de Panza no es el mismo que él conocía. Cuando don Quijote preguntó por Felipe II, su interlocutor le

aseguró que no sabía pelo ni hueso del Rey D. Felipe II; que ya no había Galeras para los criminales, sino jurados absolutorios; que no funcionaba la Inquisición en parte alguna; que no nos llegaba oro de ningún lado, sino que por el contrario habían emigrado las peluconas y demás monedas amarillas, quedándonos sólo pesetas y perros

chicos, y que de Salamanca sólo había oído que salían buenas mantecadas (14 – 15).

El caballero resucitado tenía una explicación para todo lo que no encajaba en su visión del mundo. Sobre la pérdida de las colonias, asegura que si “no recibiésemos ya oro de Indias, sin duda porque lo guardábamos allí para mayores conquista” aunque nunca entenderá la desaparición de los Galeones y la Inquisición porque dejaba “a los herejes libres y campantes” (15). Los propios valores sociales de Ledesma motivaron estas observaciones que criticaban el aumento del poder laico sobre la España de finales del siglo XIX. Es importante recordar que la regeneración de Ledesma era de característica religiosa y sus dos obras anteriores, *Los problemas de España* y *Canuto Espárrago*, reflejaban el proyecto crítico de su sociedad contemporánea y su defensa eclesiástica⁶⁶. En el segundo capítulo de la novela encontramos las primeras referencias al poder del clero sobre sus creyentes. Cuando Panza comenta que existe una ínsula en la cual le gustaría gobernar pero gobernaba un obispo en esos momentos – don Quijote quiere cumplir con su promesa a Sancho y otorgarle un reino a su descendiente – el caballero le dice:

para que no incurras error sobre el asunto, ni tengas en poco mi empresa, sábetelo que es más difícil vencer a un Obispo que a todos los reyes y Emperadores: porque éstos sólo tienen la fuerza de las armas, y en aquellos hay que evitar el rayo de las excomuniones (18).

La ira de Dios se teme más que cualquier guerra producida por los humanos. La sociedad laica del XIX se enfrentaría a esa ira si seguía en su camino contra la Iglesia.

⁶⁶ No examinamos *Canuto Espárrago* porque no es una novela que trata directamente con la historia de don Quijote. Nos parece, sin embargo, significativo anotar que el rumbo y las decisiones que toman el protagonista los conduce a una aventura quijotesca donde es burlado en su ruta por recuperar el respeto de sus colegas tras un desacuerdo laboral.

La nueva salida presenta a don Quijote en una odisea por volver a encontrar a sus contemporáneos del siglo XVII y continuar sus hazañas caballerescas a favor de todo aquel que necesitara sus servicios. Entre los documentos y epistolarios que aparecen en una edición virtual hecha por A. José López Cruces encontramos estas palabras: “yo [Ledesma] le hubiera querido ver siempre vivo y valeroso como el ideal humano inmortal para limpiar la tierra de mandrines, como Hércules la limpió de monstruos y alimañas”⁶⁷. Los manuscritos están llenos de reflexiones sobre la valentía espiritual del caballero manchego que podrían levantar el ánimo tan deseado por Ledesma de los españoles viviendo en un nación donde

ya no hay sol prendido a nuestra corona; apenas sale se pone para España y va a iluminar otras gentes, muchos enemigos nuestros, que forman en América otras Repúblicas, tornando por la Oceanía y viniendo a presenciar la vergüenza de un pedazo de nuestro suelo erizado de cañones ingleses (virtual).

Y el caballero emplearía su fuerza espiritual para “acorrer a la España caída, vencer a sus enemigos y alcanzar la Unidad Ibérica, la unión fraternal con Hispanoamérica y la reconquista de Gibraltar” (virtual). Similar a los otros autores de los *Quijotes* apócrifos, el abogado almeriense declara en el prólogo que tuvo que sacar al caballero de su descanso eterno y “a fuerza de imaginar nuevas locuras, nos diga verdades, nos preste aliento y nos infunda esperanzas” (ii). Ahí mismo apunta, como lo hizo Montalvo, que no se trata de añadirle aventuras al personaje de Cervantes sino

por la mutación de los tiempos no puedo tener mi obra, ni era conveniente que tuviese, igual tendencia y pensamiento que la excelsa de que arranca; que ni yo hubiera ganado nada con ello, ni Cervantes en su siglo pudo presumir y abarcar las cosas de éste. Le tomo solamente prestado su

⁶⁷ Esta es una colección de cartas y otros documentos de Ledesma que se encuentra en www.cervantesvirtual.com y todas las citas provenientes de ese texto serán de esta edición.

personaje: porque repito que lo creo de esencia inmortal; más, al traerle al escenario de nuestra época, todo es nuevo ya para él, y por el prisma de (ii).

Es decir, la figura del caballero representaba la voz de la cordura en un mundo donde los valores más importantes – para él serían los religiosos – se habían perdido. Su resurrección se debe a una urgencia histórica y consideró que

de vivir Cervantes en estos días, le [don Quijote] hubiera sacado él mismo de la tumba, compuesto sus huesos, colocado en su esqueleto la armadura, y enviándole a combatir a los modernos malandrines y a deshacer los nuevos agravios; que tal vez hubiera en él encarnado el genio antiguo español; que acaso varíanosle ofrecido, como símbolo de la nación que conquistó el mundo . . . Visto que todos callan y dejan enterrado al caballero, como si nada tuviera que hacer en nuestro siglo y en nuestra España, yo en este tercer Centenario de su aparición, que hoy se celebra, he llamado a las puertas de su sepulcro y le he despertado (ii).

Durante estas nuevas aventuras en unas tierras muy diferentes a las suyas, aunque en la misma nación de sus antepasados, hallamos un caballero con un escudero parecido a Sancho en su manera de ser. La personalidad de este don Quijote recuerda a aquel que le decía a Sancho que se equivocaba en sus conclusiones sobre la vida y el mundo. El nuevo Panza también intenta mostrarle al caballero que sus hazañas eran en vano porque peleaban contra fuerzas inexistentes – inventadas por la mente infestada de leer tantas novelas de caballería. El tataranieta de Sancho confiesa que conoce las aventuras del caballero y su escudero y cree en las palabras de Cervantes cuando dice que don Quijote está loco y que sus monstruos eran ilusiones. Cuando unas labradoras, en el siglo XIX, le cuestionan sobre la verosimilitud de sus aventuras, el caballero responde así:

Bien, señoras mías, se me alcanza la causa de vuestra cuita. En este libro se refieren mis hazañas; pero todas en son de burla y no con severidad de cronista. Moro tenía que ser

Cide Hamete Benengeli, para no hacer encomiado cual se merecen y sí desfigurado a su sabor las proezas de un caballero cristiano. Sabed que los ejércitos que dispersé no eran de ovejas, sino de valerosos campeones; y que los que acuchillé en el castillo mal llamado venta, eran malandrines y no corambres; y los que combatí a campo descubierto, gigantes y no molinos de viento (22 – 23).

Además de la obvia confirmación de la cordura del caballero, divisamos una clara diferenciación entre los “cristianos” – ergo, honestos y poco dramáticos – y los “moros” que “desfiguran” las acciones de los buenos españoles. Resulta interesante anotar la irónica crítica a Cide Hamete y la verosimilitud de la historia contada por Cervantes mientras los demás escritores del XIX insistían en rescatar la autoría del moro.

La guerra del 98 provocó en Ledesma una profunda sensación de quiebra moral y atribuyó la pérdida territorial a la decadencia religiosa e implementación de políticas extranjeras en el país. Una diferencia importante entre la regeneración de Ledesma y la de Unamuno reside en el carácter estrictamente religioso del primero y las contradicciones religiosas y laicas del segundo. En el lecho de su muerte, el don Quijote de Ledesma dice:

Vedlo ahí; va á buscar las Américas; paseará el Pacífico; asomará por Oceanía, y volverá mañana á Iberia; para quedar suspenso sobre sus reinos. ¡Por todas partes alumbrará de nuevo tierras españolas! ¡Es el Imperio que lego a mi hijo, para que lo sostenga hasta perder la última gota de su sangre: el que teníamos y que nos fue quitado a pedazos; el que debimos siempre mantener! ¡El cielo ha querido que vea yo, como Carlos V desde las ventanas de Yuste y como Felipe II desde el Escorial, ese sol, engarzado como topacio giratorio a la corona de España!

Luscinda y el Poetilla no pudieron contener las lágrimas, al oír estas palabras de un alma ilusa, pero patriótica y ferviente. Volviendo el rostro para disimular la emoción, y no intentaron articular ni una frase (442).

El fracaso que suponen estas palabras del caballero al final de la novela y de su propia vida muestra la frustración del mismo Ledesma con la situación moral de su España decimonónica. Y es que

bien podía ser verdad todo lo relatado en esta historia [porque] el D. Quijote de ella no fuera el mismo héroe de Cervantes, sino algún nuevo loco encariñado con ese personaje posesionado de su papel, que hubiera salido por el mundo a continuar sus aventuras (447).

El nuevo loco vendría siendo el mismo autor quien, con su novela, espera iluminar a los españoles en el camino quijotesco de la virtud y valentía frente a la decadencia moral, espiritual y política en su sociedad. El valor de esta nueva salida del caballero tiene doble función: 1) demostrar que la valentía del caballero sigue ejemplificando el máximo espíritu humano – más notablemente del español y, 2) hacer esto usando un personaje histórico, aunque ficticio, conocido por todos.

Asimismo, en la Hispanoamérica la figura de don Quijote también tuvo un impacto espiritual, como hemos visto en las obras de Montalvo y Febres Cordero. Los americanos hallaron en el caballero manchego el mejor ejemplo del legado español que ahora se perdía con la derrota española en la guerra Hispano-Americana. Rubén Darío y Evaristo Carriego escribieron dos obras de carácter estimulante para los miembros de los nuevos gobiernos que se encontraban en esos momentos con falta de inspiración espiritual para desarrollar modelos funcionales. En *D.Q.*, Darío describe a un personaje que se encuentra en el campo de batalla cubano en 1898 y quiere darles ánimos a los soldados hablándoles sobre la magnitud de la herencia española y su superioridad sobre aquella que los acababa de vencer⁶⁸. El poema *Por el alma de Don Quijote* de Evaristo

⁶⁸ Para este estudio usamos la serie de obras de Darío sobre Cervantes y su héroe recogidos por Jorge Eduardo Arellano. Las páginas a continuación serán de esa edición.

Carriego honra la memoria de don Quijote porque su locuaz enmascaraba una cordura que lo condujo a mantener vivos sus ideales de justicia.

Darío escribió varios homenajes a don Quijote y a su autor. El cuento titulado *D.Q.* surgió a raíz de la pérdida de los últimos vestigios del imperio español y presenta una visión positiva de la nación de Cervantes. El protagonista, un personaje que se presenta como D.Q., llega a un campamento en medio de la guerra para darles la noticia que habían perdido. Durante su informe, D.Q. hace referencias al valor del ejército español que debe servir de ejemplo para resolver los problemas que seguirían el conflicto político. D.Q. aparece en el campamento anónimamente y desaparece sin avisar, pero su presencia despertó en los demás ansias por reflexionar sobre la pérdida y el legado español que debe seguir influenciándolos, aun si la presencia española había sido reemplazada.

La acción se desarrolla durante los últimos días de la guerra en Cuba donde una compañía de soldados esperaba nuevas guarniciones y refuerzos para continuar peleando.

Estaban, según el narrador, ansiosos porque llegaran y

nos traían noticias de la patria. Sabían los estragos de las últimas batallas. Como nosotros estaban desolados, pero con el deseo quemante de luchar, de agitarse en una furia de venganza, de hacer todo el daño posible al enemigo (36)

Entre los que llegaron para reunirse con ellos, se encontraba un hombre que

Tendría como cincuenta años, mas también podía haber tenido trescientos. Su mirada triste parecía penetrar hasta lo hondo de nuestras almas y decirnos cosas de siglos. Algunas veces se le dirigía la palabra, casi no contestaba; sonreía melancólicamente; se aislaba, buscaba soledad; miraba hacia el fondo del horizonte, por el lado del mar. Era el abanderado (36).

Nadie sabía su nombre, pero su insignia decía D.Q. y compartía todas sus municiones con los que más las necesitaban. El personaje

Confía en Santiago; en la nobleza de nuestra raza, en la justicia de nuestra causa . . . Los otros seres le hacen burla, se ríen de él. Dicen que debajo del uniforme usa una coraza vieja. Él no les hace caso. Conversando conmigo, suspiraba profundamente, miraba el cielo y el mar. Es . . . paisano mío, manchego. Cree en Dios y es religioso... Se asegura que pasa las noches en vela (36).

El personaje reúne en su personalidad los ideales que los escritores decimonónicos admiraban en don Quijote y que consideraban en proceso de extinción por las interferencias extranjeras dispuestos e interesados en su decadencia.

Al caer las fuerzas españolas, el espíritu del personaje cuyo nombre son las iniciales del legendario manchego también se desvanece. El extraño

que miraba profundamente con una mirada de siglos, con su bandera amarilla y roja, dándonos una mirada de la más amarga despedida, sin que nadie se atreviese a tocarle, fuese paso a paso al abismo y se arrojó en él (37 – 8).

Su alma llora porque “no quedaba ya nada de España en el mundo que ella descubriera” y palidece al ver que sus ideales desaparecían bajo la capa de un nuevo imperio – el de los Estados Unidos. Darío, por medio del narrador, remite a esta descripción que dejó

Cervantes sobre don Quijote para identificar al hombre misterioso:

D. Q. . . . está retratado en este viejo libro . . . ‘Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada —que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijano’ (38).

Al igual que sus contemporáneos, Darío también sintió la necesidad de realzar la herencia española ante la amenaza imperialista de la nueva nación norteamericana. Seguro de que las intenciones de Cervantes no eran parodiar las novelas de caballería, encontramos en la descripción de D.Q. una recopilación de las propuestas sociales y políticas por los intelectuales de finales de XIX. Los trabajos posteriores de Darío muestran una colección de poemas anti-imperiales que continúan el pensamiento “regeneracionista” finisecular ⁶⁹.

Evaristo Carriego, por su parte, escribe un poema en 1905 rezándole a don Quijote para que guiara a sus contemporáneos en su búsqueda de igualdad y justicia:

a quien pido que siempre me tenga de su mano,
al santo de los santos Don Alonso Quijano
que ahora está en la Gloria, y a la diestra del Bueno:
su dulcísimo hermano Jesús el Nazareno,
con las desilusiones de sus caballerías
renegando de todas nuestras bellaquerías (9).

Al elevar el carácter de don Quijote a la altura de Jesucristo, proclama que una figura hispana personifica las características más deseadas por cualquier ser humano católico. Las acciones de los dos, consideradas locuras, reflejan su audacia al enfrentarse a las adversidades presentadas en sus caminos y su búsqueda por hallar la verdad y justicia anheladas por la humanidad. Ambos personajes fueron burlados por seguir su destino y eso los convierte en héroes. Igualmente, forman parte de una alianza de figuras eminentes de la historia humana donde

Las frases de anfiteatro, son estigmas y motes
propicios a las razas de Cristos y Quijotes

⁶⁹ Entre los poemas anti-imperialistas están “A Roosevelt,” “Walt Whitman,” etc. que aquí no examinamos. Los mensajes de estas obras son parecidos a los de los españoles de la época y usamos el término “regeneracionista” lo usamos como referencia de un pensamiento universal en el mundo hispano. Aunque el movimiento hispanoamericano no tuvo un vocablo específico e instrumental, la meta del mismo incluía una renovación de los valores antiguos clásicos.

-no son muchos los dignos de sufrir el desprecio,
del aplauso tonante del abdomen del necio (9-10)

Dos “razas” que han dejado impresa en la descendencia de Adán huellas de su grandeza
aunque, en la actualidad, los

Sapientes catedráticos, hasta los sacamuelas
consagran infalibles cenáculos y escuelas
de graves profesores, en cuyos diccionarios
no han de leer sus sueños los pobres visionarios...
¡De los dos grandes locos se ha cansado la gente:
así, santo Maestro, yo he visto al reluciente
rucio de tu escudero pasar enalbardado,
llevando los despojos que hubiste conquistado,
en tanto que en pelota, y nada rozagante,
anda aún sin jinete tu triste Rocinante! (10)

La decadencia moral y espiritual en las nuevas naciones americanas al final del XIX
requería que el Caballero de la Triste Figura volviera para rescatarlos de las injusticias
mientras les educaba sobre su herencia hispana.

Carriego identifica la caída del imperio español en manos del estadounidense
como la tragedia de su tiempo. Implora a don Quijote con estas palabras:

tu primo de estas tierras indianas y bravías,
-¡lástima de lo añejo de tus caballerías!-
tu primo Juan Moreira, finalmente vencido
del vestiglo Telégrafo, para siempre ha caído,
mas sin tornarse cuerdo: tu increíble Pecado...
¡Si supieras, Maestro, cómo lo hemos pagado!
¡Tu increíble Pecado...! ¡Caer en la demencia
de dar en la cordura por miedo a la Conciencia! (10)

Sugiere que la locura de don Quijote resulta más sensata y juiciosa que la cordura de los
que lo rodeaban. La actitud de los contemporáneos de Carriego se apartaba de la del
caballero porque el entorno político y social dificultaba su habilidad de realizar los
ideales difundidos por los pensadores independentistas. Las causas de la independencia,
sin embargo, ya estaban muy alejadas de los valores que ahora profesaban durante el paso

del siglo XIX al XX. Encontramos en estos versos la extensión del espíritu español que influjo el comportamiento de los americanos quienes también repetían “tu increíble Pecado.”

¿Para qué los avances sociales?

Este último apartado lo dedicamos al papel que jugó don Quijote en el desdén de los escritores finiseculares por los avances tecnológicos y científicos. A pesar de su brevedad, nos parece valioso examinar los textos de Febres Cordero, Ledesma Hernández y Unamuno para reflexionar sobre el tema. Sus obras muestran una resistencia hacia las nuevas innovaciones extranjeras que evitan la reanudación de los valores espirituales que, según ellos, requería el mundo contemporáneo. Estas tres obras hacen referencias directas a la falta de moral y decoro que traen consigo esas novedades científicas. Don Quijote, en su odisea por alcanzar la justicia y el honor, representa la osadía y audacia del espíritu humano por conquistar las bajas más mundanas que no es sólo símbolo de los hispanos sino de toda la humanidad.

El caballero de Febres Cordero piensa que el mundo contemporáneo del XIX ya no necesita de los ideales que él mismo profesaba en el siglo XVIII. Al cambiarse el nombre a doctor Quix, indica la importancia de la ciencia en la Hispanoamérica actual donde el progreso europeo y norteamericano toma protagonismo en la vida cotidiana de sus habitantes. Uno de los discursos que mejor ejemplifica esta idea es su evaluación de la profesión del pastor. Le dice a Sancho:

No puede ser . . . que todavía exista en el mundo la profesión de pastor, cosa tan rancia y primitiva, que desdice de la cultura y progreso del siglo. En los centros civilizados, donde el hombre excusa a la naturaleza de obrar por sí sola, ayudándola con las invenciones de su ingenio, no se concibe ya cómo pueda resignarse un pastor a errar por breñas y malezas sin sujeción a reglas ni preceptos científicos . . . para ponerle remedio, el cual no es otro sino que los cabreros de estos campos . . . formen el primer Congreso Manchego de Cabrería Perfeccionada . . . Dicho establecimiento sería de forma circular, y en él podrían criarse y educarse cómodamente cuantas cabras se

quisiere, bajo la vigilancia de un solo cabrero, el cual vivirían en una torre levantada en el centro del edificio. Una gran campana, colocada en la misma torre, indicaría las horas en que las cabras debían dormir, comer, beber, salar, ser ordeñadas etc., todo automáticamente . . . lo que le permitiría llevar allí mismo con minuciosidad la estadística cabruna, con expresión de la edad, señales fisonómicas y carácter de cada individuo, y aun dedicarse en la biblioteca del establecimiento al estudio de los más intrincados problemas, tocantes a la selección de las especies animales y al progresivo mejoramiento de las razas (69 – 70).

Al sugerir que una máquina sustituya al trabajo humano denota que el progreso científico degrada la honestidad de la mano de obra que los campesinos desempeñan. Las cosas que pueden hacer los cabreros con su tiempo libre aluden a un concepto nuevo donde el desarrollo intelectual sólo se consigue con la disminución del trabajo manual.

Durante su viaje, el doctor Quix y Sancho llegan a una hacienda donde todos creen que es torero y le piden que toree al buey. Éste actúa de forma extraña y don Quijote explica su comportamiento de esta manera:

Pero el buey del tío Pedro, criado en este oscuro retiro, en este apartamiento de los centros civilizados, se ha hecho partícipe en sus instintos del atraso e ignorancia que lo rodea, y por eso contra todo orden natural, lo hemos visto obrar en un sentido retrógrado, es decir, embistiendo con las ancas y no con los cachos (98).

Hasta las acciones de los animales se deben al retraso científico de España y sugiere que ya no puede hacer nada para remediarlo. El doctor Quix piensa y espera que “allá donde es libre y soberano, en la virgen América” (99) podrán hacer los cambios que llevarían al progreso profesado fuera del imperio español.

Asimismo, Ledesma Hernández hace referencias al progreso tecnológico de la época en sus nuevas aventuras de don Quijote por la España del XIX. En sus andanzas

con su nuevo escudero, el caballero manchego sigue confundiendo las torres con los gigantes que deben pelear. Sin embargo, no son molinos de viento sino torres eléctricas y del telégrafo las que confunde como enemigos. En su desorientación e insistencia por volver a la Península que dejó al morir, el caballero

declaró que jamás vió cosa semejante, y que creía arte diabólica esa que ejercitaban: porque no comprendía como una sola rueda delante y otra detrás, en línea recta, podían mantenerles y llevarles volando sin perder el equilibrio ni hacerles caer de costado o de bruces (32).

Esta escandalizada descripción del funcionamiento de la bicicleta es cómica y presenta una crítica del autor por la pérdida del imperio debido a la quiebra moral y espiritual de sus contemporáneos. La burla que le hacen a don Quijote con la llegada de Dulcinea de la Patagonia para ver a su amado caballero nos recuerda las aventuras con los duques de la segunda parte donde todos se pusieron de acuerdo para reírse del caballero. Todas estas nuevas aventuras siguen una línea cervantina donde don Quijote es burlado por sus ideales anticuados que ya no tenían lugar en el mundo actual.

Aunque en los primeros años Unamuno profesó a favor de la industrialización española, hacia los últimos años del siglo también vio en la imposición de valores progresistas extranjeros una amenaza para la regeneración interna del país. En *Vida* encontramos una serie de referencias a los “malos” españoles que, como Sancho, sólo se preocupaban por la adquisición de las novedades sin intervenir en el progreso espiritual del país. Don Quijote, en ese sentido, juega un papel importante porque Alonso Quijano ofreció, según el escritor vasco, su cordura para llevar un mensaje de espiritualidad al mundo. El progreso científico, entonces, es contra productivo a este sacrificio que hace

Alonso el Bueno porque sus metas son las de sustituir el sentido moral con las mecánicas de unas maquinarias construidas por el hombre.

La historia del héroe de Lepanto produjo en las futuras generaciones cierta inquietud por descifrar el enigma que escondía Cervantes tras las acciones de don Quijote. Al intentar resucitar los valores de la caballería andante en un mundo donde estos habían pasado a ser mitos y leyendas para los soñadores, el personaje de don Quijote se presta a interpretaciones sobre las “verdaderas” intenciones del escritor a la vez que convierten al personaje en un ser histórico. Unamuno asegura que Alonso Quijano se sacrificó al hacerse pasar por loco para dejar un legado de bondad y honor en una España que necesitaba de virtud espiritual una vez que había conquistado su gran imperio. En América, los escritores del siglo XIX encontraron una universalidad en el personaje del caballero manchego haciendo posible su vínculo con los americanos. Esto les permitió incorporar los valores del caballero en la construcción de una sociedad sin interferencias extranjeras donde pudiera crecer económica y socialmente.

Conclusión

Fáltame escuchar el eco confuso del pueblo, que ha visto y no ha comprendido, que ha sido el verdugo y víctima, testigo y actor; falta la madurez del hecho cumplido y el paso de una época a otra, el cambio de los destinos de la nación, para volver con fruto los ojos hacia atrás, haciendo de la historia ejemplo y no venganza

Domingo Sarmiento

Y no reanudaron en realidad nada, porque nada se había roto. Una ola no es otra agua que otra, es la misma ondulación que corre por el mismo mar

Miguel de Unamuno

Saber apreciar las obras modernistas también significa establecer el vínculo entre su trabajo y el mundo contemporáneo que les tocó vivir a los escritores de dichas obras. Mientras otros se lanzaban al campo de batalla para conseguir la nación ideal que buscaban, los escritores finiseculares construyeron esquemas de héroes reivindicando las figuras del pasado para exaltar tanto al hombre hispano como al territorio de donde provenía. Observamos que nadie mejor que el gran libertador de las colonias americanas y el alocado Caballero de la Triste Figura pudieron conformar el repertorio heroico de quienes, según muchos, estaban alejados de los eventos rutinarios del mundo actual. Aún si eso fuera cierto, sus estudios y descripciones sobre la calidad heroica despertaron una nueva apreciación por las dos figuras que hasta entonces se encontraban al margen de críticas y alabanzas. Nuestro trabajo ha intentado mostrar la importancia que tuvieron estas dos figuras dentro en la obra modernista para evaluar la visión del panorama heroico dentro del proyecto unificador y regeneracionista de fin de siglo. Por lo tanto, sugerimos examinar un repertorio de obras más amplio y la apertura del canon al estudiar

a estos escritores para incluir los textos que aquí estudiamos y evitar caer en la trampa de ignorar que los elementos unificadores de los mismos son más obvios y visibles de lo que se creía. Nuestro análisis demuestra que no solo la comunidad literaria sintió el impacto de los cambios sociales sino todos los grupos intelectuales, los cuales emplearon la escritura para expresar su descontento y opiniones sobre la situación contemporánea.

Pedro Henríquez Ureña definió el movimiento modernista como la culminación de la época poética que empezó Luis de Góngora, destacando a Rubén Darío como la figura central de esa renovación estética. El Modernismo representaba la primera ascensión latinoamericana independiente frente a la cultura y literatura de España elevándose sobre ella y alcanzando méritos que el Romanticismo español no logró. Henríquez Ureña no consideraba que el "hombre de letra," descripción de los modernistas, haya sido digno de entrar en el campo político y social porque ejemplifica la "reappearance of wealth and luxury in Hispanic America, with the prosperity of the eighteen-eighties and nineties" (172). Los modernistas no necesitaron de imágenes sugestivas para describir sus castillos porque

[they] had not merely read about wealth and luxury: they had seen it. Versailles was a symbolic name for the new life of the new prosperous cities of Hispanic America (172).

Irónicamente en el mismo capítulo, dice que la vuelta de Darío de España despertó en el poeta un "new sort of patriotism, based on the spiritual unity of the Hispanic peoples" (173) y es justamente entonces cuando escribe algunos de los poemas políticos que aparecen en *Cantos de Vida y Esperanza*. Tanto el crítico dominicano como Ricardo Gullón consideraron el Modernismo producto de la nueva sociedad urbana cuyo objetivo principal era reinterpretar las condiciones rutinarias y los valores morales del momento.

Este movimiento, o “actitud” social – para citar a Gullón – no sólo se daba en Hispanoamérica sino también en la Península.

Los escritores españoles de la época emergían de un conflicto económico y social que los hacía más conscientes de la necesidad de sus contemporáneos, aunque su solución no estuviera al alcance de ellos. Mientras la novela realista intentaba mostrar la sociedad existente de forma más auténtica, los escritores hacia la última década del siglo hallaron en el pasado la reivindicación de los valores hispanos que suponían desaparecer con las invasiones sociales del extranjero. Hacia finales del siglo y tras las derrotas espiritual y política, los noventayochistas implementaron, según Paul Descouzis, un

espíritu de regeneración . . . se pone a tono con las aspiraciones de una nueva España, resurgente. Lo que distingue a nuestros noventayochistas de sus criticados predecesores es que analizan su conciencia y la del país todo, median sobre su estado y arden en deseos de romper el cerco de restricciones que atenazan a un pensamiento ávido de horizontes dilatados. Acusan inquietudes afines o divergente, agravadas por las vicisitudes de una sociedad en evolución; carecen de cohesión ante una incógnita que les coge de sorpresa; la solución al llamado ‘problema español’ desborda antagónicos (19).

Igualmente, sugiere Gullón en *La invención del 98* que

Unamuno, Machado y él (Juan Ramón) fueron, en distintos momentos, los más calificados representantes de la tendencia simbolista dentro del modernismo, y si esto no se ha visto es porque la visión del problema estaba enturbiada por las ideas en torno al “Noventa y ocho” y sus gentes” (58).

Es decir, los españoles también se ajustaron a las nuevas tendencias estilísticas mientras definían su propia sociedad y las innovaciones de la misma. Las “tendencias simbolistas,” atribuidas a Darío y los poetas hispanoamericanos, encontradas en los trabajos de los españoles apoyan la teoría de Gullón. A pesar de su indiscutible

naturaleza nacionalista, las obras españolas también incluyeron la renovación lingüística halladas en las de sus contemporáneos de ultramar. El héroe de los escritores finiseculares hispanos sigue el esquema presentado por varios teóricos decimonónicos y se ajusta a las necesidades sociales del momento. Bolívar no sólo apareció en la literatura hispanoamericana como un símbolo de valentía sino también en la peninsular como defensor del carácter español. Al alinear estas cualidades con sus propios ideales, los modernistas hallaron una manera de convertir al Libertador en una figura trascendental poseedor de la espiritualidad que buscaban en sus contemporáneos. Don Quijote, por otro lado, resucitó como personaje histórico cuya locura intencionada mejoró las vidas de los que cruzaron su camino. La cultura y la tradición, entonces, no sólo proporcionaron el orden *interior* sino que recompusieron la memoria de un pasado particularmente necesario durante una época de rupturas e instabilidades.

La elección de los dos personajes, don Quijote y Simón Bolívar, pareciera arbitraria a primera vista. Al hacer un amplio recorrido por el repertorio de las obras literarias escritas y publicadas durante las últimas décadas del siglo XIX, sin embargo, notamos que dentro de sus estudios sobre el héroe conforman a ciertas características similares. Nuestro análisis hace una propuesta humilde de incluir las obras literarias de un amplio grupo de escritores – hasta ahora ignorados por tener otras profesiones y no haber vivido estrictamente de la escritura – y someterlas, junto a las de los canónicos, a un estudio más profundo. Observamos que todos los textos publicados durante los 30 años que demarcamos en este estudio tienen temas semejantes y concuerdan con el panorama literario de la época. No fue tanto la verdadera historia de estos personajes, como hemos visto, sino la condición versátil de éstas lo que conquistó la imaginación y

creatividad de los escritores decimonónicos. Es notable observar que las características resaltadas por estos textos coinciden con los valores sociales y políticos que ellos deseaban para sus naciones. Esto, por ende, produce un elenco de obras cuyas intenciones incluía crear una sociedad conforme a aquellos valores.

Abarcar un movimiento como el Modernismo no es tarea fácil, e incluir al grupo de escritores españoles a la mezcla lo hace casi imposible. Lo que esperamos que muestre este trabajo es la importancia de seguir evaluando a ambos grupos sin perder de vista sus conexiones, no sólo lingüísticas sino temáticas. Proponemos una reevaluación del trabajo de Ricardo de Gullón, para quien las obras de escritores como Ledesma Hernández no le era conocida o considerada tener el valor que las de los canónicos. A pesar de eso, el planteamiento de estudio hecha por Gullón provee una base importante para empezar a incorporar en los estudios sobre la literatura de las últimas décadas del siglo XIX a ambos grupos de escritores hispanos. Un acercamiento a la historia del mundo hispánico, aun sin profundizar, muestra paralelos imposibles de ignorar y acierta una necesidad por unir sus ideas para obtener un panorama más amplio de las mismas. Aunque hayamos escogido un tema limitado, como lo es la figura del héroe, creemos haber proveído un estudio capaz de generar futuras inquietudes sobre la obra modernista y los propósitos de sus participantes.

Bibliografía de textos primarios por capítulo

Capítulo 1

Ganivet, Angel. "Idearium español," en *Homenaje a la generación del 98*. Madrid:

Editorial Espasa-Calpe, 1999.

-----. "Porvenir de España," en *Homenaje a la generación del 98*. Madrid: Editorial

Espasa-Calpe, 1999.

-----. *España filosófica contemporánea, y otros trabajos*. Madrid: F. Beltrán, 1930.

Martí, José. *Nuestra América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977. Selección y notas

de Hugo Achugar.

Unamuno, Miguel de. *En torno al casticismo*. Madrid: Colección Austral, 1983.

-----. *Del sentimiento trágico de la vida: en los hombres y en los pueblos*.

Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1967.

Capítulo 2

Ganivet, Ángel. *Los trabajos del infatigable Pío Cid*. Madrid: Cátedra, 1983.

-----. *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*.

Granada: Diputación Provincial de Granada, Área de Cultura, Fundación Caja de Granada, 2000.

Maeztu, Ramiro de. *Hacia otra España*. Madrid, Rialp, 1967.

Martí, José. *Escenas norteamericanas en Obras Completas, vol. 15*. La Habana: Editora

Nacional de Cuba, 1963-66.

Martínez Ruiz, José. *La voluntad*. Madrid: Editorial Castalia, 1989.

Rodó, José E. *Ariel. Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1957.

Capítulo 3

- Martí, José. “Simón Bolívar” en *Simón Bolívar*. México: Comisión permanente H. Congreso de la unión, 1983.
- . “Tres héroes” *Obras Escogidas, Tomo II*. La Habana: Editora Política, 1980.
- Rodó, José E. “Bolívar” en *Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1957
- Silva, José Asunción. “Al pie de la estatua” en *Bolívar en la poesía hispanoamericana: Antología*. Caracas: Universidad Simón Bolívar, 1984.
- Unamuno, Miguel de. “Don Quijote y Bolívar” en *Soliloquios y conversaciones*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1944.
- . “Don Quijote Bolívar” en *Simón Bolívar*. México: Comisión permanente H. Congreso de la unión, 1983.

Capítulo 4

- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha I, II*. Madrid: Cátedra, 1997.
- Fernández de Avellaneda, Alonso. *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 1972. Con prólogo de Martín de Riquer.
- Martí, José. *Amistad Funesta*. México: Editorial Novaro-México, 1958.
- Martínez Ruiz, José “Azorín.” *La ruta de don Quijote*. Madrid: Cátedra, 1998.
- Montalvo, Juan. *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Barcelona: Montaner y Simón, 1898.
- . *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Edición de Ángel Esteban. Madrid: Cátedra, 2004.

Unamuno, Miguel de. *Vida de don Quijote y Sancho*. Madrid: Cátedra, 1998.

Bibliografía de textos secundarios

- Alas, Leopoldo. *Obras completas de Leopoldo Alas "Clarín"*. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 1995.
- Achugar, Hugo. *La fundación por la palabra: letra y nación en América Latina en el siglo XIX*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1998
- Arcruz Libreiro, María Angélica. “El subsidio de comercio en la política fiscal y en la realidad socioeconómica del tiempo de Fernando VII (1824 – 1835)” en *El siglo XIX en España; doce estudios*. Barcelona: Editorial Planeta, 1974: 167-238.
- Arellano, Jorge Eduardo. *Rubén Darío: “Don Quijote no debe ni puede morir” (páginas cervantinas)*. Universidad de Navarra: Vervuert (2005).
- Arroyal, León de; Cabarrús, Francisco; et all. *Cartas económico-políticas. (Con la segunda parte inédita)*. Oviedo, Catedra Feijoo: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad, 1971.
- Aymes, Jean René. *España y la Revolución Francesa*. Barcelona: Editorial Crítica, 1989.
- Azam, Gilbert. *El modernismo desde dentro*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1989.
- Baroja, Pío. *Camino de perfección*. Madrid: Espasa-Calpe, 1934.
- Bécquer, Gustavo. *Rimas, Leyendas y narraciones*. México: Editorial Porrúa, 2007.
- . *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1969.
- Blanco Aguinaga, Carlos. *Juventud del 98*. Madrid: Taurus, 1998.
- Blanco, Eduardo. *Venezuela heroica*. Caracas: Editorial Elite, 1935.
- Blanco White, José María. *El alcázar de Sevilla en Luisa de Bustamante o la huérfana española en Inglaterra y otras narraciones*. Barcelona: Editorial Labor, 1975.

- Boileau-Despréaux, Nicolas. *Les héros de roman*. Ed. By Thomas Frederick Crane, Boston: Ginn & Company, 1902.
- Bolívar, Simón. *Obras completas*. Habana: Editorial Lex, 1950.
- Bolívar en la poesía hispanoamericana: Antología*. Caracas: Universidad Simón Bolívar, 1984.
- Borrero y Echeverría, Esteban. *Alrededor del Quijote; trabajos escritos con motivo del 3er. centenario de la publicación de la obra inmortal de Cervantes*. La Habana: La Moderna poesía, 1905.
- Burgo, Jaime del. *Bibliografía de las guerras carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX, antecedente desde 1814 y apéndice hasta 1936; fuentes de la historia de España*. Pamplona: Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana, 1953-1966.
- Burns, E. Bradford. "Introducción" en *La revolución francesa y el mundo ibérico*. España: Turner, 1989.
- Busaniche, José Luis. *Bolívar visto por sus contemporáneos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Busquets, Loreto. *Cultura hispánica y revolución francesa*. Roma: Bulzoni, 1990.
- Cajiao Cuélla, Elsa. "La construcción de la figura de Bolívar en el discurso historiográfico" en http://www.themodernword.com/gabo/gabo_paper_cajiao.html, diciembre de 2008.
- Carlyle, Thomas. *Los heroes*. Traducción de Pedro Umbert. Madrid: Sarpe, 1985.

- Carlyle, Thomas; Emerson, Ralph Waldo. *On heroes, hero-worship, and the heroic in history*. New York: Dolphin Books, 1900.
- Carriego, Evaristo. *Poesías*. Buenos Aires: Editorial Ediciones Prosa y Verso, 1967.
- Casal, Julián del. *Poesía completa*. La Habana: Edición Letras Cubanas, 1993.
- Castillo, José Ramón. “Ariel/Ariel (La Tempestad de Shakespeare y una visión en la literatura latinoamericana)” en *Revista Virtual Contexto*, Volumen 5 - No. 7 - Julio/Diciembre 2001. <http://www.monografias.com/trabajos30/tempestad-shakespeare-vision-literatura-latinoamericana/tempestad-shakespeare-vision-literatura-latinoamericana.shtml>, diciembre de 2008.
- Castro-Klarén, Sara; Chasteen, J. C. *Beyond imagined communities: reading and writing the nation in nineteenth-century Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2003.
- Castro, Rosalía de. *El caballero de las botas azules*. Madrid: Cátedra, 1995.
- Cerezo, Pedro. *Las máscaras de lo trágico: filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Editorial Trotta, 1996.
- Cervantes, Miguel de. *Novelas ejemplares I*. Madrid: Cátedra, 1982.
- Close, Anthony. *The Romantic Approach to ‘Don Quixote’: A Critical History of the Romantic Tradition in ‘Quixote’ Criticism*. Cambridge: Cambridge University Press, 1977.
- Conway, Christopher. *The Cult of Bolívar in Latin American Literature*. Gainesville: University Press of Florida, 2003.
- Costa y Martínez, Joaquín. *Historia crítica de la Revolución española*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1992.

- Darío, Rubén. *Azul-- ; Cantos de vida y esperanza*. Madrid: Cátedra, 1995.
- Descouzis, Paul. *Cervantes, a nueva luz*. Frankfurt: V. Klostermann, 1966.
- Díaz Rodríguez, Manuel. *Ídolos Rotos*. Madrid: Editorial-América, 1919.
- Díaz-Plaja, Fernando. *Historia de España en sus documentos: siglo XIX*. Madrid: Cátedra, 1983.
- Durán, Manuel. *Cervantes*. New York: Twayne Publishers, 1974.
- Echeverría, Esteban. *La cautiva – El matadero*. México: Grupo Editorial Tomo, 2004.
- Espronceda, José de. *El estudiante de Salamanca; El diablo mundo*. Madrid: Castalia, 1978.
- Febres Cordero, Tulio. *Don Quijote en América, o sea, La cuarta salida del ingenioso hidalgo de La Mancha*. Mérida: Universidad de Los Andes, Vicerrectorado Académico, 2005.
- Filippi, Alberto. *Bolívar y Europa: en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1986.
- Franco, Jean. *Introducción a la literatura hispanoamericana*. Caracas: Monte Avila Editores, 1971.
- . *Historia de la literatura hispanoamericana a partir de la independencia*. Barcelona: Ariel, 1983.
- García San Miguel, Luis. *De la sociedad aristocrática a la sociedad industrial en la España del siglo XIX*. Madrid: EDICUSA, 1973.
- Giaudrone, Carla. *La degeneración del 900: modelos estético-sexuales de la cultura en el Uruguay del Novecientos*. Montevideo: Ediciones Trilce, 2005.

- Gilman, Stephen. *The Spain of Fernando de Rojas; the intellectual and social landscape of La Celestina*. Princeton: Princeton University Press 1972.
- Gullón, Ricardo. *El modernismo visto por los modernistas*. Barcelona: Guadarrama, 1980.
- . *La invención del 98 y otros ensayos*. Madrid: Editorial Gredos, 1969.
- . *Direcciones del modernismo*. Madrid: Editorial Gredos, 1963.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *Modernismo: supuestos históricos y culturales*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Grases, Pedro. *Estudios bolivarianos*. Barcelona: Seix Barral, 1981.
- Jrade, Cathy. *Modernismo, modernity, and the development of Spanish American literature*. Austin: University of Texas Press, 1998.
- Halperín Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América latina*. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- . *Hispanoamérica después de la independencia*. Buenos Aires: Paidós, 1972.
- Henríquez Ureña, Max. *Breve historia del modernismo hispanoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Hernández, José. *Martín Fierro*. Madrid: Editorial Castalia, 1994.
- Hernández Sánchez-Barba, Mario. *Formación de las naciones iberoamericanas (siglo XIX)*. Madrid: Sociedad Estatal para la Ejecución de Programas del Quinto Centenario: Anaya, 1988.

- Kern, Edith. "The Modern Hero: Phoenix or Ashes?" en *Comparative Literature*.
University of Oregon, 1958: 10, 4: 325 – 334.
- Labanyi, Jo. *Gender and modernization in the Spanish realist novel*. Oxford; New York:
Oxford University Press, 2000.
- Lacroix, Peru de. *Diario de Bucaramanga: vida pública y privada del libertador Simón
Bolívar*. Madrid: Editorial America, 1924.
- Lecuna, Vicente. *Bolívar y el arte militar formada sobre documentos: sin utilizar
consejas ni versiones impropias; conclusiones de acuerdo con hechos probados, y
la naturaleza de las cosas*. New York: Colonial Press, 1955.
- . *La entrevista de Guayaquil, restablecimiento de la verdad histórica*. Caracas:
Academia Nacional de la Historia de Venezuela, 1948.
- Ledesma Hernández, Antonio. *La nueva salida del valeroso caballero D. Quijote de la
Mancha: tercera parte de la obra de Cervantes*. Barcelona: Lezcano, 1905
- . *Canuto Espárrago: novela*. Alicante: Biblioteca virtual Cervantes, 2006. Edición
de Antonio José López Cruces.
- Litvak, Lily. *España 1900: Modernismo, anarquismo y fin de siglo*. Barcelona:
Anthopos Editorial del hombre, 1990.
- Lugones, Leopoldo. *Obras en prosa*. Madrid: Aguilar, 1962.
- Madariaga, Salvador de. *Bolívar*. Coral Gables: University of Miami Press, 1952.
- Mainer, Carlos. *Modernismo y 98*. Barcelona: Editorial Crítica, 1980.
- Malone, Lawrence. *Opening the West : federal internal improvements before 1860*.
Westport: Greenwood Press, 1998.

- Manzini, Jules. *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815*. París, México: Vda de C. Bouret, 1914.
- Maniquis, Robert M; Martí, Oscar. *La Revolución Francesa y el mundo ibérico*. Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario: Turner, 1989.
- Maravall, José Antonio. *La cultura del barroco: análisis de una estructura histórica*. Esplugues de Llobregat: Ariel, 1975.
- Martínez Ruiz, José “Azorín.” *Con Cervantes*. Buenos Aires: Espasa-Celpe, 1947.
- Martí, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1963. I – XXVIII.
- May, Stacy; Galo Plaza Lasso. *The United Fruit Company in Latin America*. Washington: National Planning Association, 1958.
- McCann, Thomas P.; Henry Scammell. *An American company: the tragedy of United Fruit*. New York: Crown Publishers, 1976.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de las ideas estéticas en España (tomo V: siglo XIX)*. Madrid: Imprenta de A. Pérez Durrull, 1891.
- Mijares, Augusto. *La evolución política de Venezuela, 1810-1960*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1967.
- Mier, Servando Teresa de. *Memoria político-instructiva*. México: 1822.
- Miranda, Francisco de. *Diario de viajes y escritos políticos*. Madrid: Editora Nacional, 1977.
- Motteux, Peter Anthony (translator). *The history of the ingenious gentleman Don Quixote of La Mancha*. New York: Harper, 1915.

- Moral Sandoval, Enrique. *España y la Revolución Francesa*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 1989.
- Nietzsche, Friedrich. *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. Madrid: Edaf, 2000
- Novales, Alberto Gil. “España, 1814 – 1834” en *La revolución francesa y el mundo ibérico*. España: Turner, 1989.
- . *La revolución burguesa en España: actas del Coloquio Hispano-Alemán, celebrado en Leipzig los días 17 y 18 de noviembre de 1983*. Madrid: Universidad Complutense (1985).
- Núñez de Arce, Gaspar. *Recuerdos de la campaña de África*. Madrid: Edición de José M. Rosé, 1860.
- O'Leary, Daniel Florencio. *Memorias del general O'Leary. Ed. facsimilar del original de la 1a ed., con motivo de la celebración del sesquicentenario de la muerte de Simón Bolívar, Padre de la Patria*. Caracas: Ministerio de la Defensa, 1981. 34 vol.
- Ouimette, Victor. *Reason aflame; Unamuno and the Heroic Will*. New Haven: Yale University Press, 1974.
- Onís, Federico de. *España en América: estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispanoamericanos*. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1968.
- Ortega y Gasset, José. *Historia como sistema*. Madrid: Espasa Calpe, 1971.
- Pardo García, Pedro J. “Don Quijote y los eruditos. Sobre la sátira quijotesca de la pedantería en la literatura francesa del siglo XVIII” en *Actas del tercer congreso internacional de la Asociación de cervantistas*. Ed. Antonio Bernat Vistarini.

- Palma: Universitat de les Illes Balears. Servei de Publicacions i Intercanvi Científic (1998): 149 – 159.
- Pérez Herreo, Pedro. *Comercio y mercados en América Latina colonial*. Madrid: Editorial MAPFRE, 1992.
- Pérez Galdós, Benito. *Episodios nacionales*. Madrid: La guinalda, 1882 – 85. 10 vol. -----. *La de Bringas*. Madrid: Alianza Editorial, 1984. -----. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1968. vol. 4-6.
- Philip, Silver. *Ruin and Restitution: Reinterpreting Romanticism in Spain*. Nashville: Vanderbilt University Press, 1997.
- Rama, Ángel. *Las mascararas democráticas del Modernismo*. Uruguay: Arca Editorial, 1985. -----. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984. -----. *Los poetas modernistas en el mercado económico*. Montevideo: Universidad de la República. 1967.
- Rama, Carlos M. *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Ramos, Julio. *Desencuentros con la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. Santiago: Editorial Cuerpo Propio, 2003.
- Renan, Ernest. *Discours et conférences*. París: Calmann-Lévy, 5. éd.
- Riley, E.C. *Introducción al "Quijote"*. Barcelona: Crítica, 1990. -----. *Teoría de la novela en Cervantes*. Madrid: Taurus, 1966.
- Rodríguez, Juan Carlos. *El escritor que compró su propio libro*. Barcelona: Random House Mondadori (2003).

- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1976.
- Sánchez Portero, Antonio. “Lista de candidatos para sustituir a Avellaneda, el autor del otro Quijote” en *Tonos digital*: XVI, 2007.
<http://www.um.es/tonosdigital/znum14/index.htm>, diciembre de 2008.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Madrid: Cátedra, 2001.
- Schulman, Iván A. *Génesis del modernismo*. México: Colegio de México 1966.
- Seda-Rodríguez, Gladys. *Unamuno, Critic of Cervantes*. New York: Columbia University, 1968.
- Sevilla Andrés, Diego. *Historia política de España, 1800-1967*. Madrid: Editora Nacional, 1968.
- Shaw, Donald. *The Generation of 98 in Spain*. London: Ernest Benn Limited, 1975.
- Silva, José Asunción. *Obra completa*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Sommer, Doris. *Foundational fictions: the national romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991.
- Unamuno, Miguel de. *Obras Completas*. Madrid: Escelicer, 1966. I – IX.
- Ureña de Henríquez, Salomé. *Poesías completas*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1950.
- Vargas Vila, José María. “Palabras sobre Don Quijote,” en *El Quijote visto desde América*. Madrid: Visor Libros, 2005.
- Varona, Enrique José. *Los estudios cervantinos de Enrique José Varona*. New York: Senda Nueva de Ediciones, 1979.

Vega, Ventura de la. *Don Quijote de la Mancha en Sierra Morena: drama original en tres actos*. Madrid: José M. Ducazcal, 1861.

Vicens Vives, Jaime. *Historia de España y América*. Barcelona: Editorial Vicens-Vives, 1961.

Vilar, Pierre. *Historia de España*. Barcelona: Editorial Crítica, 1978.

----- . *Independencia y revolución en América latina*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1976.